
Vanny Ferrufino
Castigar a un Barón
El club de las solteronas IV

© 2025 Vanny Ferrufino. Todos los derechos reservados.
Castigar a un barón

Portada: Arianne Farfán

Todos los derechos están reservados. Esta publicación no puede ser reproducida, en todo ni en parte, ni registrada en o transmitida por un sistema de recuperación de información, en ninguna forma ni por ningún medio sea mecánico, fotoquímico, electrónico, magnético, electroóptico, por fotocopia o cualquier otro sin el permiso previo del autor.

Sinopsis
Prólogo
Capítulo 1
Capítulo 2
Capítulo 3
Capítulo 4
Capítulo 5
Capítulo 6
Capítulo 7
Capítulo 8
Capítulo 9
Capítulo 10
Capítulo 11
Capítulo 12
Capítulo 13
Capítulo 14
Capítulo 15
Capítulo 16
Capítulo 17
Capítulo 18
Capítulo 19
Capítulo 20
Capítulo 21
Capítulo 22
Capítulo 23
Capítulo 24
Epílogo

Sinopsis

Katherine Devine no le teme al amor ni al rechazo. Pero después de ver su corazón hecho trizas —por segunda vez— a manos de Seamus Armitage, barón de Mountevans, ha llegado a una conclusión práctica: tal vez sea hora de aceptar la propuesta matrimonial del hermano del primer hombre que la arruinó.

Convertirse en la prometida del conde de Pembroke no le devolverá la inocencia perdida, pero podría ofrecerle algo aún más necesario: respeto, seguridad, una nueva identidad y una familia.

Sin embargo, ese compromiso de conveniencia pronto la arrastrará al pasado que juró enterrar. Porque, para atrapar al asesino más escurridizo de Londres, Katherine deberá colaborar con su nuevo prometido —detective a cargo del caso— y el barón de Mountevans, el único hombre que la amó en silencio y la repudió en voz alta.

Un hombre que, al verla al borde del altar, comprende que ella nunca fue solo una aventura.

Y que perderla no sería solo un error… sino un castigo.

Prólogo

"Solo existe un lugar al que no he podido entrar, y ese sitio es Diamantes: un club que cada vez llama más y más mi atención. Aún no me he dado por vencida, y cuando ponga un pie dentro de ese lugar, todos los secretos que esconde serán solamente míos ***Sección de chismes aristocráticos de Lady Berricloth****".*

Nadie entraba a Diamantes —un club dirigido a solteronas y mujeres que buscaran diversión, pasión y libertad sin ser cuestionadas— sin invitación ni autorización previa. Y nada de lo que sucedía allí salía de sus instalaciones.

Era el mayor misterio y secreto de Londres. Ni siquiera los caballeros más poderosos de Whitehall ni las damas de sangre azul podían asistir sin antes pasar una rigurosa evaluación. No bastaba un apellido ilustre ni una bolsa repleta de libras: hacía falta algo mucho más escaso. Carisma, misterio o, en el caso de Katherine Devine —además de excelentes contactos—, una forma escandalosamente encantadora de romper las reglas.

Diamantes brillaba como su nombre: candelabros colgaban como constelaciones invertidas, alfombras de terciopelo oscuro delineaban múltiples caminos, y copas de cristal rebosantes de coñac y vino. Los secretos se repartían por todo el lugar. En las mesas se oían risas contenidas, frases afiladas y, de vez en cuando, el golpe seco de una carta mal jugada.

No era de extrañar que muchos desearan formar parte del club. En los últimos dos meses había causado sensación entre los nobles; sin embargo, la confidencialidad era uno de los valores más apreciados del recinto, y por ello sus miembros eran cuidadosamente seleccionados.

Así que no sorprendía que, en medio de todo ese caos encantador, un lacayo no pudiera apartar la vista de la mesa central del salón de juegos.

«Si ves a la señorita Devine y al barón de Mountevans enfrentarse, no pestañees. Es más emocionante que una pelea a cuchillo».

Eso era lo que siempre se murmuraba en el área de servicio.

Y esta vez, él se dejó arrastrar por la tormenta silenciosa que ambos desataban cada vez que jugaban al piquet.

¿Cómo terminaría el juego esta noche?

Katherine observaba a su rival con un brillo peligroso en los ojos —como si el fracaso ajeno fuera un manjar exquisito—, mientras sus finos dedos enguantados acariciaban distraídamente el borde de sus cartas.

Mountevans, en cambio, lucía contenido… pero con el ceño tan fruncido como si hubiera apostado algo más que unas simples monedas.

Katherine quería ganar. No por el dinero —le sobraba—, sino por el puro y exquisito placer de verlo perder. Y el barón estaba decidido a recuperar, aunque fuera por una vez, el control.

No estaba acostumbrado a perder, mucho menos a causa de una mujer. Y en el último mes, Katherine Devine le había vaciado buena parte de sus arcas.

Eso debía terminar.

Esa descarada, con su sonrisa seductora y rostro angelical, no podía seguir burlándose de él.

¿Podría estar haciéndole trampa? ¿Esperaba un descuido para lanzar la carta ganadora?

«No es posible. Siempre la vigilas y nunca hace un movimiento en falso», le dijo una vocecilla.

—¿Podría ser que está considerando la opción de que soy una tramposa? —inquirió ella, divertida, captando su atención.

Seamus alzó la mirada.

Ella lo observaba con descaro, con una sonrisa cargada de cinismo.

—¿Tan mal perdedor es, Mountevans?

Esa pícara adoraba burlarse de él.

—Me resulta curioso que usted siempre tenga las mejores cartas, señorita Devine —gruñó, y ella lanzó una carcajada seca, casi irónica, que le envió un escalofrío por toda la espina dorsal.

¿Cómo podía ser tan bella?

—Tal vez simplemente soy mejor que usted en todo.

Seamus Armitage no solía relacionarse con personas escandalosas, y Katherine Devine era una paria social: la típica persona que nadie quería ver en su salón de baile y que todos ignoraban descaradamente. Su pecado no era un secreto: la mujer cometió el terrible error de confiar en un noble que le prometió matrimonio y amor, pero que solo tomó su virtud, la dejó tirada y murió unos meses después.

Katherine era repudiada y la única razón por la que estaba en Diamantes era porque Lilias Aldrich, la dueña del club, era su mejor amiga.

Sin embargo, desde que se acercó a ella —ya sea por mera curiosidad o un deseo oculto—, Seamus había descubierto que le resultaba imposible mantener la distancia respecto a esa fémina.

Era magnética, hermosa, divertida e inteligente.

Demasiado para su gusto y bienestar.

—Usted solo tiene suerte —farfulló, mostrando sus cartas con recelo y odiando en silencio que, una vez más, ella le hubiera ganado.

—Tiene razón —se mofó Katherine, guardando sus monedas en su retículo—. Me siento muy afortunada de ir vaciando poco a poco sus arcas.

Se levantó con elegancia, captando su atención de inmediato, y, por alguna razón, él hizo lo mismo.

—¿Qué hace? ¿Esta noche no querrá más dinero?

Normalmente sus disputas duraban horas, minutos agradables donde él podía deleitarse con su compañía.

¿Por qué diablos quería marcharse?

¡Su noche apenas estaba empezando!

La rubia lo estudió con sus grandes ojos color cielo y luego negó con la cabeza.

—Si le gano todo el tiempo, esto se vuelve aburrido.

Su mandíbula se tensó. La vio marcharse, con la osadía de darle la espalda a él, un barón de excelente reputación y gran fortuna.

Una persona sensata habría dado media vuelta y buscado entretenimiento en otra parte, pero Seamus fue lo suficientemente imbécil como para seguirla hacia los pasillos de servicio.

¿Por qué podía llegar hasta allí?

Fácil: él también era amigo de Lilias.

—¿A dónde va? —la sujetó del brazo, saltándose más de una licencia, y ella miró su mano con asombro antes de alzar la vista hacia él.

¿Era impresión suya o se veía inquieta?

—Dios santo, ¿me está persiguiendo por sus cincuenta chelines? —preguntó, horrorizada—. Si tanto los necesita, se los devolveré —empezó a abrir su retículo.

Él siseó un juramento.

Quizá Devine era una paria social, pero también era bien sabido que era una mujer muy rica.

—No la seguí por eso —farfulló, soltándola—. No me gusta que me dejen con la palabra en la boca, y quiero recuperar mi dinero. Nosotros...

—El club es un lugar discreto, pero últimamente he notado que no nos quitan los ojos de encima —reconoció ella, barriendo el pasillo con la mirada.

A Seamus se le secó la boca. ¿Ella no quería que los relacionaran?

—No seré la ruina de nadie —zanjó ella, y al intentar marcharse, él volvió a sujetarla del brazo.

—Espere —dijo, sintiendo cómo el corazón le latía con violencia.

En el pasado, él habría pensado exactamente igual, pero… no quería que esa mujer se alejara.

—¿Qué quiere? —preguntó, exasperada.

—Si tanto le preocupa que nos vean… podríamos ir a un lugar más discreto —su voz bajó una octava, y logró mantenerse sereno, aunque por dentro su mente le gritaba que saliera de ese lugar y se alejara de esa mujer.

Sin embargo, decidió acallarla y ser sincero consigo mismo.

La única razón por la que acudía noche tras noche a Diamantes era para ver a la señorita Devine. No tenía pureza ni reputación. Por ende, tampoco debía tener aspiraciones.

Era perfecta para convertirse en la amante de cualquier hombre.

Katherine no dijo nada, y como ella nunca se quedaba sin palabras, Seamus se armó de valor, entrelazó sus dedos con los de ella y la sacó del club por la puerta de servicio.

Esto debía ser mutuo.

Esa conexión que sentía no podía ser solo suya.

Capítulo 1

"Existen damas que, por mucho que lo intenten, nunca podrán recuperar su lugar en sociedad. El dinero no siempre lo puede comprar todo. El linaje, la reputación y el pasado siempre marcarán tu futuro
***Sección de chismes aristocráticos de Lady Berricloth**".*

Seamus llevaba mucho tiempo sin visitar su piso.

A decir verdad, desde que se le otorgó el título de barón, ese lugar había quedado en el olvido, por lo que tuvo que encargarse él mismo del polvo que reposaba en todos los muebles.

Sobre todo, en su cama.

—¿Por qué me trajo hasta aquí?

Miró de reojo a la hermosa rubia que vagaba por el pequeño piso con interés, estudiando toda la estancia.

La estancia era lúgubre. Los tapizados de los muebles estaban rasgados y se veían más oscuros de lo que realmente eran, lo que hacía que el vestido amarillo de la rubia resaltara como el sol.

Para su sorpresa, en ese momento se percató de lo mucho que le gustaba que ella usara colores tan extravagantes. Normalmente, las damas solteras lucían vestidos en tonos pasteles o demasiado apagados, pero Devine… ella sí que sabía cómo llamar la atención.

Estudió su figura con pericia.

Era alta, esbelta y poseía las curvas adecuadas para volver loco a cualquier hombre.

Como si ella pudiera sentir su escrutinio, giró sobre su lugar para conectar sus miradas.

—¿Me responderá? —Seamus parpadeó, confundido—. Le hice una pregunta —hizo un mohín, molesta—. ¿Por qué me trajo hasta

aquí?

Enarcó una ceja.

¿De verdad fingiría inocencia?

Por Dios, era una mujer de veinticinco años que no poseía virtud y, muy posiblemente, en los últimos años había tenido más amantes que amigos.

Ese pensamiento le disgustó, pero lo dejó de lado con rapidez.

—Usted dijo que en el club llamábamos la atención, así que pensé…

—¿Le gusto? —ella era bastante directa.

—Me atraes —decidió responder con sinceridad.

—¿Así que no me trajo hasta aquí para que sigamos apostando? —observó ella, sujetando su mentón, y él evitó blanquear los ojos con aburrimiento.

Todo indicaba que se haría la mojigata.

—Me temo que no tengo cartas. —Seamus puso las manos en jarras y barrió el lugar con la mirada—. Pero ¿no cree que podemos hacer cosas más interesantes aquí? —arrastró las palabras y avanzó hacia ella como una pantera a punto de cazar a su presa.

La sintió titubear, pero para su deleite, ella no retrocedió y levantó el mentón con valentía.

—Juraría que hace unos meses usted deliraba de amor por Lilias.

No era mentira.

Lilias solía gustarle mucho, pero ella estaba casada y tenía una hija, por lo que él había decidido, hacía tiempo, que era momento de soltarla.

—No la traje hasta aquí para hablar de otra mujer, Katherine —se atrevió a llamarla por su nombre de pila y estiró la mano para acariciar su pálida mejilla.

Ella respingó, pero él no se apartó, y se preguntó por qué su rostro estaba tan frío.

¿Podría ser que tuviera frío?

«En mis brazos arderá en llamas», pensó con malicia y le sonrió con ternura.

—¿Puedes imaginar mis intenciones?

Ella titubeó. No se atrevió a darle una respuesta.

—Quiero tenerte —musitó con aspereza, rodeando su cintura para atraerla contra su pecho—. Sé que esto es mutuo.

La escuchó tragar con fuerza, y su seguridad se multiplicó.

Al igual que su excitación.

—Sería nuestro secreto. Te aseguro que, por mi parte, nadie sabrá nada —retiró el bucle dorado que acariciaba su mejilla e inclinó el rostro en su dirección, dejando que sus labios rozaran su lóbulo.

Ella tiritó, se volvió mantequilla en sus brazos, y Seamus se estremeció al aspirar su delicioso olor a flores.

—Yo… —las palabras se atoraron en la garganta femenina cuando él besó la curvatura de su cuello—. No sé mucho de esto.

«Si para tenerte en mi cama debo creerte una santa, ese no es un problema para mí», pensó con descaro.

—Sé que usted conoce mi pasado y mi relación con el difunto conde de Pembroke.

Una rabia interna se alojó en su pecho y su sangre empezó a burbujear.

—Pero…

—No necesito explicaciones —la interrumpió con firmeza, acariciando la costura del profundo escote de su vestido—. Solo quiero tu aceptación.

Odiaba a todos los hombres que habían pasado por ella, pero él pensaba ser mejor que cualquiera.

—¿Quiere ser mi amante? —inquirió, confundida.

Sus miradas se encontraron, y Seamus le sonrió.

—Solo quiero tenerte esta noche —fue sincero.

No necesitaba más.

Una noche sería suficiente para borrarla de sus pensamientos.

Era uno de los mejores espías de la corona; siempre iba y venía. Dejar mujeres atrás para él no era ningún reto. Quizá por esa razón, Lilias ya ni siquiera estaba en sus pensamientos.

Katherine se relamió los labios con ansiedad, como si estuviera evaluando su repentina oferta. En sus ojos pudo ver el deseo y las ansias de aceptarlo, pero también el miedo.

¿Qué le preocupaba?

Nada iba a dejarla más arruinada de lo que ya estaba.

«Ayúdala a cambiar de parecer».

Ella lucía como un ángel, pero cuando la besó, su sabor le hizo pensar en el infierno por todo el calor que recorrió su cuerpo. Las rodillas le temblaron y tuvo que afianzar su agarre para no caer y retenerla contra su pecho.

Su respuesta fue tímida; aún no estaba segura de nada. Por eso Seamus recorrió sus labios con la lengua y lentamente se ganó un espacio en su cavidad.

Ella gimió, lo sujetó de los brazos y su cuerpo se rindió ante sus besos.

Sonrió en sus adentros.

Ella era tan fácil de seducir…

El beso se intensificó, y percibió cierta torpeza… cosa que lo inquietó.

¿No se suponía que estaba ante una mujer llena de experiencia?

Posó una mano en su generoso pecho y acarició la piel por encima de la tela del vestido con necesidad. Ella se sentía perfecta, pero el exceso de tela lo estaba incomodando. Deslizó las manos por su cintura hasta llegar a su espalda, y ella rompió el beso con prontitud, aferrándose a su pañuelo.

—Espere…

—¿Qué sucede? —inquirió jadeante, rozando las puntas de sus narices.

—Después de esta noche, no volverá a acercarse a mí en Diamantes —dijo con nerviosismo, y él se rio.

Después de esa noche, ella dejaría de ser interesante.

¿No era así como funcionaba siempre?

—Está bien.

Sin embargo, sabía cómo funcionaba la seducción y una afirmación de ese tipo podía ofenderla y generarle más problemas de los que necesitaba. Empezó a abrir la hilera de botones de su vestido y se estremeció cuando ella tiró de su pañuelo y prosiguió a abrir su chaleco.

—¿Qué? —le sonrió con coquetería, calentándole las entrañas—. ¿No me dejará participar?

Se sintió levemente consternado: sus ojos brillaban con temor, pero su sonrisa…

—Tú puedes hacer lo que desees —zanjó con cierta dureza, y la besó con hambre voraz.

Reparar en sus gestos, en su sonrisa y en el brillo de sus ojos solo lo metería en problemas. Se suponía que nada de eso importaba cuando se llevaba a una mujer a la cama, pero cuando la tuvo desnuda, con las manos contra su suave piel, empezó a cuestionarse si sus caricias estarían siendo de su agrado.

La buscó con la mirada. Ella estaba apoyada contra su pecho, acariciando sus vellos castaños, más tímida de lo que había esperado.

—¿Todo en orden?

Fue la pregunta más estúpida que hizo en toda su vida.

—Desvestirme te ha tomado mucho tiempo —musitó con diversión, y eso le robó una suave carcajada.

—¿Lo dice la mujer que aún no pudo quitarme los pantalones y las botas?

La sintió tensarse.

¿Por qué?

No era común que desvistiera a sus amantes.

La tomó en brazos, percatándose de su extraña rigidez, y la tendió sobre el mullido colchón para poder admirarla mejor.

Sus vestidos no le hacían justicia; su imagen era todo un pecado.

Se quitó las botas bajo su atenta mirada y se abrió los pantalones con maestría, preguntándose por qué se veía tan curiosa.

¿Acaso no había visto a sus otros amantes desnudos?

Cuando su excitación quedó en libertad, ella juntó los muslos en respuesta y él se arrodilló en la cama para cernirse sobre ella.

—Descuida, te prometo que seré mejor que cualquiera.

Quizá sus antiguos amantes no fueron generosos con ella.

Le resultaba imposible imaginar al difunto conde siéndolo; según los rumores, disfrutaba del sufrimiento de sus amantes.

Kathe lo besó, como si quisiera acabar con ese tema, y Seamus no demoró en responder a su beso y darle todo lo que pudiera necesitar.

La besó por largos minutos, saboreando cada rincón de su cuerpo, y disfrutó con creces de cada uno de sus gemidos cuando le hizo el amor con la boca, embriagándose de su dulce sabor.

Se subió a horcajadas sobre ella. Su piel pálida estaba perlada por el sudor y su cabellera rubia hecha un desastre sobre las almohadas.

¿Por qué Pembroke no la desposó?

Ella era… una mujer tan hermosa.

Le separó las piernas con suavidad y se inclinó sobre su rostro para tomar sus labios con ternura, mientras se posicionaba contra su cálida y, curiosamente, estrecha entrada.

—¿Estás lista?

—Sé suave, por favor —le suplicó, mermando todos sus deseos de entrar en ella con violencia, y muy lentamente se abrió paso en su interior, gimiendo por lo bajo al sentir cómo las paredes vaginales se resistían.

Las uñas femeninas se clavaron en su espalda, generándole un gran placer, y Seamus empezó a mecerse muy lentamente sobre ella para poder penetrarla en su totalidad.

—Mmm… —gimió ella, arqueándose, y él afianzó sus mejillas para besarla de nuevo.

—¿Cómo puedes sentirte tan bien? —inquirió contra sus labios, y ella le sonrió.

—¿Crees que una noche será suficiente? —lo desafió con la mirada, y él tragó con fuerza. Empezaba a cuestionarse si alejarse de ella sería tan fácil como lo había pensado—. Yo… puedo ser tan adictiva —ronroneó, encendiendo sus venas.

Seamus afianzó el muslo femenino, hizo que lo rodeara con la pierna por la cintura, y empezó a arremeter contra ella con maestría.

Las palabras se fueron.

En su lugar, el sonido del impacto de sus cuerpos y los gemidos llenaron la estancia, y él dejó de pensar y actuar con claridad.

¿Por qué diablos esto se sentía tan bien?

Había tenido a muchas mujeres entre sus brazos, pero ninguna lo hizo sentir así.

Metió las manos entre sus cuerpos para acariciarla, para ayudarla a encontrar el clímax, y la respuesta de Katherine fue tan

satisfactoria que Seamus tuvo que salir de ella con rapidez para no derramar su simiente en su interior.

El dolor y la decepción lo hicieron rugir con furia.

Estuvo tan cerca… ¿Qué acababa de sucederle?

Con la respiración jadeante y el cuerpo exaltado, se dejó caer junto a ella y se dio varios segundos para procesar lo ocurrido.

Estuvo a punto de correrse dentro de ella.

De romper su regla más importante.

Y, por si fuera poco, estaba arrepentido de no haberlo hecho.

La sintió removerse en su lugar e inmediatamente la sujetó del brazo al ver que pretendía levantarse.

—¿Qué haces? —gruñó.

¿Por qué no estaba tan aturdida como él?

—Debo irme, es tarde y…

—No —la tendió sobre el colchón y se subió sobre ella para aprisionarla con su cuerpo—. Esto no ha terminado.

No tuvo suficiente.

No quería que esto acabara tan pronto.

—Milord…

—Quiero que seas mi amante —soltó con dureza, y ella enmudeció—. Nos veríamos aquí todos los lunes, miércoles, viernes y sábado. Yo me encargaré de que un carruaje pase por ti cada noche y te devolveré a tu casa sana y salva.

—Yo…

—Solo piénsalo —se presionó contra ella y Kathe gimió—. Seré solo tuyo y tú serás solamente mía.

Porque él no la compartiría con nadie.

—Necesito pensarlo —admitió con nerviosismo, y Seamus agradeció en silencio que su miembro reaccionara en respuesta—. Yo… ¡ah! —se sumergió en ella.

—Tú me deseas —empezó a bombear muy lentamente en su interior—. Tú y yo podríamos pasarla muy bien —se aferró al cabezal de la cama, ansioso—. ¿Qué te ata, qué te detiene?, ¿acaso no soy suficiente para ti?

Ella acunó su rostro y, en vez de darle una respuesta, lo besó con hambre voraz.

En esta ocasión, Seamus no fue suave ni compresivo. La tomó con fuerza, la puso de espaldas y se encargó de tenerla a su antojo, creyendo que así cambiaría de parecer y la dejaría ir sin remordimiento alguno.

Pero, en lugar de eso, lo único que consiguió fue dejarla en su casa con unas terribles ganas de tenerla una vez más.

Estaba condenado.

Se haría de esa mujer hasta que su cuerpo terminara saciado.

Un mes debía ser más que suficiente, ¿verdad?

Capítulo 2

"Los Aldrich siempre se salen con la suya y Randall Aldrich no fue la excepción. Después de tres años creyéndose divorciado, por fin puede quedarse junto a su esposa e hija, quienes, al parecer, le han dado una nueva oportunidad
***Sección de chismes aristocráticos de Lady Berricloth**".*

Cinco meses después

Katherine no tenía la menor idea de lo que estaba haciendo.

Cualquiera pensaría que, tras haber sido la burla de Lionel Sterling —el difunto conde de Pembroke—, lo último que desearía sería involucrarse con otro hombre.

Pero ahí estaba: cediendo ante el barón de Mountevans, ardiendo entre sus brazos, con el cuerpo bamboleándose y sudando de deseo, dispuesto a todo con tal de alcanzar una nueva liberación.

Nunca pensó en tener un amante.

Pero, considerando su situación, ¿qué más le quedaba?

Ningún hombre la quería, y ella ansiaba sentirse amada, deseada y cuidada.

Por eso terminó aceptando la oferta del arisco y estoico barón: un hombre que jamás imaginó que podría hacerla sentir tan viva.

—Ah —jadeó con desespero, apoyando las manos en su pecho varonil mientras lo montaba con ansiedad, disfrutando de cómo los dedos de él se clavaban en su cadera.

—Más rápido, Kathe. No te cohíbas.

Ella nunca se cohibía. Por eso se aferró al cabezal de la cama y comenzó a moverse con más ímpetu, observando con satisfacción cómo Seamus se retorcía bajo su cuerpo y empezaba a bombear contra ella con intensidad.

—¡Ah! —gritó, liberando su elixir con fuerza, sin dejar de moverse en ningún momento.

Hacía unas semanas, Seamus la habría apartado bruscamente para derramar su simiente sobre la cama.

Pero ahora que por fin tenía una funda preventiva —o francesa, como muchos solían llamarla—, la retuvo contra su cuerpo y lanzó un rugido bestial al venirse sin temor alguno.

Kathe jadeó, luchando durante varios segundos para recuperar el aliento, y no fue hasta que él la bajó de su cuerpo que su espalda acarició el mullido colchón.

Su cabellera rubia estaba hecha un desastre, pero ¿qué se podía esperar si Seamus siempre la tomaba con desesperación y salvajismo?

Lo observó en silencio mientras él abandonaba la cama, lidiaba con los lazos de su funda y se tomaba su tiempo para lavarla.

Era normal que la cuidara tanto.

Él adoraba usarla cuando estaban juntos.

Kathe aferró las sábanas para cubrir, aunque fuera mínimamente, su desnudez, y se tomó varios segundos para observar a su amante.

El rubio era fuerte; su cuerpo ejercitado dejaba en evidencia que no era un barón ocioso, y ella no podía evitar preguntarse cuál era su oficio.

A veces salía de viaje de un momento a otro y regresaba con una u otra herida, que ella siempre atendía sin recibir jamás una respuesta concreta sobre cómo se la había hecho.

Él solo le pedía que no indagara más de lo necesario.

Delineó su silueta con la mirada y se mordió el labio inferior cuando su redondeada nalga le dio un descarado saludo.

Su intimidad era… agradable.

Entre ellos no existía la vergüenza; verse desnudos era tan habitual que incluso cenaban en ese estado.

—¿Qué tanto miras? —la sacó de sus pensamientos. Ella alzó la vista, sin sorprenderse de que él no estuviera observándola.

Seamus era… enigmático.

—Me gusta tu trasero —respondió sin rodeos.

Él se rio, un sonido seco y breve que le encendió una chispa de esperanza en el pecho.

Lo había visto en público; sabía de primera mano que las mujeres que habían presenciado una risa suya podían contarse con los dedos de una mano.

Ella era especial, no había duda.

Era la primera persona que él buscaba al regresar de un viaje, cuando estaba cansado, frustrado o necesitaba algo más que una conversación.

Kathe se descubrió por completo, notando que tenía más calor de lo habitual, y sonrió con satisfacción al ver que Seamus se volvía hacia ella, mirándola con ese deseo contenido que parecía quemarle la sangre.

Para ellos, nunca era suficiente.

—Veo que no estás cansada —observó con fingida calma, recostándose junto a ella con la gracia de un felino a punto de atrapar a su presa—. Estas son fechas… agradables.

Kathe se rio. Él tenía muy en cuenta sus ciclos, y ambos habían notado que, cuando estos se acercaban, su apetito sexual se intensificaba. Al principio, le había escandalizado que Seamus tocara ese tema, pero con el tiempo comprendió que era un hombre práctico, sincero desde el principio, y que siempre tomaba sus previsiones.

—Lo sé —susurró con voz seductora, estirando el cuello para besarlo.

Agradeció en silencio que su respuesta fuera inmediata y ardiente.

Su primera vez con Seamus distaba mucho de los encuentros que ahora compartían, pero… siempre estaba presente, porque debía admitir que no fue fácil aceptar tener una aventura con ese hombre.

—¿Por qué me evitas? —inquirió con voz tensa, y ella no apartó la vista de sus cartas—. ¿De verdad harás que venga noche tras noche a Diamantes para recordarte que aún no me has dado una respuesta?

—Es muy arriesgado —siseó con disgusto.

¿Por qué simplemente no la superaba y buscaba otra amante?

¡Solo estuvieron juntos una noche!

—Nada me detendrá. Solo tu respuesta.

¿Por qué le resultaba tan difícil decirle que no quería tener una aventura?

«Porque quieres».

—Déjeme en paz, barón —ordenó, y se alejó de la mesa con paso apresurado, escabulléndose por los distintos pasillos hasta llegar al último piso.

No obstante, lanzó un jadeo cuando él la sujetó del brazo por detrás y tiró de ella para meterla a una de las habitaciones.

—Si no quisieras aceptarme, me darías una negativa —cerró la puerta con llave, y ella se estremeció.

No quería hacerlo en Diamantes, ¡no quería que sus amigas descubrieran ese secreto!

—Por favor, involucrarnos es una pésima idea. ¿Es que no se da cuenta de que siempre me meto en problemas?

No quería encariñarse con nadie.

Estaba acostumbrada a estar sola y así prefería quedarse.

—Acabas de abandonar la mesa de juego —dijo de pronto—, lo que quiere decir que perdiste.

—¿A qué viene eso? —frunció el ceño, y su corazón empezó a latir sin control alguno cuando él se despojó de su levita.

—Quiero mi premio.

Kathe tenía toda la intención de rechazarlo, de dejarlo totalmente solo en esa habitación, pero en lugar de ser sensata, respondió a sus besos con avidez y se entregó al barón sin reparo alguno, sucumbiendo a sus deseos e iniciando una peligrosa y arriesgada relación con él.

A veces se preguntaba qué tan bajo podía caer una persona por amor.

Una semana.

Ese fue el tiempo que duró su autocontrol, porque al final de todo, ella terminó cayendo en ese juego que, lejos de aburrirla, cada vez la entusiasmaba más.

—Sí, ahí —gimió con un suspiro, apoyándose sobre los codos para ver cómo Seamus saboreaba su centro, presionando la lengua en los

puntos clave—. Oh, por Dios…

Tiró la cabeza hacia atrás y enterró las uñas en las almohadas cuando él la penetró con dos dedos.

Cinco meses.

Llevaba cinco meses con ese hombre, y era imposible no sentirse afectada… o encariñada.

Seamus le gustaba en todas sus facetas: cuando estaba molesto, serio, distraído… y cuando quería ser un niño más, dispuesto a jugar y reír con ella.

Sonrió tontamente, preguntándose qué sentiría él respecto a ella.

Cerró los ojos con fuerza al sentir cómo su clímax se avecinaba otra vez, pero los abrió con sorpresa cuando la penetración llegó sin previo aviso.

Gimió con fuerza.

—Seamus —suspiró, abrazándolo por el cuello con preocupación —. Tú dijiste que no podíamos hacerlo sin la funda.

—Sé lo que dije —gruñó, meciéndose sobre ella con lentitud—. Pero extraño sentirte piel con piel —jadeó, enterrando la mano en su cabello—. A veces me pregunto cómo sería terminar en ti. Dejar que mi simiente recorra tu interior, escucharte gemir mi nombre mientras bombeo una y otra vez en ti…

La boca se le hizo agua y empezó a respirar con dificultad.

—Hazlo —suspiró, aferrándose a su cuello.

Él se tensó.

—¿Estás segura? —Ambos lo deseaban—. Conseguí unas hierbas —confesó—. Puedes beberlas mañana a primera hora.

¿Por qué no le sorprendía que él estuviera tan listo respecto al tema?

Seamus nunca cometería una indiscreción tan grande como esa sin haber hecho sus averiguaciones.

Por alguna extraña razón, eso le hizo sentir fatal.

¿Es que entre ellos nada sería espontáneo?

«No puedes quejarte. Si lo haces, él se irá», le recordó una vocecilla, y Kathe se tragó su orgullo y tristeza antes de esbozar una seductora sonrisa.

—Bien, entonces ya sabes lo que tienes que hacer.

Y antes de que él pudiera notar su inquietud, lo besó con hambre voraz, amortiguando los alaridos que escaparon de su garganta cuando Seamus empezó a arremeter contra ella con fiereza.

Lo abrazó con las piernas, aferrándolo con fuerza, y el aire se le atoró en los pulmones cuando él cumplió su tórrido deseo.

Pudo sentir su ardiente elixir explotar en su interior.

Ella también se corrió, mezclando sus esencias.

Pero supo, en ese preciso instante, que nada volvería a ser igual.

Porque la pasión que brilló en los ojos de Seamus… no se comparaba con nada.

Tal vez, solo tal vez, lo mejor sería hablarle de sus sentimientos. De ese gran deseo oculto que tenía de casarse y formar una familia.

—Prepara tus cosas —dijo él, después de varios minutos de silencio—. Este fin de semana hice una reserva exclusiva en Bath.

Un escalofrío le recorrió la espina dorsal.

¿Un viaje?

Era la primera vez que él planeaba algo así. Hasta entonces, sus encuentros siempre habían sido en su piso de soltero y nunca habían pasado una noche completa juntos.

—¿Lo dices en serio? —preguntó con voz contenida.

No pudo ocultar su emoción, y él le regaló una sonrisa cálida que la hizo temblar por dentro.

—Iremos a las aguas termales. Será una experiencia agradable.

Por supuesto que lo sería.

Ese era el viaje perfecto para hablarle de sus sentimientos, y algo dentro de ella le decía que era correspondida.

No todo estaba perdido.

El difunto conde de Pembroke no arruinaría su futuro.

Al final de todo, sí había logrado seducir al barón, y solo era cuestión de tiempo para convertirse en su esposa.

Sin embargo, lo que Katherine aún no sabía…

Era que Seamus la veía de muchas formas, pero en ninguna de ellas estaba en una iglesia, ni vestía de blanco, ni mucho menos estaba a punto de convertirse en su esposa.

A la mañana siguiente, Kathe no supo qué pensar al ver que Tiana, la esposa de su tío, le había escrito, y todo porque la mujer

nunca le tuvo estima ni piedad. Mucho menos cuando el conde de Pembroke la dejó totalmente arruinada.

«No te acerques a nuestra familia. No dejaré que arruines el futuro de mis hijas».

—¿Qué sucede? —La voz de Juliana, su nana, la arrancó de su letargo, y la buscó con la mirada—. Estás algo pálida. Si no quieres leer esa carta, no la abras.

Kathe sonrió abiertamente.

Juliana era lo más cercano a una madre que tenía. Según lo que ella le había contado, solía ser su niñera cuando sus padres vivían. Lastimosamente, ellos partieron cuando Kathe solo tenía cinco meses de edad, y solo fue bien recibida en la casa de su tío hasta los diez años. Después de eso, Juliana y ella tomaron su camino con ayuda del administrador de su padre, quien las ayudó a proteger la fortuna que le habían dejado.

Tiempo atrás, esa carta no le habría sorprendido.

Ya fuera por educación o necesidad, su tío siempre había intentado mantenerse en contacto. Pero ahora llevaba dos años sin saber nada de ellos y le resultaba extraño que le hubieran escrito.

—¿De qué crees que se trate? —inquirió, aceptando la taza de té que Juliana le tendió.

—Tu prima se casará.

—¿Sarah?

Juliana asintió.

—¿Crees que quieren invitarme a la boda? —ironizó, aunque en el fondo nada le daría más gusto que volver a sentir que tenía una familia.

—Lo dudo —su nana fue sincera.

Kathe no pudo soportar la curiosidad y abrió la misiva.

La decepción que sintió fue tal, que dejó su taza a un lado y se acomodó frente al peinador para estudiar sus bucles dorados. Como no dijo nada al respecto, Juliana tomó la carta y leyó su contenido.

—No cabe duda de que un muerto de hambre siempre será un muerto de hambre —dijo la pelinegra con elegancia, antes de tirar la carta al fuego de la chimenea—. Mira que pedirte el regalo de boda, pero no invitarte al evento.

Kathe forzó su mejor sonrisa.

Quizá la culpa era suya. En el pasado, siempre había entregado dinero a sus tíos a cambio de un poco de atención. Sin embargo, con el tiempo aprendió que el amor no podía comprarse, y que nadie que realmente la quisiera aprovecharía su vulnerabilidad.

—Ya olvídalo —musitó, y la miró con cariño.

¿Qué sería de ella sin Juliana?

Su nana nunca la juzgaba. Incluso ahora, que sabía del romance que compartía con el barón, ella solo la ayudaba en silencio, con tal de verla feliz.

—¿Por qué no te alistas? Hoy quiero hacer un par de compras.

—¿Más compras? —enarcó una ceja, juiciosa.

—Seamus me invitó a un viaje a Bath. Tengo que encontrar las prendas correctas porque iremos a las aguas termales.

Como de costumbre, Juliana no le hizo ningún comentario al respecto, pero estuvo lista a la hora indicada y la acompañó en su ajetreado día.

Un día que consistió, principalmente, en borrar de su mente el amargo sabor que la misiva de su tía había dejado en su garganta.

¿Tan difícil era tener una familia?

Nunca tuvo padres.

Sus tíos nunca se interesaron realmente por ella.

Y ahora… Seamus era su única esperanza.

Capítulo 3

"La discreción es un arte del cual no todos pueden disfrutar, y a veces me pregunto qué tan normal es que el señor Cumming y su secretaria vivan bajo el mismo techo
***Sección de chismes aristocráticos de Lady Berricloth**".*

La vida era demasiado curiosa y Seamus aún no lograba entender cómo una simple aventura con Katherine había durado tantos meses.

Cuando le confesó su deseo, lo hizo convencido de que una noche sería suficiente para saciar su curiosidad.

Pero, muy a su pesar, la hermosa rubia terminó por encender un incendio justo en el lugar de su cerebro donde debería residir el buen juicio.

Negó lentamente con la cabeza.

Si no detenía aquello pronto, todo terminaría muy mal.

—Quiero ese —dijo, señalando un collar de diamantes con cuatro esmeraldas engarzadas en dijes de flores. El joyero asintió y empezó a empaquetarlo, mientras Seamus barría con la mirada las ajetreadas calles de Regent Street.

No era la primera joya que le regalaba a Kathe.

Ella era experta en vaciar sus arcas con sus gustos costosos y caprichos leves, pero ese collar tenía una función especial: marcar el fin de un romance que jamás debió comenzar.

La puerta de la joyería se abrió y Seamus reprimió una mueca al ver entrar a su viejo amigo Ibrahim Cumming.

No deseaba encontrarse con nadie, mucho menos con el hermano mayor de Lilias, quien, hacía apenas siete meses, le había roto el corazón al volver con Randall Aldrich.

Ese pensamiento lo llevó a una curiosa conclusión: la presencia de Kathe había desplazado por completo a Lilias de su mente.

La pelirroja ya no significaba nada para él. Solo la consideraba una amiga más.

—¿Qué haces aquí? —preguntó con el ceño fruncido.

No era común ver a Ibrahim en una joyería.

—Lo mismo pregunto yo —replicó su amigo, levantando una ceja —. ¿Vienes por unos pendientes? —se burló.

—No es tu asunto —replicó Seamus con sequedad. Luego echó un vistazo por encima del hombro del castaño—. ¿Y Eugenia?

Ibrahim se tensó al instante al oír el nombre de la prima de Seamus.

Él entrecerró los ojos, atento a cada reacción.

—Ibrahim…

—Quiero cortejar a una dama y no sé qué regalo sería el más apropiado —se encogió de hombros, lo que provocó una punzada de tensión en Seamus.

—¿Cortejar a una dama?

¿No se suponía que le gustaba Eugenia?

Quizá nunca lo dijo abiertamente, pero habría que ser ciego para no notar que tanto Ibrahim como su prima estaban perdidamente enamorados el uno del otro.

—Quiero un lugar en sociedad, y para eso necesito una esposa con título —dijo con frialdad.

Seamus no respondió.

Solo aceptó en silencio la caja que el joyero le tendió.

—¿No vas a decir nada?

—Eres rico, respetable y…

—Nunca es suficiente —lo interrumpió Ibrahim, con la mirada fija en el aparador.

—Si no sabes qué regalarle a la dama en cuestión, deberías haber traído a Eugenia. Sería de mucha ayuda, ¿no crees?

El silencio de su amigo lo delató.

Eugenia ni siquiera sabía que Ibrahim planeaba casarse. Si sus sospechas eran ciertas, solo era cuestión de tiempo para que ella decidiera alejarse de su vida por completo.

—¿Eso es para…?

—Cállate —siseó Seamus, sabiendo que su amigo había atado cabos.

Era evidente que Katherine y él eran amantes: sus ausencias simultáneas de Diamantes eran demasiado notorias.

Otra razón para terminar aquello cuanto antes.

La gente empezaría a hablar en cualquier momento, y él no quería verse involucrado públicamente con la rubia.

—Ahora no tengo tiempo —observó su reloj de bolsillo—, pero espero que pronto podamos reunirnos en el club.

Cuando llegó a su casa, Seamus ahogó un juramento al escuchar que Andrew, su colega y mejor amigo, lo esperaba en su despacho.

Se preguntó si lo visitaba por asuntos laborales o simple curiosidad.

Andrew era un alma libre que rara vez se tomaba las cosas en serio.

—¿Qué haces aquí? —preguntó apenas cruzó el umbral.

El castaño se giró hacia él con una copa de coñac en la mano y una sonrisa torcida en los labios.

«Algo sabe», pensó con irritación.

—Hoy vi a la señorita Devine revolucionando la tienda de Madame Gale y las galerías. ¿Se acerca una fecha especial?

Seamus jamás había hablado con nadie sobre su relación con Katherine.

Los caballeros no comentaban esas cosas.

Pero hacía tres meses, Andrew lo había visto ingresar a su piso de soltero con ella, y lo dedujo todo con demasiada facilidad.

—Te pedí que no hablaras del tema con tanta soltura.

—Solo lo hablo contigo —replicó divertido, y le dio un trago a su copa—. ¿Se viene un viaje? —preguntó, señalando la bolsa que Seamus llevaba consigo—. Se ve costosa. ¿Cuántos miles te costó?

—No es de tu incumbencia —refunfuñó, refugiándose tras su escritorio para guardar el collar en un cajón—. ¿A qué viniste?

—¿No crees que llevas demasiado tiempo metido en esa relación?

El semblante de Andrew se oscureció mientras tomaba asiento frente a él.

—Debes parar, Seamus. Conozco a las mujeres y te aseguro que Devine está viendo estrellas justo cuando la tormenta está a punto de desatarse.

—La dejaré este fin de semana. Organicé un viaje a Bath porque quiero que tenga un lindo recuerdo.

—¿Ella lo sabe?

—Por supuesto que no. Ni siquiera he insinuado lo que va a pasar.

—Pues te aseguro que ella ni se lo imagina.

Seamus se encogió de hombros.

Él siempre fue sincero con Kathe y no había razón alguna para que ella se hiciera falsas ilusiones. Ambos sabían que, tarde o temprano, todo esto terminaría.

—Sabe que lo nuestro no tiene futuro. Fui sincero con ella desde el principio —decidió decirlo en voz alta, como si así sus temores se hicieran cada vez más imposibles.

—No subestimes lo que una mujer puede llegar a creer —Andrew se reclinó, pensativo—. Además, no olvides que ella solo fue una víctima de Lionel.

Seamus apretó la mandíbula al oír el nombre del difunto hermano mayor de Jackson, su mejor amigo.

—Nada habría pasado si hubiera esperado a su noche de bodas —dijo con sinceridad. Andrew lo miró con reprobación—. ¿Qué? ¿Está mal ser honesto?

—Lo que no entiendo es cómo alguien tan dulce y divertida como Katherine Devine terminó contigo.

Al menos no era el único que se lo preguntaba.

—¿Sabes algo de Jackson?

—No. Le he escrito, pero imagino que está muy ocupado.

Mejor así.

Si el nuevo conde de Pembroke se enteraba que Seamus estaba involucrado con la mujer que su hermano arruinó, no lo tomaría bien.

Jackson siempre sintió compasión por la ruina de Katherine y, con el tiempo, desarrolló una especie de obligación hacia ella.

Fue por eso que Seamus empezó a reparar en la rubia.

Porque Jackson siempre la mencionaba, la observaba… y, sin querer, terminó arrastrándolo hacia su órbita.

—¿Y bien…? —Andrew lo miró con seriedad—. ¿Cuál es tu plan para dejar a la señorita Devine?

—Hice una reserva en The Royal Crescent Hotel. Tendremos una habitación con acceso exclusivo a una piscina termal privada. Solo para nosotros.

Andrew silbó en voz baja y negó lentamente con la cabeza.

—Mejor solo entrégale el collar y termina con ella. Estás siendo demasiado considerado, y eso puede prestarse a malentendidos.

Seamus se negaba a dejar las cosas así.

Probablemente sería el último amante de Katherine y no quería que su despedida fuera fría ni vacía.

Deseaba que ella recordara ese día como algo hermoso.

Tal vez era egoísmo, pero necesitaba dejarle un recuerdo perfecto. Algo digno de ella.

—Haré que viaje en el ferrocarril. Tomaremos rutas diferentes para no levantar sospechas —añadió con tono firme—. Katherine es una mujer de veinticinco años, soltera y adinerada. A nadie le parecerá extraño que viaje sola.

—Qué romántico —ironizó Andrew, cruzándose de brazos—. Cualquiera diría que no estás listo para dejarla.

Claro que no quería dejarla.

Katherine era refrescante, hermosa y peligrosa.

Cada vez que estaba con ella, siempre quería más.

La última vez que la tuvo en su cama, había estado a punto de pedirle que se quedara toda la noche.

Una verdadera locura.

—Te aseguro que para el lunes volveré a ser un hombre libre —afirmó, casi como si intentara convencerse a sí mismo.

Era lo mejor.

Demasiados problemas traía su trabajo como para encima lidiar con Katherine Devine… y los escándalos que podían caer sobre sus hombros si no era cuidadoso.

Capítulo 4

El viaje a Bath no fue en absoluto lo que Kathe había esperado, y le parecía un milagro que hubiera accedido a llevar a Juliana con ella —su nana se había rehusado a permitir que hiciera ese viaje sola—. Nunca sería bien visto que una dama soltera viajara totalmente sola en ferrocarril.

«Eres una solterona, ya nada importa», dijo una voz, pero ella negó lentamente con la cabeza.

Otra mujer pasaría desapercibida, pero ella... la mayor paria social de Londres y la mujer que todo el mundo adoraba señalar, claro que no lo haría.

Observó a Juliana de reojo.

¿Cómo tomaría Seamus la repentina presencia de la mujer?

Esperaba que bien. En el fondo, Kathe no era tan liberal como todo el mundo pensaba, y si seguía metida en ese romance era porque terminó enamorándose del rubio, no porque fuera una descarada sin principios.

—¿Qué harás si no te pide matrimonio? —inquirió Juliana, y Kathe pasó saliva con esfuerzo—. Mira hasta dónde estás dispuesta a llegar por el barón —indicó el tren—. Ni siquiera se tomó la molestia de enviarte un carruaje o un escolta; él solo hizo que tu boleto llegara a tu mano.

—Seamus no es tan detallista —trató de justificarlo—. Y es bastante distraído —forzó una sonrisa.

En el fondo, ella también estaba decepcionada.

—Ay, mi niña —suspiró con cansancio—. Solo espero que Dios guíe tus pasos y se apiade de ti. Si las cosas siguen así, tendremos que tomar nuestras cosas e irnos de Londres para siempre.

—¿Qué? —la voz le tembló—. ¿Por qué eres tan pesimista?

—Porque tus impulsos te han llevado a cometer muchos errores. No me gusta que la gente te desprecie —siseó su nana—. Eres mil veces mejor que cualquiera.

—Que tú lo sepas es más que suficiente para mí —acunó sus manos y clavó la vista en la pequeña ventana.

¿Por qué irse de Londres?

Ella amaba su tierra y quería creer que no era necesario renunciar a todo lo que era para tener un nuevo inicio.

Cuando llegaron a la estación, Kathe salió en busca de transporte y paró en seco al ver a Seamus ahí, junto a un carruaje de alquiler.

Él le regaló una sonrisa traviesa y perversa, importándole muy poco la cantidad de personas que caminaban por el lugar, pero Kathe se tensó cuando su felicidad se esfumó y dio un respingo al tiempo que Juliana hacía notar su presencia.

Estaba molesto.

Tal vez cometió un pequeño error al no decirle que su nana siempre estuvo al tanto de su aventura.

—Sigue sin gustarme —musitó su nana, y Kathe le suplicó con la mirada—. Bien, no diré mucho, pero necesitarás algo de ayuda.

—Lo sé —susurró, y ambas caminaron hacia el rubio—. Lord Mountevans —musitó e hizo una venia—, mi nana, la señora Juliana Díaz, decidió unirse al viaje.

Él no dijo nada, y eso la inquietó.

—Espero que no le moleste —Juliana tomó la palabra ante el inquietante silencio del rubio—. Comprenderá que no sería bien visto que ella viaje en ferrocarril totalmente sola y se retire a un hotel en compañía de un hombre que no es su esposo.

La mueca de Seamus le envió un escalofrío por toda la espina dorsal y cerró las manos en dos puños cuando él se limitó a abrir la puerta del carruaje, ignorando completamente a su nana.

Solo esperaba que no malinterpretara las cosas.

No trajo a Juliana consigo para acorralarlo, simplemente estaba evitando ser más escandalosa ante los ojos de los demás.

—Vámonos. Hay un par de cosas que debo tratar en el hotel —respondió con frialdad, y le generó una gran decepción ver lo cruel que fue con su nana.

Para él, Juliana era solo una empleada. Pero para Kathe, era su única familia.

Subió al carruaje con ayuda del hombre y se mordió el labio inferior con inquietud cuando él no subió tras ellas, sino que cerró la puerta con más brusquedad de la prevista.

¿Era normal que fuera tan grosero?

Miró a su nana, quien le dijo un "te lo dije" en silencio, y negó lentamente con la cabeza. Hizo ese viaje con las expectativas muy elevadas y todo indicaba que su golpe de realidad sería muy doloroso.

—¿Qué me sugieres? —cuestionó con voz débil.

Quizá no le haría daño empezar a oír sus consejos.

—Cuando un hombre está enamorado, es capaz de esperar el tiempo necesario para conseguir lo que quiere —dijo con seguridad, y ella se tensó—. No dormirás en la misma alcoba que él. Es hora de hablarle de tus intenciones y deseos. Seguir cediendo y entregar más de lo que deberías solo empeorará tu situación.

—Pero... ¿y si lo incomodo?

Su nana la miró con rudeza, se dio unos segundos para pensar en sus siguientes palabras, y finalmente suspiró:

—Lo que no es para ti, tarde o temprano volará de tu lado.

En pocas palabras: era momento de conocer los sentimientos de Seamus y saber qué tanto quería recibir de ella.

—Él querrá hablar conmigo a solas. ¿Es posible que nos des unos minutos?

Juliana asintió, y durante el resto del camino hacia el hotel, ninguna fue capaz de emitir palabra alguna. Ambas estaban ensimismadas en sus pensamientos, imaginando los posibles escenarios.

Cuando llegaron a su destino, una criada las guio hacia la habitación que debió haber sido la de Seamus y suya, y Kathe empezó a cuestionarse si hizo bien al meter a Juliana en esto.

Esa habitación era simplemente preciosa y la decoración —en la cual un sinfín de velas decoraban la estancia, junto a grandes arreglos de rosas en diferentes laterales— dejaba más que claro que Seamus se había esforzado para sorprenderla y había esperado que ese fin de semana fuera especial.

Presionó su abanico con impotencia.

¿Por qué se sentía tan dividida? ¿Por qué una parte de ella estaba feliz por haber hecho lo correcto y otra maldecía en silencio?

¿Qué estaba mal en ella?

Quería ser una mujer respetable, pero también quería sentir, amar y dejarse llevar.

«No puedes tener todo en la vida», le susurró una voz, y ella se sentó en el borde de la enorme cama, angustiada.

—Creo que eché a perder su sorpresa —reconoció con voz débil, y Juliana se sentó junto a ella, con un deje pensativo—. ¿Qué debería hacer?

—Sabes lo que debes hacer —respondió con fría calma, y Kathe odió que la visión se le cristalizara.

Seamus no iba a dar ningún paso. Para él siempre sería su amante y por cómo se estaban suscitando las cosas, estaba claro que le disgustaba en demasía saber que su nana estaba al tanto de su aventura.

Un suave toque en la puerta hizo que su corazón empezara a latir sin control alguno, e inhaló con pesadez.

—Yo atenderé —musitó, y recibió en silencio la nota que la criada le entregó.

En ella decía: "Ven a mi habitación. Tercer piso, cuarta puerta a la izquierda".

—Si se molesta, no merece la pena —le recordó Juliana, y asintió —. No te falta nada, Kathe —dijo de pronto, llamando su atención—. Quizá ya no eres una debutante, pero eres una mujer hermosa y tienes más dinero que muchos nobles de Gran Bretaña.

—Lo sé.

No quería ahondar en el tema porque el mensaje era simple: tal vez no la querían en Inglaterra, pero en otro lugar quizá sí sería tratada como un hermoso diamante.

Se dirigió a la habitación de Seamus y se dio unos segundos para recuperar la compostura, el valor y el descaro con el que siempre camuflaba su vulnerabilidad.

Mientras su rostro estuviera en alto, nadie podría decir que la había humillado.

Le propinó tres suaves golpes a la puerta y el aire se le atoró en los pulmones cuando esta se abrió al instante, enviándole un escalofrío por toda la espina dorsal.

Era la primera vez que lo veía tan molesto, y jamás se imaginó que él sería capaz de sujetarla y tirar de ella hacia el interior de la habitación con tanta brusquedad.

—¿Qué diablos significa esto, Katherine? —escupió con enojo, y ella se volvió hacia él, nerviosa—. ¿En qué estuviste pensando al traer a esa mujer a este viaje? ¡Esto era entre tú y yo!

—No podía viajar en ferrocarril sola, la gente hablaría y... —Su fría carcajada hizo que las entrañas se le congelaran—. ¿Qué es tan gracioso? —masticó sus palabras.

Si por un momento pensó que él se ahorraría su comentario por respeto a ella, se equivocó.

—Que una mujer como tú se preocupe por el qué dirán.

¿Una mujer como ella?

Esto dolería.

—¿Y cómo son las mujeres como yo?

Seamus, cegado por la rabia y el enojo, la miró de arriba abajo con desprecio.

—No es que existan muchas como tú para darte un ejemplo.

Kathe cerró las manos en dos puños, odiando que, a pesar de llevar guantes, sus uñas se clavaran en las palmas de sus manos.

—Se supone que lo nuestro es un secreto y si trajiste a tu nana para conseguir algo de mí, déjame informarte que estás muy equivocada.

—Mi nana siempre estuvo al tanto de lo nuestro. De ser diferente, no habría podido asistir a todas nuestras citas.

Seamus siseó un juramento y alborotó su cabellera con frustración.

—Ya veo por qué resultaste así —escupió con desprecio, helándole las venas—. ¿Qué se puede esperar de una mujer que fue educada por una criada?

Juliana hizo un excelente trabajo cuidando de ella. Le dio más amor del que esperaba recibir una vez que quedó huérfana, por lo

que no permitiría que ese idiota hablara mal de lo más cercano a una madre que tenía.

—Pues mi criada hizo un mejor trabajo que tus padres —soltó con frialdad, y Seamus se tensó.

—¿Cómo dijiste? —sus ojos verdes se oscurecieron, y Kathe soltó una risa seca.

—¿Te haces al sordo cuando la verdad no te gusta?

—¿Pero quién diablos te crees? —se acercó peligrosamente a ella, pero Kathe no retrocedió—. Eres una paria —ella abrió los ojos con sorpresa—. Nadie en Londres te soporta, ¿e incluso así te atreves a ser tan altanera?

¿Eso era lo que Seamus pensaba de ella?

—Si tu concepto sobre mí es tan malo, ¿por qué iniciaste esta relación conmigo?

Si él sentía tanto desprecio hacia ella, ¿por qué la trató con tanto cariño y pasión en los últimos cinco meses?

—Curiosidad... —le recorrió el cuerpo con la mirada— y deseo —se sinceró.

Eso quería decir que la única que se enamoró de la relación fue ella.

—Pensé que este viaje sería especial —decidió sincerarse. Para dejar algo atrás, lo mejor era sacarlo del pecho antes de la despedida.

—¿Qué? —hizo una mueca.

—Nuestros encuentros siempre fueron en tu piso de soltero y cada cita estaba fríamente calculada. Entre nosotros nada era espontáneo —musitó con tristeza, y él se cruzó de brazos—. Cuando mencionaste el viaje, creí que me dirías algo importante y…

—Dios, Kathe —exclamó con sorna—. No habrás pensado que iba a declararme, ¿verdad?

Un suave rubor subió por sus mejillas y la visión se le cristalizó cuando él rompió en una sonora carcajada. Seamus se adentró en la habitación, sin reparar en su semblante.

Parpadeó varias veces. No se derrumbaría.

Él no iba a verla llorar.

—Este viaje también estaba fríamente calculado —aclaró a su espalda, y ella giró sobre su eje, viendo cómo buscaba algo en su pequeña maleta.

—¿Por qué nunca me dijiste que te caía mal? —quiso saber.

Cuando Lionel la abandonó, él le dejó claro que jamás podría amar ni pertenecer a una sola mujer; quizá por eso lo soltó con bastante facilidad, a pesar de todo el daño que le causó.

Seamus dejó de remover su maleta y se volvió hacia ella para prestarle atención.

—¿Cómo pudiste pasar tanto tiempo junto a mí, sin develar todo el desagrado que sientes?

—Como amante no me desagradas —decidió ser sincero—. Mientras seas un secreto y nadie sepa dónde he caído, todo estará perfecto para mí.

—No soy una mala persona —la voz le tembló—. Yo...

—Eres una cualquiera —el aire se atoró en sus pulmones—. No quiero una esposa que ha pasado por otros hombres.

¿Darle una respuesta tendría sentido?

¿Qué tan bajo estaba dispuesta a caer por ese hombre?

—Jamás te amaría, ni te elegiría como la madre de mis hijos. ¿Crees que no me preocupa todo el odio que caerá sobre ellos si tú eres su madre?

Fue una tonta al creer que Seamus era el hombre de su vida. Una parte de ella quería odiarlo por todo el daño que le estaba causando, pero la otra era muy consciente de que nada de lo que él estaba diciendo era mentira.

Tener un nuevo inicio en Londres sería simplemente imposible.

—¿No dirás nada? —empezó a irritarse.

¿Valía la pena gastar saliva por alguien que tenía un concepto tan claro y bajo sobre ella?

—Quiero un esposo y una familia —admitió finalmente, y no le gustó que se riera en su propia cara—. Puedes reírte, pero sé que tarde o temprano seré capaz de encontrar un hombre que me ame.

Porque era una mujer sincera y leal, y siempre luchaba por lo que quería.

—No seas necia, Katherine. Tú nunca podrás ser madre ni esposa. Ningún hombre querrá darles su apellido a tus hijos.

—No deberías hablar por todos —esbozó una débil sonrisa, y él se tensó—. Puede que para ti solo sea un rostro y cuerpo hermoso, pero quizá, con el tiempo, alguien pueda notar que soy más que eso.

Aunque su seguridad empezaba a tambalear, ¿realmente sería prudente tener un hijo cuando su pasado era tan desastroso?

—Puedes enviarle el recibo a mi administrador —espetó finalmente—. Supongo que después de esta conversación, nosotros no tenemos nada más de qué hablar.

Hizo el ademán de marcharse, pero él la retuvo con sus palabras.

—No permitiré que tú me dejes.

Frunció el ceño y observó en silencio cómo sacaba una caja de terciopelo de su maletín.

—Te traje a este hotel porque mi intención era terminar con todo esto de una buena manera —le entregó la caja con brusquedad, y ella se tensó—, pero tú arruinaste todo al traer a tu criada contigo.

Él planeó ese viaje para dejarla, y ella fue tan estúpida que pensó que su intención era pedirle matrimonio.

Dios santo, quizá debía dejar de ser tan ingenua y confiada.

—¿Por qué me das esto? —frunció el ceño, y no le gustó la sonrisa maliciosa que se dibujó en su rostro.

—Porque así se deja a las amantes, Kathe. Se les entrega una posesión de valor como agradecimiento por todos sus... —hizo un gesto con la mano, señalándola— favores.

Esto era humillante, pero suponía que él estaba esperando una riña, por lo que decidió no darle el gusto.

—¿Me das una baratija después de cinco meses de relación? —miró la caja despectivamente—. Después de lo que hice por ti, una casa habría sido lo mínimo.

—Una mujer más astuta la habría negociado desde el primer día —comentó con indiferencia—. Pero tú… incluso en eso saliste económica.

Bien, jamás podría ganarle esa batalla, y no pensaba permitir que la siguiera humillando.

Katherine Devine abandonó la habitación del barón de Mountevans con la frente en alto, y no dejó que su corazón titubeara ni se desmoronara… hasta que llegó a su habitación.

Ese fin de semana lo utilizó para llorar y reprenderse por todas sus malas decisiones. Y cuando llegó a Londres, se refugió en su hogar por largas semanas, incluso sabiendo que Penelope, una de sus amigas, huyó a Escocia con el hombre que amaba, que Olivia fue robada por el duque de Richmond el día de su boda, y que Seamus tuvo que salir de viaje por asuntos personales.

Nada la motivó a salir de su hermosa morada.

Y, por alguna extraña razón, la mansión en la que vivía y en la cual vivieron sus padres empezó a parecerle tan grande que decidió ponerla a la venta.

Tal vez, solo tal vez, necesitaba hacer grandes cambios en su vida.

Capítulo 5

¿Alguien puede explicar por qué el conde de Warrington inició una pelea en su propia casa? Según fuentes cercanas, su esposa pasa más tiempo del debido con su primo político
***Sección de chismes aristocráticos de Lady Berricloth**".*

Dos semanas.

Kathe llevaba dos semanas encerrada y, como era de esperarse, nadie se había percatado de su ausencia, lo que solo confirmaba que, tomara la decisión que tomara, nadie la echaría de menos si decidía dejar Londres.

Respingó en su lugar cuando la puerta de su habitación se abrió con violencia, y volvió el cuerpo hacia su nana, quien entró seguida de dos criadas, dando órdenes a diestra y siniestra para que abrieran las ventanas y empezaran a poner todo en orden.

—¿Qué haces, Juliana? —gruñó.

Ella no quería que nadie la molestara, se sentía bastante cómoda así y…

—He sido muy tolerante contigo, y no pienso seguir esperando un día más para que abras los ojos y hagas algo bueno por ti.

Su corazón se encogió al darse cuenta de lo fácil que era para Juliana comprender su dolor, y odió que los ojos se le llenaran de lágrimas. Su nana despachó a las criadas y ambas tomaron asiento en el diván que estaba frente al fuego.

—Es horrible sentirme tan sola.

—No estás sola, querida. Tienes a tus amigas y me tienes a mí.

—Pero ninguna se acordó de mí en todo este tiempo —susurró con pesar.

—Eso se debe a que cada una está lidiando con su propio escándalo, Kathe.

Bajó los hombros, preocupada. ¿Estaría siendo egoísta al querer ser el centro de atención por una vez en la vida?

—Lilias perdonó a su esposo, Pen huyó con el americano y Richmond se robó a Olivia. ¿Acaso soy la única de mi grupo que nunca podrá ser feliz?

Aldrich luchó para reconquistar a Lilias, Spinster lo arriesgó todo para impedir que Penelope se casara con Warrington, y Richmond tiró toda su buena reputación al tacho por la mujer que amaba.

¿Cuándo conocería a un hombre que estuviera dispuesto a todo con tal de estar junto a ella?

—Los tiempos de Dios son perfectos, Kathe. No puedes acelerar las cosas —acunó sus manos, y ella tragó con fuerza—. El barón…

—No quiero hablar de Mountevans —fue sincera—. No me duele su abandono; todo lo que inicia debe acabar.

Ser realista era mil veces mejor que ser optimista.

—Lo que me duele es saber que nunca fui especial para él. Durante todos esos meses que estuvimos juntos, no sintió más que deseo por mí.

Ella era su punto más bajo, su mayor vergüenza, y no tuvo reparo alguno en informárselo. Incluso se atrevió a llamarla una cualquiera.

Cerró las manos contra su bata de dormir, furiosa.

—Yo… quiero cambiar.

Ser una mujer transparente, deseosa de amar y libre, nunca sería la mejor de sus opciones.

—Te pareces mucho a tus padres —musitó Juliana de pronto, captando su atención—. Ellos siempre hicieron todo lo que quisieron; los deseos de su corazón siempre fueron más importantes que cualquier otra cosa —comentó con nostalgia.

—Es la primera vez que estás tan dispuesta a hablar de ellos —comentó, sorprendida—. Siempre me pregunté por qué una joven de dieciocho años elegiría criar a la hija de sus antiguos patrones.

Juliana esbozó una tierna sonrisa y suspiró.

—Yo era su protegida. Ellos me dieron un hogar cuando no tenía nada. Y tú fuiste una niña muy deseada, Kathe —acarició su coronilla—. Eras lo único que me quedaba de ellos. No podía dejar que tus tíos se aprovecharan de ti.

—Gracias a ti estoy donde estoy, ¿no es así?

—El señor Evans siempre estuvo de nuestra parte.

El administrador y gran amigo de su padre nunca las dejó solas.

—¿Nunca quisiste irte? ¿Nunca sentiste deseos de casarte?

—Tú eres mi familia.

En ese momento, una lágrima se deslizó por su mejilla.

Juliana siempre estuvo para ella y, aunque la adoraba con cada fibra de su ser, nunca le dio el lugar que le correspondía en esa casa. Tuvo que esperar a que un idiota la menospreciara para darse cuenta del gran valor que su nana tenía para ella.

«No volverá a repetirse», se prometió a sí misma.

—Gracias por ser mi madre —la abrazó con timidez y agradeció en silencio que ella respondiera a su gesto—. Y perdóname por todos los problemas en los que me he metido.

—Tú no tienes la culpa de nada —aclaró ella con ternura—. Ningún granuja se habría acercado a ti de haber tenido a tu padre o a tu tío a tu lado.

Ella era una presa fácil para los sinvergüenzas.

—¿Deberíamos ir con Madame Gale?

En otras circunstancias, Juliana la habría reprendido por pretender gastar más dinero en compras absurdas, pero en ese momento se mostró bastante entusiasmada ante la idea de que quisiera salir de su casa.

—Perfecto. Haré que te preparen un baño porque hueles fatal.

Katherine se ruborizó. ¿Cómo era posible que hubiera llegado a ese punto por culpa de un hombre que era incapaz de ver su valor?

—Te estaré esperando abajo.

La observó marcharse en silencio y esbozó una pequeña sonrisa.

Nunca era tarde para reivindicarse. Era hora de que empezara a poner más orden en su vida… y en la de su nana.

***

—Me encantaría saber por qué, siempre que sales de viaje, llegas herido —musitó Katherine con ternura, y Seamus cerró los ojos con satisfacción, dejando que atendiera sus heridas.

Decirle que era un espía de la corona quedaba fuera de lugar. Ese era su mayor secreto y jamás debía salir a la luz.

Dejar que ella viera sus heridas y lo conociera en sus peores momentos no era la mejor idea; sin embargo, la rubia era mil veces mejor que un doctor, y por eso nunca regresaba a sus reconsultas. Lo único que necesitaba era enviarle una nota a Kathe para que ella corriera en su ayuda y lo cuidara como su más preciado tesoro.

—Te pedí que no hicieras preguntas —gruñó ante el ardor que se suscitó en la herida de su hombro, y ella sopló suavemente, enviándole un escalofrío por toda la espina dorsal.

¿Por qué con ella no le afectaba sentirse vulnerable? ¿Qué tenía Kathe que su armadura siempre se quedaba fuera de la habitación al reunirse con ella?

—Me preocupas, estás muy magullado —comentó finalmente y dejó un casto beso en su hombro—. Debo irme, ya es tarde.

Sus citas en su piso de soltero no siempre terminaban en noches de pasión. A veces, él no estaba en condiciones físicas —como ahora — y ella solo quería hablar y desahogarse.

Estar con ella era liberador y cómodo.

Por un instante, quizá una milésima de segundo, quiso pedirle que se quedara a dormir con él, pero luego lo pensó mejor y la dejó ir.

Encariñarse con Devine sería un pésimo error.

Una sacudida hizo que la imagen de la rubia se volviera borrosa y por un momento quiso gritarle que no se marchara, pero su orgullo no le permitió abrir la boca. Dejó que la oscuridad lo arrastrara a un gran abismo.

—Seamus, despierta. ¿Qué diablos haces aquí? —siseó Andrew, sacudiéndolo con violencia. Seamus ahogó un lamento cuando una punzada atravesó su nuca—. La enfermera del doctor fue a buscarme. Dijo que no fuiste a tu chequeo y sabes que tu herida necesita ser atendida.

En ese momento, Seamus recordó todo lo vivido en las últimas dos semanas y cómo un bastón le había abierto una herida de cinco puntos en la nuca.

—Maldición —se incorporó con lentitud, encogiéndose por el frío, y se llevó una mano a la cabeza. El vendaje seguía allí, recordándole la paliza que les dieron días atrás.

¿En qué momento se había dormido? Todo estaba oscuro. Cuando llegó a su piso, aún era de día.

—¿Eres tonto o qué? Hoy deben limpiar tu herida —farfulló el castaño.

Seamus abandonó su cama con lentitud y miró de reojo la mesa, donde aún había hojas blancas y su tintero.

No había sido un sueño ni parte de su imaginación.

Le escribió a Kathe, informándole su regreso y pidiéndole que se vieran, pero ella decidió ignorarlo.

—¿Le escribiste? —inquirió Andrew, y Seamus se frotó los ojos, abrumado—. ¿Eres idiota o qué? La humillaste y echaste sin compasión. ¿Qué te hace pensar que correrá a tu primer llamado?

—Iba a buscarla cuando regresara de Bath, pero entonces nos convocaron y tuvimos que salir en busca del duque de Richmond —escupió con frustración—. Ya te dije que no me gusta que menciones lo que sucedió en ese viaje. Nunca debí contarte lo ocurrido.

Pero en ese momento estaba tan frustrado que necesitaba desahogarse, y Andrew, curiosamente, no se desprendía de su lado.

—Como sea, vamos con el doctor.

Salieron de su piso de soltero y Seamus barrió la calle con la mirada, pero el lugar estaba desierto.

¿Podría ser que ella... lo odiara?

«Le dijiste que era una cualquiera. Dudo mucho que te guarde en su memoria con amor», se mofó una vocecita, y él tragó saliva con dificultad.

—Jackson quiere que nos reunamos mañana. Tiene algo que decirnos.

Lo más probable era que se tratara del caso que ahora tendrían que resolver juntos.

Después de que la torpe enfermera del doctor limpiara su herida, Seamus llegó a casa junto a Andrew y mandó a llamar a su administrador.

—¿Y ahora por qué molestarás al pobre hombre? ¿No crees que es algo tarde?

—Sí, bueno... creo que fui algo tacaño al darle solo un collar a Katherine. He considerado comprarle una casa. Algo modesto, pero lindo —dijo atropelladamente, al borde de la desesperación.

Quería enmendar su error.

Su amigo lo miró con incredulidad.

—Ya la dejaste, Seamus. Y ella te dejó ir sin armar un escándalo ni atosigarte. ¿Por qué simplemente no sigues con tu vida?

Porque no le gustaba su vida sin esa mujer.

El descubrimiento le robó el aliento y se llevó una mano a la nuca, acariciando la herida. ¿Podría ser que el golpe lo hubiera vuelto loco?

Kathe quería un marido y una familia, dos cosas que él sabía que nunca podría darle. Por eso, ella no volvería a aceptar ninguna oferta suya, por muy tentadora que fuera.

Ofrecerle dinero era absurdo: era más rica que él y sus amigos juntos.

—Nadie se casará con ella —se atrevió a decir en voz alta, y Andrew asintió—. ¿Piensas lo mismo que yo?

—Creo que aquí, en Londres, no podrá convertirse en la esposa de nadie.

Seamus achicó los ojos.

—Sé más claro.

—Es hermosa. Quizá en América podría correr con más suerte y...

—No se irá. No tiene a nadie.

Además de esa tediosa nana que arruinó su viaje a Bath.

—¿Por qué mencionas esto? —preguntó Andrew con su instinto de detective en alerta.

—Quiere un esposo e hijos. Me lo dijo la noche que la dejé.

—¿Y la dejaste después de que ella mencionara eso? —lo miró con sorpresa—. Te falta un poco de tino, Seamus. Hay momentos en los que uno debe cerrar la boca.

—La dejé antes, durante y después de eso.

—Oh... —alzó las cejas—. Creo que debes dejarla tranquila. Es evidente que te involucraste más de lo debido, y no tienen las

mismas aspiraciones.

—Esperaré. Una vez que se dé cuenta de que pide más de lo que vale, ella misma vendrá a buscarme.

Se rehusaba a creer que él era el único que estaba lidiando con ese sentimiento. Lo más probable era que Kathe la estuviera pasando igual de mal, y que ahora mismo fuera su orgullo lo que le impedía acudir a él.

Habían pasado dos semanas. Era tiempo suficiente para que las cosas se enfriaran y ella empezara a pensar con mayor claridad, ¿verdad?

El matrimonio nunca sería una opción para ellos.

***

—Deja de mirar el fuego, Kathe. La carta que tiraste no volverá a aparecer ante tus ojos.

Ella respingó en su lugar y miró a Juliana de reojo.

—No quiero que regrese a mis manos —fue sincera. Ya había quemado cinco cartas del barón—. ¿Tienes noticias de Madame Gale?

Estudió el nuevo vestido de su nana, el cual habían adquirido la tarde anterior, y asintió con aprobación. A pesar de sus cuarenta y tres años de edad, Juliana era muy hermosa, delicada y sus modales resultaban simplemente envidiables.

—Su empleada está abajo. ¿Estás lista para atenderla?

—Sí.

Tres minutos más tarde, Katherine observó con cierto asombro cómo una diminuta mujer ingresaba a su habitación con una gran caja en las manos. Su sorpresa no se debía al hecho de que la mujer estuviera sola, cargando más de lo que podía, sino a que dicha mujer en cuestión era una dama cuyo esposo tenía mucho dinero y un título de lord.

—¿Lady Kilbrenner?

La castaña dejó la caja sobre la cama y la miró con desconcierto.

—¿Nos conocemos?

Ella solo tenía dieciocho años. No era de extrañar que no supiera mucho de Katherine, dado que la joven ni siquiera llegó a ser presentada en sociedad porque se casó a los dieciséis años, pero Kathe conocía a sus hermanas y parte de su historia.

Lady Berricloth se había encargado de informar a todos sobre el escándalo que estalló cuando lady Harriet huyó con lord Kilbrenner a Escocia hace dos años.

—No sabía que trabajaba para Madame Gale —se vio obligada a decir, y la joven pareció recordar un detalle importante.

—¿Podría mantener esto en secreto? —jugueteó con sus manos —. Soy la persona que confecciona sus vestidos —le tendió la mano —. Mucho gusto, mi nombre es Harriet Kilbrenner.

—Si es un secreto, ¿por qué la enviaron?

—Bueno, el pedido que hizo es algo exigente y era necesario que viniera personalmente a estudiar su guardarropa.

Katherine le mostró su armario y, mientras Harriet se ocupaba de las prendas, la estudió con curiosidad.

Parecía una debutante.

Sus vestidos no tenían adornos y eran más cómodos que elegantes.

¿Por qué la esposa de Isaac Kilbrenner lucía tan lamentable?

—¿Qué es esto? —se acercó a la caja.

—Es mi último diseño —explicó con una sonrisa—. Lo hice hace poco, sin ninguna clienta en mente, pero cuando Madame Gale me explicó lo que deseaba, pensé que podría ser de su agrado.

Kathe abrió la caja y sus ojos brillaron con fascinación al ver el hermoso vestido verde agua ante ella. Era una pieza simplemente maravillosa: un vestido de paseo con los detalles adecuados para llamar la atención, pero sin resultar excesivamente atrevido.

—Lo querré —dijo aceleradamente y lo sacó de la caja, encantada.

Harriet le sonrió y continuó evaluando las prendas.

¿Cómo era posible que alguien que hiciera vestidos tan lindos se vistiera de manera tan simple y sin gracia?

—¿Puedo llevarme tres vestidos por día? —comentó quince minutos más tarde.

—¿Por qué tres?

—Madame Gale me dejó a cargo de esto y no podré hacerlo tan rápido. Son diseños que tienen muchos detalles y bordados; deben ser hechos con mucho cuidado.

Era verdad. A Katherine nunca le gustaron las telas lisas ni sencillas.

—Entiendo.

Harriet seleccionó tres vestidos y empezó a doblarlos para llevarlos consigo.

—¿No tienes más piezas similares? —le indicó el vestido verde, y la castaña se lo pensó un momento.

—Tengo un vestido de noche color borgoña.

—Lo quiero —dijo con entusiasmo, y ella respingó en su lugar.

—Pero no creo que se ajuste a su cuerpo y…

—Vuelve más tarde y le harás los arreglos.

La castaña boqueó, inquieta.

—Tomaremos el té y comerás aquí. Haré que mi cochero te lleve y recoja de donde quieras.

Eso pareció interesarle y observó el bulto que debía cargar.

—Está bien —susurró—. De ser así, quizá pueda llevar más vestidos.

Una vez que estuvo sola en su habitación, Kathe se quitó el vestido y decidió probarse su nueva adquisición. Era tan bonito que se rehusó a quitárselo. Esperó a que Juliana regresara a la habitación para girar sobre su eje.

—¿Crees que servirá de algo? —se acercó al espejo y acarició el escote del vestido.

Ya no era tan profundo ni atrevido como los anteriores.

—Verse más recatada siempre ayuda en algo, y déjame decirte que te ves hermosa —espetó Juliana—. Siempre te dije que mostrar los hombros y presumir tus voluptuosos pechos podría considerarse excesivo.

—Ya no me regañes, aprendí la lección —siseó y acarició sus bucles dorados—. Pero no cambiaré mi peinado ni usaré cofias horribles.

No era una debutante y aunque era una solterona, esa no era razón suficiente para empezar a verse mal.

Ser bonita no era un crimen.

—¿Me puedes decir por qué quieres vender la casa?

Se había tardado en hacerle esa pregunta, y aun así a Katherine se le cerró la garganta al pensar en la respuesta.

—Vamos de paseo a América.

Juliana la miró con sorpresa y no pudo emitir palabra alguna por varios segundos.

—Un paseo largo —se obligó a añadir.

—¿Por qué no Francia?

—Ellos son igual de estirados que los ingleses. Quizá solo necesito estar junto a personas que se parezcan a mí —volvió a mirarse en el espejo.

—No conocemos a nadie en América.

—Lilias y su hermano se fueron por años y eso no fue un impedimento —acarició la falda de su nuevo vestido—. Solo digo que tenemos el dinero para conocer otros mundos, ¿por qué no hacerlo?

No quería quedarse en un lugar donde todos la consideraban una paria y una cualquiera.

«Nadie en Londres te soporta».

Ese pensamiento hizo que la piel se le erizara y la bilis trepara por su garganta.

Seamus le tuvo cariño y, aun así, la creía alguien horrible. Por eso, Kathe no podía dejar de cuestionarse cómo la consideraban sus amigas.

«Ellas te adoran. El barón solo te utilizó».

Tragó con fuerza y negó con la cabeza.

Seamus no podía hacerle dudar del cariño de sus amigas. Eso sería absurdo.

—De acuerdo, entiendo que quieres viajar y conocer el mundo, pero ¿por qué vender la casa? ¿Y si América no te gusta y quieres regresar a Londres?

—Si quiero regresar, veré otra casa más pequeña y listo.

No se aferraría al pasado ni a esa casa llena de recuerdos que ni siquiera eran suyos. No recordaba sus primeros años de vida. Si no

fuera por los retratos de sus padres, ni siquiera conocería sus rostros.

Se mordió la lengua con impotencia.

¿Qué tan diferente sería su vida si ellos estuvieran vivos?

¿Su adorado padre habría permitido que fuera la burla de un hombre?

Claro que no.

Si hubiera tenido a sus dos padres junto a ella, todo sería distinto.

—¿Puedes apoyarme?

No lo entendía, ¿por qué se mostraba tan inquieta?

Hacía unas semanas, Juliana le había sugerido salir del país para empezar de nuevo.

¿Qué había cambiado ahora?

—Siempre lo haré, querida —musitó finalmente, aunque Kathe pudo percibir su indecisión.

¿Estaría precipitándose al querer huir de su tierra?

***

Seamus observó en silencio cómo Andrew retomaba la misma discusión con Jackson, referente a los salteadores de camino que les habían dado una paliza, y se preguntó si el castaño superaría esa noche algún día.

—No lo entiendo, ¿por qué no podemos buscarlos? —farfulló Andrew, furibundo, y Jackson acomodó los gemelos de su abrigo con fría calma, captando la atención de Seamus.

Estaba más arreglado de lo normal y parecía muy preocupado por su aspecto.

—¿Cuál es tu problema? Nunca te interesaron tanto —Jackson frunció el ceño, consternado por el interés de su amigo, y lo buscó con la mirada.

Seamus se encogió de hombros; no tenía tiempo ni cabeza para indagar en la vida de nadie.

—Era una mujer —dijo Andrew finalmente, provocando un tenso silencio, y tanto él como Jackson lo miraron con asombro—. El

vándalo que atrapé esa noche era una mujer.

¿Y por qué diablos se los decía recién?

—Vamos por ella —espetó Seamus.

—¡No! —ordenó Jackson, alarmado, y lo miraron con curiosidad.

—¿Por qué no? —achicaron los ojos.

—¿Recuerdan la misión que tuve que interrumpir por buscar a Richmond?

Los dos asintieron.

—Estoy buscando al responsable de todos los asesinatos de las mujeres que han estado apareciendo en los últimos meses.

—¿Te designaron ese caso? —Seamus lo miró con interés.

—Yo lo pedí, pero me dijeron que es delicado —admitió Andrew.

—Blackwood confirmó mis sospechas —los miró con fijeza—. El hombre que está causando todo ese mal... es mi hermano.

¿Qué? ¿Cómo era eso posible?

¡Lionel estaba muerto!

—Pero él está... —trató de ponerle voz a sus pensamientos, pero Jackson negó con la cabeza.

—No. Lionel nunca murió. Solo fingió su muerte, porque para él es mil veces mejor ser un asesino que un conde.

—Si eso sale a la luz…

—Por eso estamos pidiendo discreción —se frotó el rostro, cansado—. ¿Ahora entienden por qué tengo tanta urgencia de resolver ese caso?

—Muéstranos qué tienes y empezaremos la búsqueda contigo —determinó Andrew, y él asintió.

—Pueden revisar la documentación en mi despacho.

—¿Vas a algún lado? —inquirió Seamus, curioso—. Estás más arreglado de lo normal.

Jackson se tensó, pero finalmente asintió.

—Iré a pedir la mano de Katherine Devine en matrimonio.

En ese momento, Seamus sintió cómo el piso temblaba a sus pies y se quedó observando a su amigo, quien ultimaba todos los detalles de su ropa.

¿Él... quería casarse con Kathe?

Un miedo irracional surgió en su pecho y no pudo emitir palabra alguna.

¿Por qué esa noticia le afectaba tanto?

Se suponía que Kathe no era tan importante, ella...

—¿Por qué? —preguntó Andrew por él, y se lo agradeció en silencio.

—Es la mujer que mi hermano destruyó, y planeo devolverle su vida entregándole el título de condesa.

Pero el título era lo que menos le importaba a Kathe.

Ella solo quería un marido e hijos.

Dos cosas que Jackson podría darle sin el más mínimo de los problemas.

«¿Qué se supone que debo hacer?»

Él… no quería ver a Kathe con otro hombre, ni mucho menos cargando a los hijos de su mejor amigo.

Y no porque la amara.

Lo que sentía no era amor.

No podía serlo. No después de todo lo que había hecho y dicho.

Y, sin embargo, la sola idea de verla vestida de blanco al lado de otro le revolvía el estómago.

Capítulo 6

"Es oficial, dos condes han perdido la cabeza: Warrington acaba de dejar Londres, totalmente solo, dejando a su esposa atrás, y Pembroke quiere cortejar a una dama que lo único que no tiene, es reputación

***Sección de chismes aristocráticos de Lady Berricloth**".*

Su nueva adquisición no estaba mal; se podía decir que se veía muy bien en la prenda, pero… no estaba acostumbrada a las mangas largas ni, mucho menos, a los escotes cerrados.

—Podrías utilizar un mantel e, incluso así, te verías hermosa —musitó Juliana, alisando la falda del vestido verde agua, y Kathe esbozó una débil sonrisa. En un principio le pareció una prenda preciosa, pero mientras más tiempo pasaba, más difícil le resultaba reconocerse dentro de ese vestido—. ¿Por qué no desayunamos y luego salimos de paseo?

Juliana no quería que volviera a encerrarse.

—Está bien —acarició su abanico, el cual no poseía ningún artilugio porque se prometió ser más modesta, y se dirigió a su peinador para abrir el cajón y coger su collar de perlas.

No obstante, el aire se le atoró en los pulmones al ver la caja de terciopelo que Seamus le entregó en Bath. El gesto le había resultado tan humillante y doloroso que terminó olvidándolo por completo.

—¿Qué sucede?

Juliana se puso a su lado.

—Lo olvidé —sujetó la caja y la abrió sin expectativa alguna—. Al menos tiene buen gusto —dijo finalmente y le entregó el collar a Juliana—. Ponlo en la caja fuerte, es caro.

Había tenido ese collar en la mira hacía un mes, pero considerando que pocas veces iba a fiestas —porque no la tomaban

en cuenta— y no tenía un palco en el teatro para lucirlo, decidió no comprarlo.

Un collar tan lindo debía ser utilizado en un día especial.

—Pero...

—Es mío. No pienso ser dadivosa con nadie —gruñó.

Devolver el collar no la haría más digna, sino más estúpida e ingenua.

Bajó a desayunar con los ánimos renovados. El collar no pudo afectar sus ganas de presumir su nuevo estilo —el cual no terminaba de encantarle— y se preguntó a dónde podrían ir primero.

Su marcha se detuvo en el umbral del comedor porque alguien llamó a la puerta principal. ¿Quién sería?

Ella nunca recibía visitas.

No se acercó a su lugar en la mesa y se quedó ahí, a la espera de una nueva noticia. Esta no demoró en llegar.

—Tiene una visita, señorita —le informó el mayordomo, exaltado, y ella frunció el ceño—. El conde de Pembroke desea hablar con usted.

La mención de ese título le revolvió las entrañas, pero no trastabilló; solo empuñó las manos con firmeza.

¿Por qué? ¿Qué hacía ese hombre llamando a su puerta?

—Ve por Juliana. Infórmale sobre nuestro visitante.

No sabía mucho de Jackson Sterling, pero comprendía que era totalmente lo opuesto a Lionel, así que no tenía la menor idea de cuál podía ser el motivo de su visita.

La última vez que se vieron...

—No estoy orgulloso de las acciones de mi hermano, señorita Devine. —Katherine no respondió; se sentía tan humillada ahora que todo Londres sabía lo que hizo con el conde, que no sabía cómo proseguir—. Ahora mismo no estoy en condiciones de ayudarla, pero tenga por seguro que, una vez que mi vida se acomode, la ayudaré a restaurar su honor.

¿Cómo?

Nada le devolvería su pureza ni borraría la memoria de todos los habitantes de Londres.

—¿Por qué le interesa? Su hermano...
—Lionel no tiene palabra. Los Sterling sí.
¿Podía confiar en él?

Habían pasado dos años desde aquella tarde y Kathe jamás pensó que él regresaría. Es más, lo había borrado completamente de su memoria.

Cuando llegó al recibidor, avanzó con paso firme hacia el hombre de aspecto fiero, cabellera oscura y rapada, y rostro tallado por los dioses. Era muy apuesto, varonil, y un poco intimidante si uno analizaba su musculatura y gran tamaño.

—Lord Pembroke, no esperaba su visita —hizo notar su presencia, y la piel se le erizó cuando sus ojos oscuros se posaron en ella.

—Espero no incomodarla —respondió con voz neutra, y ella forzó una sonrisa.

—Yo... estaba a punto de desayunar. ¿Desea pasar al comedor?

¿Por qué llevarlo al despacho?

Estaba hambrienta y dudaba mucho que él quisiera hablar de negocios.

Su invitación lo consternó, y se reprendió a sí misma por su falta de criterio.

¿De qué le servía verse más reservada si sus modales seguirían siendo pésimos?

—Ahora que lo menciona, tengo un poco de hambre. —El hombre debió percibir su inquietud y decidió brindarle sus palabras de apoyo.

—Mi nana comerá con nosotros. Ella es como una madre para mí —se vio obligada a decir, porque no pensaba permitir que nadie más volviera a menospreciar a Juliana y agradeció que ella apareciera en su campo de visión.

Se veía exaltada e inquieta, y no era para menos.

El antiguo conde de Pembroke arruinó su vida y ninguna de las dos quería que eso volviera a suceder.

Hizo las respectivas presentaciones y, una vez que estuvieron en el comedor, con sus lugares dispuestos, Kathe llenó su plato con huevo, tocino y pan.

En las últimas semanas había perdido mucho peso y su apetito estaba volviendo, una razón más para alegrarse y disfrutar del día.

—¿Puedo saber cuál es el motivo de su visita, milord? —la voz de Juliana hizo que recordara que tenía una visita y apartó la vista de su comida para mirar al conde.

—Bueno... —el conde la miró de reojo, y Kathe arrugó el entrecejo.

¿Jackson Sterling estaba nervioso?

—Escuché que quiere vender su casa —se dirigió a ella, y lo entendió todo.

—¿Quiere comprarla?

—No —espetó el moreno con sinceridad—, pero es su hogar, y me gustaría saber qué tiene en mente.

Kathe enarcó una ceja, entretenida, y miró a su nana de reojo. Ninguna de las dos entendía nada. ¿Por qué el conde se interesaría en sus planes de futuro?

—Y eso es de su incumbencia porque...

—Me gustaría pedir su mano en matrimonio, señorita Devine.

La cucharilla de Juliana cayó de sus manos, y Kathe estuvo a punto de atorarse con su té.

¿Un sueño?

¿Estaba en medio de un sueño y era momento de despertar?

Estudió el lugar con la mirada. No parecía ser un sueño y la comida estaba muy deliciosa como para ser producto de su imaginación, pero… ¿por qué alguien como Jackson Sterling pediría su mano?

—¿Qué tipo de broma de mal gusto es esta? —gruñó su nana, ofendida, y Kathe se tensó—. ¿Piensa hacer lo mismo que su difunto hermano, lord Pembroke?

—Juli... —le pidió que guardara la compostura, y ella se tensó.

—Jamás haría algo así —aclaró el conde con seriedad, y sacó un sobre de su abrigo—. Esta es una invitación al teatro para la función de esta noche. Traje dos boletos para que pueda llevar a una amiga, pero siento que su nana será la más adecuada para cuidar de usted.

Ella pensaba exactamente lo mismo.

Aceptó el sobre, titubeante.

Llevaba meses queriendo ir al teatro, y por fin estaría en un palco. Pero… ¿podía confiar en ese hombre?

—Muchas gracias, milord.

—Me gustaría cortejar a la señorita Devine —en esta ocasión se dirigió a su nana—. Dos meses me parece un tiempo suficiente antes de anunciar el matrimonio.

—Aún no lo acepté —pensó en voz alta, y su nana la fulminó con la mirada, al tiempo que el conde le regalaba una ligera sonrisa.

—Es verdad, lamento mi indiscreción.

Él sabía que iba a aceptarlo.

¿Qué otra opción tenía?

Una mujer como ella no podía darse el lujo de rechazar una oferta de ese tipo.

—Asistiremos al teatro —espetó Juliana, sin duda alguna—. ¿A qué hora...?

—Pasaré por ustedes a las siete. La función empieza a las ocho.

¿Esto era real?

¿Realmente estaba recibiendo una propuesta matrimonial por parte de un conde?

Miró su vestido de reojo.

¿Ser discreta era lo mismo que usar algún tipo de brujería?

Sea como sea, ante ella estaba la posibilidad de reivindicarse y tener una familia, sin necesidad de dejar su tierra.

—¿Por qué? —preguntó de repente, confundida, y tanto el conde como su nana la miraron con sorpresa por su atrevimiento.

—Ya tendremos mucho tiempo para hablar del por qué —se limitó a decir, y siguió con su desayuno, más cómodo de lo previsto.

Esto parecía casi irreal.

¿Por qué justo ahora, que quería irse de Londres y empezar de cero, llegaba Pembroke a su vida con una oferta tan tentadora?

Sin embargo, ¿él entendía lo que casarse con ella implicaba?

Era una...

«Solo inténtalo», musitó una voz, apagando las duras afirmaciones que siempre tenía hacia ella, y finalmente Kathe asintió y miró de reojo a Juliana.

De más estaba decir que la ilusión había inundado el semblante de su nana.

Un matrimonio.

¿Cómo tomaría Seamus una noticia de ese tipo?

Debido a las últimas cartas que recibió de él, suponía que la noticia podría no ser de su agrado. Sin embargo, ¿importaba?

El barón de Mountevans jamás podría hacerle una oferta que superara la del conde.

***

Seamus no podía dejar de caminar de un lugar a otro. Cualquiera que lo viera lo compararía con un animal enjaulado, y era así como se sentía.

¿Por qué Jackson posó los ojos en Kathe?

¿Por qué, de todos los hombres que existían en Londres, él debía ir en contra de sus planes?

—Es una locura. Él jamás habría elegido a una mujer como Kathe y lo sabes —farfulló, y Andrew volvió a llenar su copa con coñac, vaciando la botella del despacho de Jackson.

—¿Eso crees? —preguntó, pensativo—. Siempre le gustaron las rubias. Y además de rubia, la señorita Devine tiene atributos generosos y…

—Cállate o te tragarás ese vaso —escupió.

No quería escuchar lo perfecta que era Katherine, al menos no de otro hombre que no fuera él.

—¿Por qué te enojas? —Andrew se reclinó en su lugar, entretenido—. Deberías sentirte contento. La mujer que te dio felicidad por meses por fin encontró lo que tanto quiere.

No estaba feliz.

Jamás lo estaría.

—Despierta, Andrew. Ella fue mi amante, y Jackson ni siquiera está al tanto de eso.

—No seas pesimista —lo cortó con brusquedad—. Como si nunca hubieran compartido una amante por azares del destino.

—Pienso decirle la verdad —zanjó, y Andrew lo reprobó con la mirada—. Kathe me quiere a mí. Si se casa con él, lo hará únicamente por el título y el prestigio que le ofrece.

—Son razones sensatas, ¿no crees?

No. Nada de eso era racional para él.

—Además, es justamente eso lo que Jackson quiere darle. Él no está buscando amor, solo está haciendo lo correcto.

Y, por ende, existía la posibilidad de que Jackson lo mandara al demonio y le prohibiera acercarse a la rubia.

«Debo hablar con ella», determinó.

No tenía la menor idea de cómo lo haría, pero no permitiría que esa boda se efectuara.

Katherine Devine no volvería a ser de otro hombre.

¡Ella era solamente suya!

—¿Por qué siguen en mi casa? —la puerta del despacho se abrió, y tanto Seamus como Andrew respingaron en su lugar.

—Estábamos leyendo tus informes —espetó Andrew con fría calma, y Jackson estudió el panorama.

—Como también acabando mi botella de coñac, ¿verdad?

Seamus se dio cuenta de que, en ese momento, Jackson no contaba con la paciencia que normalmente lo caracterizaba y dio un paso hacia adelante.

—¿Cómo te fue?

Su amigo lo miró con fijeza por varios segundos y luego ladeó el rostro, consternado.

—Bien. Iré al teatro con ella y su nana esta noche.

¿La mujer de Bath iría con ellos a un evento tan importante?

—Le pedí un cortejo de dos meses, y luego tomará una decisión.

Lo que quería decir que ella lo estaba considerando, y por el momento nada estaba dicho.

—Ya veo —buscó a Andrew con la mirada y le hizo una seña para que hablara y fuera tan indiscreto como de costumbre.

Su amigo se rehusó a hacerlo y Seamus lo aniquiló con la mirada, por lo que Andrew finalmente sonrió y se dirigió a Jackson.

—¿Podemos ir con ustedes?

—No.

Seamus fingió estar revisando la documentación y con una seña le indicó a Andrew que insistiera.

—Por favor, tu palco es uno de los mejores y ya sabes que ni Seamus ni yo tenemos uno —le hizo ojitos, como si algo así pudiera conmover a Jackson, y Seamus lo miró de reojo.

Estaba considerando la situación.

—Bueno, Katherine es una mujer refrescante y quizá se sentirá más cómoda si somos más. Además, son mis amigos y colegas, por lo que lo correcto es que sepa de su existencia.

¿Refrescante? ¿Por qué hablaba como si la conociera de toda la vida?

O, peor aún, ¿qué tan "refrescante" fue Kathe con él?

La imagen de Kathe besando a Jackson, durmiendo entre sus brazos y entregándose plenamente a él hizo que la piel se le erizara y el aire se atorara en sus pulmones.

Ella no podía ceder.

No debía entregarse.

«¿Por qué no? Yo la dejé».

—¿Por qué ella? —arrastró las palabras, y un tenso silencio se cernió en la estancia—. Su reputación...

—Conozco su situación —lo cortó Jackson—. Fue mi hermano quien la provocó.

—Pero...

—Si ella no te agrada, no necesitas tratarla —espetó con dureza —. Después de todo, debe llevarse bien conmigo, no con mis amigos —aclaró con frialdad, y Seamus, por primera vez en la vida, sintió deseos de golpear a su amigo.

¿Por qué se oía tan engreído?

Él no había ganado la batalla.

Kathe aún no era suya.

—Creo que en esta ocasión no los tomaré en cuenta —Jackson se centró en Andrew—. Sin embargo, es posible que les presente a la señorita Devine más antes de lo que se imaginan. Quiero acabar con todo esto lo antes posible.

¿Presentarlos?

¿Cuáles serían las palabras adecuadas para decirle a su amigo que él ya conocía demasiado bien a su "futura" esposa?

Capítulo 7

"Se dice por ahí que lord Kilbrenner ha tenido la decencia de iniciar una relación amistosa con su esposa. Me pregunto si por fin empezarán a ser un matrimonio de verdad
***Sección de chismes aristocráticos de Lady Berricloth**".*

Juliana no estaba en casa y Kathe no podía negar que se moría de ganas de hablar con ella respecto a la reciente oferta de Pembroke. No era extraño que el hombre quisiera cumplir con su honor y rescatarla de la ruina en la que su hermano la dejó, pero… ¿por qué ahora?

Lionel había muerto hacía más de un año.

¿Por qué tardó tanto en presentarse ante ella?

Ladeó el rostro, consternada, y posó los ojos en el vestido borgoña que Harriet trajo consigo.

Era una prenda hermosa a pesar de tener un escote discreto y mangas largas, pero… ¿por qué todo lo que era correcto debía lucir tan lúgubre?

—Esto… —la suave voz de la diminuta castaña captó su atención, y la buscó con la mirada. Estaba junto al armario, evaluando el vestido naranja que hasta la fecha no había tenido oportunidad de estrenar.

Y no estaba segura de si algún día tendría el estómago para hacerlo.

—Demasiado llamativo, ¿no crees? —esbozó una sonrisa traviesa, y los ojos almendrados la observaron con atención—. Con esa prenda nunca podré verme elegante. De alguna manera, los colores más apropiados para una dama que intenta ser respetable son los mismos que se usarían para un velorio —ironizó, y Harriet solo torció los labios.

—No estoy de acuerdo —se limitó a decir.

—Hoy vino un hombre respetable, de atuendo azul marino, impolutamente vestido, y me hizo la mejor oferta que recibiré en esta vida, por lo que lo más prudente para mí es verme acorde a su persona.

¿Por qué estaba hablando tanto?, ¿acaso no podía cerrar la boca y ya?

«Necesitas una amiga, y todas tus amigas están lidiando con sus propios problemas».

—Pero a usted le encantan los colores —comentó Harriet, pensativa, y volvió a posar la vista en el vestido—. ¿No debería elegir a un hombre que la acepte tal y como es?

—¿Conoces mi historia? —la miró con interés, y ella se tensó—. ¿De verdad crees que puedo elegir?

La sociedad la despreciaba, por lo que lo único que le quedaba era ceder.

—¿Cree que ese hombre no la aceptará solo porque usa vestidos hermosos y llamativos? —conectó sus miradas, y Kathe tragó con fuerza.

—No lo sé.

Pembroke era un hombre serio y elegante. ¿Le gustaría ver a su futura esposa con atuendos tan coloridos?

Ella…

—Es hermoso, Seamus —musitó con fascinación, sacando el vestido naranja de la caja blanca, y giró sobre su eje con la prenda contra su cuerpo—. ¿Cómo supiste que es mi color favorito?

—No sabía que era tu favorito —reconoció, entretenido—. Siempre vistes de colores llamativos, y solo pensé que el naranja te quedaría precioso.

—Todos los colores me quedan hermoso —aclaró con coquetería, y dobló el vestido para regresarlo a su caja—. Me encanta, gracias por pensar en mí —gateó sobre el mullido colchón y no demoró en subirse a horcajadas sobre él—. ¿Qué puedo hacer para devolverte el gesto? —ronroneó, abrazándolo por el cuello mientras se mecía sobre su excitación.

Él se apoyó en el espaldar de la cama, afianzó su cadera y le indicó paso a paso cómo podría premiarlo por su gran regalo.

—Parece que el vestido llamó tu atención —se obligó a apartar esos pensamientos de su cabeza, y Harriet se tensó—. ¿Puedo saber por qué?

—Bueno… yo lo confeccioné.

Se tensó. Podía ser…

—¿Sabes quién lo compró?

Sus miradas se encontraron, y ella asintió.

—El barón de Mountevans.

Kathe se vio obligada a esbozar una enorme sonrisa.

—Bien, ahora conoces mi secreto, y creo que lo justo es estar a mano, ¿no crees?

—¿A mano? —su consternación fue palpable, y dejó la prenda de lado para prestarle toda su atención.

—Tu marido es rico, tu tutor también y tu hermana mayor está casada con un marqués. ¿Por qué trabajas con Madame Gale?

Las pálidas mejillas de Harriet se encendieron y jugueteó con sus manos, inquieta.

—Bueno… —su curiosidad incrementó—. Elegí mal.

Kathe respingó en su lugar.

—¿A qué te refieres?

—Me enamoré del hombre equivocado, y quise obligarlo a sentir lo mismo que yo.

—¿Estamos hablando de lord Kilbrenner?

Harriet bajó el rostro, apenada, y lo siguiente que dijo provocó que un escalofrío recorriera su espina dorsal.

—Estoy muy avergonzada por mis acciones. Jamás podría buscar a mis hermanas o tutor porque yo misma decidí dejarlos atrás. Yo… decidí aceptar la lección que la vida y mi esposo me están dando: el amor no debe imponerse.

—Pero eres joven, dulce y hermosa. ¿Por qué lord Kilbrenner no te querría?

—Después de todo lo que le dije, creo que estamos a mano —susurró finalmente, dejando claro que no quería seguir hablando del

tema, y Kathe no le pidió que continuara.

Tenía entendido que Harriet y sus hermanas eran huérfanas. Tenían algo en común; pero Harriet no estaba sola porque la vida la hubiera dejado sin familia, sino porque era el castigo que ella misma se estaba imponiendo por haber sido una mala persona.

—¿El hombre que la invitó al teatro es el barón de Mountevans? —su pregunta la arrancó de su letargo.

—No, él ya se aburrió de mí. —Sus manos temblaron, pero Harriet dobló el vestido con sumo cuidado.

—No lo persiga. Los hombres pueden ser muy crueles cuando se lo proponen —sugirió, y ella se rio.

Nunca persiguió a Seamus, e incluso así, la trató con crueldad.

—Te aseguro que nunca he mendigado por amor.

Para ella, era normal sentirse abandonada.

Sus padres se fueron más antes de lo previsto, sus tíos nunca la amaron y se deshicieron de ella a la primera oportunidad que tuvieron, y Lionel y Seamus simplemente decidieron patear sus sentimientos y dejarla atrás.

Ella siempre se levantaba.

En una vida tan dura como esa, no tenía tiempo para reparar en todas las personas que no querían quedarse a su lado.

—¿Tomamos el té? —preguntó de pronto, decidida a animar su tarde, y Harriet dudó.

—No quisiera molestarla. Me llevaré sus vestidos y…

—No, ese no —le arrebató el vestido naranja con rapidez—. Yo… lo dejaré tal cual está —musitó atropelladamente, y gracias a los santos, Harriet no hizo comentario alguno.

—Está bien.

—Ahora tomemos el té. Pediré que suban aperitivos y vas a contarme cómo terminaste trabajando para Madame Gale.

Harriet estaba sola, y ella conocía bien ese sentimiento, por lo que era muy consciente de lo mucho que necesitaba una amiga.

***

Seamus estaba perdiendo el control.

¡Y él nunca perdía el control!

En su vida se había sentido tan ansioso ni angustiado, ni siquiera cuando se enteró de que Lilias terminó atrapada en un matrimonio con Randall Aldrich.

Lo que solo podía significar una cosa: Kathe lo había embrujado y ahora era víctima de sus propias palabras.

Removió los documentos de su escritorio, sabiendo que, por mucho que desordenara y hojease todo, no encontraría una solución en su libro de cuentas. La única solución era tomar una decisión: o aceptaba a Kathe… o la veía partir con otro hombre.

—Maldición —gruñó, y se pasó una mano por los cabellos rubios, inquieto.

No era un noble de sangre pura; su título había sido una recompensa por servir a la corona, y le había costado años conseguir un lugar en sociedad y ser aceptado.

La única familia que tenía era Eugenia —un parentesco que solo conocían sus amigos más cercanos—, y de no ser por el gran parecido entre ambos, él ni siquiera estaría seguro de eso.

Ella era el resultado de un desliz de su difunta tía.

Una bastarda que nunca fue reconocida.

Le había costado mucho llegar hasta allí y casarse con Kathe solo haría que todo lo que había construido se viniera abajo.

No estaba seguro de que el riesgo valiera la pena.

¿Qué garantías tenía de que Kathe nunca lo dejaría o traicionaría?

Era una mujer pasional. ¿Qué haría si, con el tiempo, ella se desviaba?

Se frotó el mentón, inquieto, y dio un respingo cuando su mayordomo le informó que el señor Evans estaba allí.

Evans era un hombre de unos cincuenta años, de complexión gruesa y gran estatura, y llevaba muchos años trabajando para él como administrador.

—Lamento la demora, milord. Su misiva recién me fue entregada esta mañana —informó, y Seamus tragó con fuerza—. ¿Deseaba verme?

—Quiero adquirir una nueva propiedad —arrastró las palabras, inseguro de cuán prudente sería ofrecerle una casa a Kathe mientras su amigo la cortejaba.

¿Una propiedad bastaría para que ella cambiara de parecer?

—¿Una nueva propiedad? —el hombre lo miró con asombro—. Pero tiene más de nueve, milord. Una más...

—Una casa magnífica. Algo que pueda encandilar a cualquier mujer —dijo de pronto, olvidando por completo la idea de buscar algo modesto.

—Bueno, en ese caso, la señorita Devine ha puesto su mansión en venta, milord.

La sangre se le congeló, y miró al hombre con fijeza.

—¿Cómo dijo? —su voz apenas fue un susurro.

El castaño asintió, tranquilo.

—Es una casa maravillosa. No sé cuánto sabe de la señorita Devine, pero es muy rica, y la propiedad está en excelente estado…

—¿Por qué vendería su casa? —preguntó con la garganta seca.

Ella siempre le había hablado de esa casa como su mayor tesoro, el único recuerdo que conservaba de sus padres.

¿Qué razón podía tener para venderla?

Esta vez, Evans lo miró con recelo.

—No suelo divulgar la información de mis clientes.

—¿Trabaja para ella? —sus ojos brillaron con interés, y Evans apretó la mandíbula—. Lo siento. Es solo que mi mejor amigo planea cortejarla y...

—Lo he oído —comentó con molestia, y Seamus se tensó.

¿Cómo era posible que ya lo supiera, si Jackson y Kathe aún no se habían hecho ver juntos?

—¿Tiene usted algún tipo de relación con Devine? —inquirió con sabiduría, y lejos de cohibirse, Evans asintió.

—Se podría decir que, cuando quedó huérfana a los cinco meses, la señora Díaz y yo nos encargamos de que sus familiares no tocaran un solo penique de su fortuna.

¿Señora Díaz?

Evans debió notar su desconcierto, porque añadió:

—Su nana, Juliana Díaz, es lo más cercano a una madre que la señorita Devine ha tenido.

La piel se le erizó.

«¿Qué se puede esperar de una mujer que fue educada por una criada?»

Tal vez —solo tal vez— le debía una disculpa.

Su intención nunca fue insultar a Juliana. Aquel día se sintió tan inquieto y acorralado que actuó desde el temor y el enojo.

¡Él era el menos indicado para juzgar a alguien por su pasado o posición social!

Él mismo había nacido siendo un granjero.

—¿Y eso lo convierte a usted…?

—Digamos que un tío —repuso el hombre, sin intención de adjudicarse la responsabilidad de un padre.

—¿Desde hace cuánto la propiedad está en venta?

—Un poco más de dos semanas.

Después de su discusión en Bath.

—¿Por qué no se hizo público? Siento que sería una propiedad muy solicitada.

—Devine no quiere que sus tíos se enteren de sus intenciones.

—¿Tiene familia? —Seamus se tensó.

—Todos le dieron la espalda después del escándalo con el difunto conde de Pembroke —lo que solo confirmaba que ella debía sentirse muy sola—. Aunque, si se me permite opinar, que esos buitres se alejaran fue lo mejor que le pudo pasar.

Esto era totalmente nuevo para Seamus.

¿Por qué nunca hablaron de eso?

Estuvieron juntos por más de cinco meses. ¿No habría sido normal que tocaran esos temas?

—¿Cuánto está pidiendo? —preguntó con firmeza.

—Diez mil libras.

Era mucho dinero… pero, ¿importaba?

Acababa de encontrar la excusa perfecta para volver a verla.

—Me interesa, pero me gustaría reunirme con la señorita Devine para llegar a un acuerdo justo.

Evans lo observó con escepticismo, pero finalmente asintió.

—Hablaré con ella para concretar una cita.

—Prefiero mantener mi identidad en el anonimato —musitó con fingida indiferencia, y Evans asintió.

—No espere que el precio cambie. Le sorprendería saber lo firme que puede ser la señorita Devine en sus decisiones.

Él ya lo sabía.

Jamás imaginó que ella se atrevería a ignorar sus cartas después de su pelea. Por un momento pensó que, a su regreso, podrían volver a reunirse y llegar a un nuevo acuerdo para continuar con su aventura.

Una vez más, Kathe había cambiado todos sus planes.

Capítulo 8

"Si hay alguien que no le teme al qué dirán, ese es el conde de Pembroke. El único hombre capaz de llegar al teatro con la señorita Devine como acompañante
***Sección de chismes aristocráticos de Lady Berricloth**".*

—¿Qué opinas de la repentina propuesta del conde? —inquirió Kathe de pronto, clavando la vista en la ventana de su habitación.

—Es lo mínimo que debe hacer por ti. Su hermano te arruinó.

—Pienso aceptar su oferta. —Juliana la miró con esperanza, y Kathe se mordió el labio inferior, apenada—. Pero no pienso permitir que me ponga una sola mano encima hasta que se convierta en mi esposo.

Ya fue una mujer apasionada, y las cosas terminaron muy mal. Ahora se inclinaría por la sensatez.

—Aunque eso es lo correcto, me alegra que pienses así —comentó su nana, entretenida.

A pesar de todos los dolores de cabeza que le brindó en los últimos años, Juliana nunca la abandonó, juzgó ni le dio la espalda.

—¿Por qué aún no estás lista? —preguntó de pronto, confundida.

—No creo que sea correcto que asista. Yo…

—Tonterías, el conde te invitó —replicó con disgusto, y su nana negó con la cabeza.

—Soy una criada, yo…

—Tú eres la persona que me cuidó y eres más valiosa de lo que te imaginas para mí —confesó con voz débil, acunando sus manos con cariño—. No eres mi criada, eres mi familia.

¿Qué tan difícil sería hacerle entender que nunca más volvería a ser una criada en esa casa?

—Pero…

—Sé que te llegaron dos vestidos esta tarde. Usa uno de esos. —La pelinegra se ruborizó—. Ve a cambiarte, por favor. No iré si tú no

vienes conmigo. ¿Acaso no se supone que estás dispuesta a todo con tal de cuidarme? ¿De verdad me dejarás sola junto a Pembroke?

Ella era su familia. La única que tenía. Y no volvería a dejarla atrás.

—Tienes razón —musitó con ternura, y con la gracia de un felino sujetó la falda de su vestido—. Nadie mejor que yo para cuidarte de esos rufianes —dijo antes de abandonar la habitación con paso apresurado.

Kathe se rio por lo bajo. Todo sería más fácil si fuera tan delicada y sensata como ella, pero… puso las manos en jarras y volvió a observar el vestido borgoña que tendría que usar esa noche.

Era tan… aburrido.

Luego miró su reflejo en el espejo y recordó la maravilla que hizo su nuevo guardarropa en un par de horas. Juliana tenía razón: si iba a quedarse junto a Pembroke, lo mejor sería empezar a seguir su ejemplo.

—Este vestido será… —musitó, y pidió que le prepararan un baño.

Iría al teatro. A un palco. Y en esta ocasión no estaría en segunda o tercera fila, ¡sino en la primera!

¿Esto podía ser más emocionante?

Dos horas más tarde, Kathe bajó al recibidor sintiendo una extraña inquietud en el pecho. Las últimas veces que se había arreglado tan meticulosamente fue para asistir a Diamantes, pero ahora la situación era muy diferente, y era un apuesto noble el que la esperaba en el recibidor.

La garganta se le cerró cuando sus ojos se encontraron.

¿Algún día podría amarlo? ¿Podría aprender a querer a alguien tan correcto y decente, después de haber desperdiciado tanto amor en quien solo supo esconderla?

Pembroke… no parecía sentir nada cuando la tenía enfrente.

«Puedes hacerlo. Ya te enamoraste dos veces, ¿qué tan difícil podría ser hacerlo por tercera vez?»

—Te ves radiante, querida —espetó Juliana, quien estuvo junto al conde todo ese tiempo, y Kathe se ruborizó.

Era evidente que su nana estaba muy ilusionada con el giro de los acontecimientos. Hacía mucho que no sonreía de esa manera.

Pembroke asintió, manteniendo sus buenos modales en alto, y apenas besó su mano cuando la saludó.

O era demasiado recatado, o temía ofenderla con cualquier tipo de comentario.

Ambas eran opciones aceptables. Después de todo, no podía olvidar que para todo Londres ella era…

«Una cualquiera», la voz de Seamus retumbó en su cabeza y por un momento quiso dar un paso hacia atrás, pero luego recordó que no estaba frente al barón, sino ante un hombre que sabía lo que quería y conocía todos sus alcances.

—Es hora —informó el moreno, y les cedió sus brazos para guiarlas al carruaje.

Le gustaba que el conde tratara a Juliana con respeto, a pesar de conocer su situación. Eso hablaba bastante bien del hombre y le sumaba muchos puntos a su favor.

«Ya veo por qué resultaste así, ¿qué se puede esperar de una mujer que fue educada por una criada?»

Una vez más, las frías palabras de Seamus retumbaron en su cabeza, y en esta ocasión ella apretó la mandíbula, molesta.

Su nana hizo un excelente trabajo al criarla. Ella siempre le habló del gran amor que sus padres sintieron hacia ella, y le enseñó a querer, respetar y entender cómo funciona la vida.

Gracias a Juliana, no guardaba rencor en su pecho ni culpaba a nadie por la muerte de sus padres.

Ellos se habían ido, pero no la abandonaron.

La vida quiso que las cosas terminaran así.

—Ahora que lo pienso, ¿qué obra veremos? —preguntó con curiosidad, una vez en el carruaje, y el conde le regaló una sonrisa amable.

—He sido algo olvidadizo, hoy veremos una versión previa de La dama de camelias.

La garganta se le cerró.

Hoy verían la obra de una dama caída en desgracia que es amada, pero no aceptada.

¿Esto podía ser más irónico?

—Suena maravilloso —forzó una sonrisa, y cuando llegaron a su destino, no le pasó por alto que, a medida que avanzaban entre la multitud, más pares de ojos se posaban sobre ellos con curiosidad.

Estaban llamando la atención, y no era para menos.

El respetable y temible conde de Pembroke estaba caminando junto a la mujer que su hermano arruinó hace dos años: una paria social.

Las piernas le temblaron, la bilis trepó por su garganta y odió que el siguiente paso la llevara a tambalearse en su lugar.

—¿Se encuentra bien? —el conde la sujetó de los brazos con fuerza al percatarse de su malestar, y Kathe inhaló profundamente.

¿Por qué estaba tan nerviosa? ¿Por qué se sentía tan enferma?

—Kathe, cariño… —miró a Juliana, que se veía preocupada—, ¿estás segura de que quieres entrar?

Ella sabía lo que estaba sintiendo.

El miedo la estaba traicionando, y no era para menos.

Una cosa era que la gente hablara mal de ella, pero otra muy distinta que…

Miró al conde con preocupación.

No quería arruinar su reputación.

—Milord…

Pembroke la ayudó a enderezarse y la sujetó del brazo con más seguridad de la prevista —como si pudiera leer sus pensamientos y saber que necesitaba su apoyo moral—, para después regalarle una sonrisa sincera.

—Vamos a mi palco, ahí se sentirá mejor.

Él le estaba dando el valor para avanzar. En un momento así, huir sería muy cobarde de su parte.

—Sí —musitó, y solo necesitaron dar tres pasos para parar abruptamente.

—Pembroke, lamento la demora, esperamos no haber llegado tarde.

Andrew Watchmeister se plantó frente a ellos, vestido con un elegante traje negro, y Kathe miró a su tía de reojo. En ningún momento el conde les informó que tendrían compañía. Estuvo a

punto de encogerse de hombros, pero toda la sangre se le congeló al oír una segunda voz.

—Aún es temprano.

Hizo lo que le pareció más sensato y se centró en el conde, quien no pudo esconder su molestia ante la repentina aparición de sus amigos, y supuso que los hombres se habían autoinvitado a la función de esa noche.

No le sorprendía. Seamus siempre hacía lo que se le venía en gana.

—No tuve tiempo de informarles que tendríamos compañía —Pembroke forzó su sonrisa y se dirigió a su nana—. Espero no les moleste —se centró en ella, y Kathe cerró sus largos dedos en su fuerte brazo.

Él miró el punto con curiosidad.

—Yo… —recuperó la voz, fijándose únicamente en el moreno, y luego asintió—. No es ninguna molestia, milord.

Pembroke la observó fijamente, para después asentir.

—Watchmeister, Mountevans, permítanme presentarles a la señorita Devine y su nana, la señora Díaz.

—Un placer, mis señoras —el castaño se acercó a ellas con elegancia y una sonrisa galante. Sus ojos cafés brillaban con picardía, y Kathe supuso que era un picaflor de primera, por lo que actuó con cierto recelo cuando besó el dorso de su mano.

—Nosotros ya nos conocíamos —espetó Seamus de pronto, y cada músculo de su cuerpo se tensó.

Lo buscó con la mirada por primera vez en la noche. A diferencia de sus amigos, él llevaba puesto un traje beige, y su chaleco dorado provocaba que llamara aún más la atención.

—La señorita Devine es amiga de mi prima Eugenia —añadió con una sonrisa ambigua que no coincidía con sus ojos.

Kathe apretó la mandíbula.

—¿Ah, sí? —inquirió Pembroke con la fría calma que lo caracterizaba, totalmente indiferente al duelo de miradas en el que se habían enfrascado ambos rubios.

¿Qué tipo de juego era este?

¿Es que pensaba sabotear su relación con el conde?

—Así es, milord —musitó finalmente, y no le cedió la mano al barón, cosa que no pareció afectar al conde porque les pidió que fueran hacia su palco.

Era lo mejor. Mientras más lejos estuviera de Seamus esa noche, todo marcharía a la perfección.

Estuvo tentada a preguntarle al conde de dónde conocía a sus amigos, pero le parecía que la pregunta era un tanto invasiva por el momento.

Apreciar la obra desde ese ángulo era simplemente maravilloso.

Había tenido la oportunidad de estar en el palco de los duques de Kent —gracias a Lilias, su nuera—, pero siempre estaba atrás, estirando el cuello o utilizando los binoculares para ver la obra. Sin embargo, ahí todo era diferente.

¿Cuándo fue la última vez que vino al teatro?

Un escalofrío le recorrió la espina dorsal cuando la respuesta llegó, y evitó girar el rostro hacia donde se encontraban los amigos del conde.

La última obra que vino a ver fue ROMEO Y JULIETA, pero no la vio desde un palco ni una butaca, sino atrás del escenario, porque ahí nadie podría notar que estaba en medio de un amorío prohibido con un barón que sentía demasiada vergüenza de ella.

Sonrió con amargura.

—¿Cómo hiciste para que nos dejaran entrar? —preguntó con diversión, observando a los actores con curiosidad.

Desde ese lado del teatro, todo era caos.

—Tengo mis contactos —le guiñó el ojo, y Kathe se sonrió.

—Me gusta mucho esta obra, aunque es lamentable que ambos deban morir para poder estar juntos, ¿no crees?

Estiró un poco el cuello para ver a toda la multitud que observaba la obra desde sus respectivos lugares.

—No quedan juntos, ellos mueren —aclaró Seamus, y ella evitó rodar los ojos.

¿Por qué no le sorprendía su respuesta?

Él era un hombre práctico y directo, nunca podría percatarse del gran romanticismo que existía en esa obra.

—Ven, sentémonos aquí —señaló una caja, y como una tonta enamorada, lo obedeció y se sentó en el lugar que le indicó, lejos de todos los ojos curiosos que casi siempre la buscaban para criticarla.

En aquel momento, Kathe había visto el gesto de Seamus como algo romántico y aventurero.

Qué patética debió verse ante todos los trabajadores de la obra: una mujer sin amor propio, recibiendo migajas de alguien que siempre se avergonzaría de ella y evitaría que el mundo descubriera qué tan bajo había caído.

No se dio cuenta de cómo su mano empuñó la falda del vestido, ni de cuánto le dolía el recuerdo, hasta que sintió otra mano sobre la suya.

El gesto del conde la hizo volver en sí.

Lo buscó con la mirada.

Él era su salvación. Jackson Sterling era lo que necesitaba para poder ser feliz.

Junto a él sería una condesa respetada, acaudalada, madre de muchos niños…

Mientras que con Seamus… ella siempre sería una cualquiera, una mujer que debía mantenerse en secreto.

La piel se le erizó cuando el conde se inclinó hacia su rostro.

Ella se encogió con prontitud, descubriendo que su cercanía no le generaba tranquilidad, emoción, ni ese ardor en el pecho que solía provocarle Seamus.

Y, sin embargo, él se limitó a sonreírle con amabilidad.

—Te ves más linda cuando sonríes —susurró en su oído, y ella abrió los ojos con sorpresa.

Se había percatado de su enojo.

Kathe asintió, perdida en sus propios pensamientos, y una vez más posó la vista en el escenario.

Se propuso disfrutar de la noche e ignorar la mirada penetrante que se posaba en su nuca, y le ordenaba, en silencio, que se girara en su dirección.

Seamus era parte de su pasado.

Y ella era muy buena enterrando su pasado.

Pero lo que Kathe no sabía, era que no todos los fantasmas se dejaban enterrar tan fácilmente.

Capítulo 9

"Todo indica que cierta solterona está empeñada en convertirse en la condesa de Pembroke
***Sección de chismes aristocráticos de Lady Berricloth**".*

¿Era normal sentirse tan nerviosa?

¿Por qué la breve y sencilla despedida de Seamus le había parecido más una amenaza silenciosa que un adiós?

«Porque lo conoces tan bien que sabes que está muy molesto contigo».

¿Quién podía entenderlo? ¿Tan terrible era que su amigo quisiera convertirla en su esposa?

Se suponía que ella solo había sido un pasatiempo que él deseaba olvidar. Lo que hiciera o dejara de hacer con su vida no debería importarle.

—Fue una noche maravillosa, lord Pembroke —la voz de Juliana la sacó de sus pensamientos, recordándole que aún estaban en compañía del conde, quien, por cierto, se había comportado espléndidamente esa noche—. Gracias por todo.

Estaba claro que su nana empezaba a tenerle una creciente estima al moreno, pero ¿qué se podía esperar?

Pembroke era muy diferente de Lionel y Seamus: ambos hombres no solo se habían mostrado rudos con ella, sino también despectivos con Juliana.

—A decir verdad... —espetó él mientras las ayudaba a bajar del carruaje—, me gustaría hablar con la señorita Devine a solas por quince minutos.

Kathe intercambió una rápida mirada con Juliana.

¿Acaso el respetable noble estaba a punto de mostrar su verdadera cara?

«Solo lo sabré si accedo a hablar con él».

—Por supuesto —respondió, recordando que la decisión era suya, y guio al conde hacia el salón de té—. Que preparen un poco de té y algunos aperitivos para su señoría —pidió.

—No es necesario —dijo Pembroke, serio—. Lo que tengo que decirle no tomará mucho tiempo.

Lo miró con curiosidad. ¿Qué era lo que quería decirle?

No se le notaba nervioso ni ansioso… mantenía el mismo semblante de siempre. Fue inevitable no sentirse preocupada: ¿habría notado algo extraño entre Seamus y ella?

Dios santo, no quería que esa oportunidad se desvaneciera en un abrir y cerrar de ojos. Ni siquiera sabía que eran amigos. Según Kathe, Seamus era un hombre solitario y arisco.

Sonrió con amargura.

¿Por qué no le sorprendía que jamás le hubiera hablado de sus amistades?

Tampoco es que hubiese planeado presentarla algún día.

—Entiendo.

Esperó a que Juliana se retirara y tomó asiento en el sillón junto al fuego. Él hizo lo mismo, y por breves segundos, Kathe notó un leve temblor en su pierna derecha.

Su fría fachada comenzaba a resquebrajarse.

—¿Qué quiere decirme? —preguntó, decidida a romper el silencio —. Lo veo nervioso, milord.

—¿Qué? —alzó las cejas, sorprendido.

Ella le sonrió, inquisitiva.

—¿Se arrepiente de haberme invitado al teatro?

—¿Por qué piensa eso? —frunció el ceño y, esta vez, se inclinó hacia ella, visiblemente consternado.

—Fuimos el centro de atención y todos me creen una mujer...

—Nadie la conoce, pero como siempre, se creen con derecho a juzgarla —la interrumpió con firmeza, más sereno ahora.

Todo indicaba que no quería que ella malinterpretara sus intenciones; su inquietud no tenía relación con la cita de esa noche. Lo que deseaba decirle era algo de suma importancia que aún no había revelado.

—Algo lo inquieta, y no puede negarlo —retomó Kathe, decidida a no dejarse endulzar los oídos—. Quiero saber qué lo trajo a tocar la puerta de mi casa y a pedir un cortejo oficial.

—Usted es muy lista —sonrió con sinceridad, y ella alzó una ceja, escéptica—. Tiene razón, no suelo actuar porque sí. Todo lo que hago tiene una razón de ser.

Lo sabía. Nada en la vida podía ser tan perfecto.

Le hizo un gesto con la mano para que continuara.

—Mi hermano la arruinó, y quiero ayudarla a restaurar su reputación. Lo merece.

—Sin embargo… —intervino ella, con astucia.

—Soy el mejor detective de Londres, eso no es un secreto.

—Lo sé.

—Pero también soy el mejor espía de la corona, y en esta ocasión, eso sí debe mantenerse en secreto.

—No me sorprende —mintió ella, imperturbable.

—La cuestión es que le devolveré su reputación, le daré un título y todo lo que desee… siempre y cuando me ayude con algo.

Por fin llegaban al punto de su interés.

—¿En qué podría ayudarlo yo, una simple mujer burguesa? —arrugó el entrecejo.

—Lo que está a punto de escuchar es un secreto de la corona —le advirtió, y ella se tensó—. Si alguien llegara a enterarse, sería juzgada.

—No sé si quiero saberlo.

—¿Segura? —la miró con diversión, y ella negó con la cabeza.

—Sé guardar secretos —la curiosidad le ganó, y se inclinó ligeramente hacia él.

—Mi hermano no está muerto. —La sangre se le congeló—. Está vivo… y más loco que nunca.

—¿Qué? —su voz apenas fue un susurro.

—Él es el hombre que ha estado asesinando a todas las mujeres que han aparecido en los últimos meses.

—Oh, por Dios —se rodeó el cuello con ambas manos, sobrecogida—. ¿Cómo lo sabe? ¿Y si se trata de un error? Lionel…

—Ya lo investigué. Es él —zanjó con firmeza—. He rastreado todos sus antecedentes y, según los datos recabados, todas sus amantes desaparecieron o murieron en circunstancias sospechosas.

—No entiendo a dónde quiere llegar.

Tal vez, solo tal vez, no debió inmiscuirse en ese asunto.

Pembroke se recostó ligeramente en el sillón y la observó con atención.

—Todas están muertas, menos usted. —La sangre se le heló—. ¿Puedo saber por qué?

—¿Cree que lo sé? —lo miró con horror—. Mi relación con su hermano era… muy buena. Realmente creí que me amaba. Lionel era amable, generoso, y siempre nos divertíamos juntos. Pero un día… simplemente me dejó.

—¿No lo buscó? ¿No intentó obtener una explicación? Usted…

—Si alguien me pide que me vaya, yo simplemente obedezco —reconoció con dolor, y él la miró con atención—. Nunca he suplicado por amor, ni pienso hacerlo ahora, milord —añadió con sinceridad.

—Entiendo.

Un tenso silencio se apoderó del salón, hasta que, tras unos minutos, ella formuló la pregunta que no dejaba de rondar su mente.

—Quiere usarme como cebo, ¿cierto?

—Mi propuesta es real —respondió él, con seriedad—. Me casaré con usted y formaremos una familia verdadera. Pero a estas alturas… necesitamos de su ayuda.

—¿Necesitamos?

—Incluso la reina está preocupada por los casos que han surgido. Lionel está asesinando a mujeres con títulos, y los incidentes son cada vez más frecuentes. Tenemos que detenerlo.

La garganta se le cerró.

—¿Cree que su plan funcionará? ¿Por qué habría de importarle que usted me corteje? Llevo dos años sin saber de él.

—Ningún hombre permitiría que otro tocara a la mujer que considera suya.

Katherine se tensó.

—¿Cree que su hermano está enamorado de mí?

—Es una posibilidad —admitió, mirándola con intensidad—. Usted es una mujer fascinante. Es probable que lo cautivara, y por eso… le perdonó la vida.

Kathe no sabía qué pensar.

—¿Usted me protegerá si algo sale mal? —preguntó de forma atropellada—. Es un asesino… y no quisiera que…

—La protegeré.

—¿Por qué?

—Porque si acepta formar parte de esta misión, también estaría aceptando convertirse en mi esposa.

—"Y ningún hombre permitiría que otro toque a su mujer" —repitió ella, en voz baja. El conde asintió.

—Sé que esta noticia ha sido impactante. Le daré tiempo para pensarlo y volveré en unos días por su respuesta.

—Entiendo —se levantó del sillón, y él la imitó—. Si acepto… ¿qué pasará después?

—Paseos por Hyde Park, cenas, compromisos sociales. La reina se encargará de que nos lleguen invitaciones a todo tipo de eventos.

La reina…

¿Era posible que alguien como ella se relacionara con la realeza?

Tal vez no saldría viva de todo eso. Tal vez Lionel no le había perdonado nada y solo estaba esperando el momento justo para eliminarla.

—Está bien —fue lo único que logró decir. Una vez que despidió al conde, se excusó con Juliana y se retiró a su habitación.

No podía contarle a Juliana el secreto de Pembroke.

Sin embargo, lamentó profundamente que su nana se interpusiera sin querer en el camino que estaba a punto de tomar.

—Prométeme que serás cuidadosa con el conde.

—Lo prometo.

—¿Qué quería decirte?

—Te aseguro que no intentó seducirme.

Ni siquiera parecía atraído por ella.

Juliana dudó, pero finalmente la dejó marchar, quedándose en medio del pasillo, preocupada por lo que podría pasar si el conde

decidía jugar con Katherine del mismo modo que lo hizo su difunto hermano… y su mejor amigo.

Kathe entró en su alcoba con un nudo en la garganta y lo primero que hizo fue cerrar el balcón.

¿Lionel estaba vivo… y era un asesino?

Dios santo. ¿Y si no la había dejado con vida porque la apreciaba, sino simplemente porque aún no tuvo la oportunidad de matarla?

Negó con fuerza.

Vivir con miedo no era una opción. El conde le había dado su palabra de que cuidaría de ella, así que no tenía por qué temer.

Abrió los botones de su vestido con manos temblorosas, y una vez que quedó en camisola —una que, ciertamente, no era propia de una dama solterona—, se cubrió los brazos con su salto de cama.

Era un compromiso por conveniencia.

Ella lo ayudaría a resolver un caso, y a cambio se convertiría en la condesa de Pembroke.

El mundo podía llegar a ser más cruel de lo que había imaginado.

Se sentó frente al peinador y comenzó a quitarse los pasadores del cabello, liberando su melena dorada. La peinó con calma, intentando apaciguar los pensamientos que se arremolinaban en su cabeza.

Cuando el frío le caló los huesos, se retiró el maquillaje y caminó hasta la cama para tirar de las sábanas.

¿Debería contratar más lacayos para vigilar la casa?

«No es una mala idea», pensó mientras se arropaba hasta el mentón.

Podía negarse y huir a América lo antes posible, pero Lionel era una amenaza real para muchas mujeres. Lo correcto era ayudar a capturarlo.

Sin embargo, ¿cuánto riesgo implicaba eso para ella? ¿Qué ganaba preocupándose por los demás?

Se suponía que en Londres nadie la soportaba.

El crujido repentino de la madera en su habitación hizo que Kathe se incorporara de la cama de inmediato, con el corazón latiéndole en la garganta.

—¿Quién anda ahí? —espetó, con voz temblorosa.

Conocía cada centímetro de esa habitación. Vivía allí desde hacía años y sabía que ese sonido no era normal.

Barrió el lugar con la mirada. A simple vista, no había nadie, pero aun así se acercó con cautela al armario. Lo sensato sería llamar a alguien, pero antes de abrir la boca, toda la piel se le erizó.

Una sombra emergió de la penumbra.

—Seamus —susurró, sorprendida, con el alma encogida—. ¿Cómo entraste?

Él no respondió y si por un instante pensó en lanzarle algún reproche, todo se desvaneció cuando ella perdió el equilibrio.

—Kathe —exclamó el rubio, sujetándola antes de que cayera, y el enojo se desvaneció y fue reemplazado por una profunda preocupación—. ¿Qué te sucede? Estás muy pálida.

No era Lionel, pero… ¿estaba a salvo?

—¿Por qué…? —sus labios apenas se movieron antes de que Seamus la alzara en brazos con delicadeza y la llevara hasta el colchón, acomodándola como si fuera de cristal.

Por supuesto que estaba a salvo. Él jamás le haría daño físico.

—Estás demasiado pálida y has perdido mucho peso —dijo, cubriéndola con las sábanas mientras ella se estremecía.

¿Realmente estaba preocupado por su salud?

—¿Qué haces aquí? —logró preguntar, con la cabeza palpitándole, pero no alcanzó a oír respuesta alguna.

Una oscuridad pesada y absoluta la envolvió.

***

—No puede ser —gruñó Seamus, con el corazón en la garganta, mientras le acunaba el rostro entre las manos.

¿Qué le estaba sucediendo?

Kathe siempre había sido fuerte, saludable. En todos los meses que compartieron, jamás la había visto desvanecerse de esa forma.

Sin pensarlo, se incorporó y comenzó a buscar unas sales aromáticas. No había nada en la habitación, así que se aventuró fuera, recorriendo la casa a oscuras hasta dar con ellas.

¿Tanto le había asustado su presencia? ¿Acaso lo creía capaz de hacerle daño?

Por todos los cielos… jamás la lastimaría. Ni siquiera cuando ella lo hacía rabiar.

No era peligroso. Nunca lo fue para ella. Pero entonces se percató del temblor que le sacudía el cuerpo.

Una vez con las sales en mano, se obligó a respirar hondo.

—¿Qué diablos estoy haciendo? —murmuró con amargura.

¿Qué clase de insensato se colaba en la habitación de una mujer a la que había dejado dos semanas atrás… solo porque otro quería cortejarla?

«Estás loco», susurró una voz en su cabeza. «Loco por ella».

Nunca pensó que volvería a enamorarse, y mucho menos de una mujer con pasado, con carácter y experiencia. Pero ahí estaba, agitando unas sales aromáticas bajo la pequeña nariz de quien le había robado el juicio.

Y algo más.

—Mmm… —gimió Kathe, adolorida, moviendo apenas los labios.

Seamus analizó su rostro con atención.

¿Por qué seguía tan pálida?

Aquella noche, vestida de gala, lució tan deslumbrante que no se había percatado de su delgadez… ni de las sombras que se escondían bajo sus ojos.

—Kathe, reacciona, mi amor —rogó, con voz quebrada, y tragó con fuerza al ver cómo sus pestañas temblaban.

—¿Qué… qué me sucedió? —murmuró, apartando las sales con un gesto débil.

Él inspiró profundo. Era una muy buena pregunta.

—¿Estás enferma? —preguntó.

Apenas escuchó su voz, los ojos de ella se abrieron de golpe.

—¿Qué haces aquí? —gruñó con fastidio, llevándose una mano a la sien—. Lárgate de mi casa, tú y yo no tenemos nada de qué hablar.

—Sabes que estás equivocada —dijo él, arrastrando las palabras, y se apoyó en una rodilla para quedar a su altura—. Nosotros…

—No hay un "nosotros", nunca lo hubo —lo interrumpió con brusquedad—. Olvida todo y lárgate.

Era demasiado obstinada. Razonar con ella no sería fácil.

—No permitiré que te cases con Pembroke —soltó al fin, sin rodeos.

Eso bastó para que ella se incorporara de golpe y se sentara con la espalda recta. Seamus se puso de pie, observando su perfil con una mezcla de nostalgia y frustración. Notó cómo sus ojos recorrían la habitación, angustiados.

—¿Por qué no me dejas en paz? —susurró mientras se frotaba los brazos desnudos.

Él tomó la bata que había quedado a los pies de la cama y, con un gesto cuidadoso, la posó sobre sus hombros.

¿Por qué le incomodaba ese gesto?

Él había besado, recorrido y saboreado cada parte de su cuerpo. Entre ellos no debía haber espacio para la vergüenza.

—Pensaba hablar con Pembroke —espetó con dureza.

Ella cerró los ojos, visiblemente afectada.

—Solo así desistirá de esa absurda idea de casarse contigo.

Jackson no tocaría un solo cabello de Katherine si sabía lo que ella significaba para él.

—¿Con qué fin?, ¿tanto me desprecias que no soportas verme feliz?

—Tú no lo amas, Kathe. Dudo mucho que puedas ser feliz a su lado.

Era una verdad dolorosa… pero una verdad al fin.

—Él tampoco me ama a mí —replicó, mirándolo directamente, y sus palabras lo tensaron por completo.

—Kathe…

—Me dará su apellido, un título, y me permitirá ser madre de sus hijos. ¿Qué más podría pedir, Seamus? —inquirió, con voz apagada —. Por favor… no me des una razón más para odiarte.

La desesperación lo carcomió por dentro. Se sentó frente a ella y dejó que su coraza se hiciera añicos.

—Por favor, Kathe… sabes que te extraño. Quiero volver contigo. —Tomó sus manos entre las suyas, y ella se quedó mirando ese

gesto sin mostrar emoción alguna.

—No lo entiendo… —susurró, soltando sus manos con delicadeza —. No te agrado, no me soportas y… supongo que incluso te doy asco. ¿Por qué has vuelto?

—Nunca dije eso —murmuró, abatido.

Ella curvó los labios con una sonrisa amarga.

—No fue necesario. Para ti soy una cualquiera. —A él se le heló la sangre y sus sienes comenzaron a martillear con fuerza.

—No te aceptaré de nuevo, Seamus. Ya no quiero ser la amante de nadie —dijo con firmeza.

Intentó tocarla, pero ella se apartó con brusquedad.

—No volveré a mostrarle afecto a un hombre que me considera su error más grande.

Cerró los ojos. Fue un imbécil al decirle todo aquello.

—Kathe…

—Vete. Nada de lo que digas cambiará mi decisión.

—Entonces… hablaré con el conde.

La vio estremecerse. Se sintió un miserable por recurrir a una amenaza tan baja, pero, ¿qué más podía hacer?

¡Era su mujer!

—Pembroke merece saber la verdad —repuso ella con calma helada—. Puedes contarle lo que quieras. Al final, la decisión será suya… no tuya.

No era la respuesta que él esperaba. Ni de cerca.

—Tienes que parar, Kathe —extendió el brazo en su dirección, pero ella empuñó las manos sobre las sábanas, dejándole claro que no lo quería cerca—. Te daré lo que quieras.

No quería enfrentarse a Jackson. Su amigo podía ser terco como una mula cuando se lo proponía.

—Ya dejaste claro que no puedes darme lo que necesito.

Seamus apretó la mandíbula. Esa mujer podía sacar de quicio a cualquiera.

—Kathe…

—¿Por qué insistir en hundirte más? —disparó con frialdad—. ¿Acaso no puedes encontrar a alguien mejor que yo?

—Nadie es mejor que tú —confesó él, con la voz quebrada.

Ella frunció el ceño.

—Qué pena —murmuró, cortante—, porque yo sí encontré a alguien mejor que tú.

La frase le cayó como un puñal. Se levantó de la cama como si lo hubieran quemado.

¿Dónde estaba su dulce, risueña y comprensiva Kathe?

—Estoy segura de que pronto aparecerá una dama adecuada para ti, Mountevans —usó su título como una estocada, y él retrocedió un paso.

¿Por qué dolía tanto? ¿Qué esperaba? ¿Una súplica, una lágrima, una caricia?

—Vete, por favor. Al menos ten la decencia de respetar a tu amigo. Soy su futura esposa.

Seamus cerró los puños, ardiendo por dentro.

Ella lo observó con absoluta indiferencia.

—Eso está por verse —espetó antes de salir de la habitación con un nudo asfixiante en la garganta.

¿Por qué dolía tanto?

¿Qué demonios esperaba de ella?

—¿Cómo te fue? —preguntó Andrew en cuanto abrió la puerta del carruaje.

Seamus gruñó.

—Esto no se va a quedar así.

El castaño lo observó con preocupación.

En los nueve años que llevaba trabajando junto a Jackson y Seamus, nunca había presenciado algo parecido.

¿Estaban a punto de tener su primer problema de faldas?

Capítulo 10

"Según fuentes cercanas, la señorita Devine ha puesto su hermosa mansión a la venta. Estoy segura de que más de un noble querrá hacerse de una de las casas más grandes y lujosas de Mayfair. Después de todo, una paria social no debería gozar de tanta comodidad
***Sección de chismes aristocráticos de Lady Berricloth**".*

«Es una lástima, porque yo sí encontré a alguien mejor que tú».

El comentario de Kathe lo había humillado profundamente. En otra ocasión, Seamus habría alzado las manos y seguido con su vida, pero por alguna razón que aún no comprendía, esta vez no podía ignorarlo.

Esa mujer le importaba. Más de lo que jamás habría imaginado. Y eso lo arruinaba todo, porque no podía —ni quería— soltarla.

—¿Podrías volver en ti? —siseó Andrew, obligándolo a centrarse. Seamus gruñó en respuesta—. Estamos en medio de una misión, no puedes seguir así. Llevas una semana distraído.

Una misión.

Barrió con la mirada la calle desierta frente a él, con más frustración que concentración.

—¿De verdad crees que lo encontraremos así? —murmuró con franqueza—. Jackson lleva meses tras él. Lionel es más metódico de lo que parece.

—¿Y qué sugieres? —preguntó Andrew, cruzándose de brazos con inquietud.

—Analizar a sus víctimas. Buscar un patrón y encontrar a su siguiente objetivo antes que él lo haga.

Andrew pareció considerar la idea, pero luego negó con la cabeza.

—Hay demasiadas mujeres en Londres. Sería imposible...

—Te aseguro que todas comparten un rasgo común —insistió Seamus.

Se dirigieron a Pembroke House y no les sorprendió que el mayordomo les informara que el conde no se encontraba; sin embargo, de alguna manera, ese hecho le inquietó en demasía.

¿Estaría con Kathe?

¿Qué tipo de conversaciones tendrían?

¿Siquiera hablarían?

«Deja de pensar lo peor de ella», le recriminó una vocecilla, y tragó con fuerza.

Tenía miedo; la idea de que Jackson lo borrara del corazón de Kathe lo horrorizaba.

—¿No te parece extraño…? —el comentario de Andrew lo obligó a recuperar la compostura—. Él ha matado a todas sus amantes, pero ni siquiera agredió físicamente a la señorita Devine.

Seamus odió que las piernas le temblaran.

La idea de que alguien hiriera a Kathe era escalofriante.

—Mira, Jackson tomó nota de eso —le enseñó un pequeño cuaderno, el cual contenía más de veinte nombres, y Seamus tragó con fuerza.

El nombre de Kathe no solo estaba subrayado, sino enmarcado.

—¿Crees que Jackson…?

—Tal vez su intención es protegerla —musitó su amigo—. Suena a algo que Jackson haría.

—O simplemente quiere utilizarla para atraer a su hermano a una trampa —soltó con frialdad, y empezó a verlo todo en tonalidades rojizas.

Si algo le sucedía a Kathe, él mismo mataría a Jackson con sus propias manos.

—Jackson es cruel, pero nunca lastimaría a una inocente —el comentario de Andrew hizo que su enojo mermara, y dejó el cuaderno de lado, sintiéndose más inquieto que nunca.

¿Podría ser que el repentino interés de su amigo tuviera mucho que ver con ese punto en cuestión?

—Sigamos buscando.

Necesitaba que ese día terminara. Según tenía entendido, Evans le había conseguido una cita con Kathe para mañana, y él aún no había superado la discusión que tuvieron hace una semana.

Ella lo había menospreciado por ser un simple barón, y él… solo quería callarla con un beso voraz y apasionado, para después tenderla en una cama y hacerle pedir perdón entre jadeos y alaridos.

Su cuerpo reaccionó con violencia, y ahogó un juramento.

¿Qué tipo de castigo era este?

Anhelaba a la mujer que él mismo echó de su vida y ahora ni siquiera podía tocarla, porque su amigo planeaba cortejarla.

***

A la mañana siguiente, un estridente grito acabó con el agradable silencio que reinaba en la casa de la familia Devine.

—¡Juliana! ¡Juliana! —chilló Kathe, bajando las escaleras sin cuidado alguno con el periódico en la mano, y solo detuvo su marcha cuando su nana y el mayordomo aparecieron a los pies de la escalera, exaltados.

—¿Qué sucede, Kathe?

—Lady Berricloth acaba de anunciar que puse la casa en venta. ¿Cómo es esto posible? —preguntó con impotencia.

Se suponía que la venta sería discreta y Evans solo informaría de sus intenciones a posibles compradores.

—¿Qué? —su nana se puso tan pálida como una hoja—. Déjame ver —pidió con inquietud y se hizo del periódico—. Manden a llamar al señor Evans, solo él puede explicar esto.

El mayordomo no demoró nada en salir de su campo de visión.

—Es una locura —susurró Kathe, abatida—. ¿Sabes lo que esto significa?

Juliana tragó saliva y se limitó a asentir.

—No tienes que preocuparte. ¿Qué es lo peor que tus tíos pueden hacer? —espetó, tratando de ser optimista, pero ella temió lo peor.

—Qué manera más abrupta de empezar el día —musitó finalmente y posó una mano en el vientre, ¿por qué le dolía tanto? —. Se supone que en una hora vendrá un posible comprador —comentó para sí misma—. Aún nada está dicho y es posible que mi tío y su esposa ni siquiera lean el periódico.

Edward era ocioso y vivía como podía, pero Tiana… oh no, ella claro que se enteraría de todo, porque estaba segura de que su tía era una fiel seguidora de Lady Berricloth.

—¡Kathe! —Juliana la sujetó de los hombros cuando su cuerpo pareció vencerla y su pulso se ralentizó—. Por Dios, ¿qué es lo que te sucede?

—No lo sé… —confesó abatida y dejó que la llevara hacia el diván más cercano—. He estado pasando por muchas situaciones complejas. Tal vez solo necesito descansar un poco —presionó sus sienes y se preguntó cuánto tiempo le quedaba.

Solo era cuestión de horas para que Edward y Tiana hicieran acto de presencia en su hogar, y se suponía que ese día debía darle una respuesta a lord Pembroke.

¿Realmente aceptaría meterse a una misión tan peligrosa?

Lionel no era alguien que pudiera tomarse a la ligera.

«Si te comprometes con lord Pembroke, tus tíos nunca más volverán a molestarte».

La comprensión la golpeó con fuerza y empezó a respirar con dificultad. No importaba cuánto intentara negarlo, el conde era su única salvación.

***

Seamus llevaba listo tres horas, pero aún faltaba una para su reunión con Kathe, lo que volvía cada segundo más insufrible y eterno.

Siempre se había considerado un hombre paciente.

Hasta que Kathe llegó a su vida para alterarlo todo.

Como era habitual, su comedor permanecía en completo silencio. No tenía padres, hermanos ni familia. Estaba acostumbrado a la soledad; sin embargo, no podía negar que, en las últimas semanas, no dejaba de imaginar cuánto cambiaría su casa con la presencia de Kathe… como su esposa.

Habría más risas.

«Y también accidentes», añadió, pero incluso así, todo sería más alegre.

—Me siento indignado.

La taza de Seamus quedó suspendida a medio camino mientras observaba, sorprendido, cómo Jackson irrumpía en el comedor como alma que lleva el diablo. No era raro que sus amigos se aparecieran en su casa sin previo aviso, pero justo ese día no le agradaba tener al conde ahí.

—¿Todo en orden? —preguntó con fingida calma mientras el moreno comenzaba a servirse el desayuno—. No te cohíbas, come lo que quieras —ironizó antes de darle un sorbo a su café.

—Si no fuera porque encontrar a Lionel es mil veces más importante, te juro que seguiría buscando a esta chismosa —le tendió el periódico, y Seamus frunció el ceño.

No solía leer las columnas de Lady Berricloth, pero…

—¿Qué tiene de malo?

Solo decía que Kathe había puesto su casa en venta.

—Averigüé sobre eso antes de pedir su mano en matrimonio y su administrador fue muy discreto con la oferta. Ella no quería que se hiciera público.

—Ya veo… —disimuló.

—Berricloth es una entrometida —masculló Jackson, mordiendo su tostada—. El día que la encuentre, la haré pedir perdón de rodillas.

Seamus no fue capaz de responder. Aquella mujer nunca le cayó bien, pero tampoco le guardaba rencor. Para él era más fácil ignorar sus publicaciones.

—¿Hablaste con Andrew? —preguntó, decidido a desviar el tema.

—Está tras la pista de la siguiente víctima de Lionel —respondió Jackson, como si no fuera gran cosa—. Fui con los Blackwood, pero ya le perdieron el rastro.

—Ya veo… —susurró Seamus—. Con tantos problemas encima, ¿de verdad crees prudente pensar en una boda?

Cualquier excusa era válida con tal de hacerlo retroceder en sus planes.

—Por supuesto —respondió con una naturalidad irritante—. Si me apresuro y dejo un legado, menos me preocupará que Lionel intente matarme cuando descubra que voy tras él.

¿Un legado?

Seamus cerró los puños bajo la mesa.

—¿Ella te aceptó?

—Hoy iré a visitarla. Le di unos días para considerar mi oferta.

—Ya veo…

—¿Por qué lo preguntas? —Jackson entrecerró los ojos, observándolo con atención.

—Curiosidad —se encogió de hombros. Su amigo lo siguió mirando con sospecha—. He pensado en comprar su casa. Me reuniré con ella en unos minutos para negociar el precio.

Contar parte de la verdad era más seguro que mentir. Si Jackson sospechaba demasiado, todo podía salir mal.

—No creo que llegue a venderla —comentó el conde con aparente indiferencia.

—¿Y eso por qué? —inquirió Seamus.

Jackson se inclinó hacia él, echando una mirada cautelosa a su alrededor.

—Hice mis averiguaciones. Ya sabes que me gusta conocer bien el terreno que piso.

Pues claramente no lo conocía todo. Si supiera que Kathe y él fueron amantes, no seguiría adelante con esa locura.

—Antes de que yo hiciera mi propuesta, la señorita Devine tenía planeado viajar a América con su nana.

El aire se le quedó atascado en la garganta.

—¿Qué dices?

—Ella pensaba empezar de nuevo en América, pero mi propuesta lo cambió todo.

¿Kathe… había estado a punto de abandonarlo?

Todo era su culpa.

Él fue quien sembró en ella un sinfín de inseguridades. Si no hubiera perdido el control en Bath, si hubiera sido lo bastante valiente para aceptar lo que sentía, Kathe no habría contemplado una decisión tan drástica.

—En vez de buscar la ruina de Lady Berricloth, deberías unirte a ella —murmuró con sarcasmo, intentando ocultar el temblor en su voz—. Harían un excelente equipo.

—No me gusta meterme en la vida de los demás.

—Pero investigaste la vida de la señorita Devine.

—Porque se convertirá en mi esposa y…

—¡Ella ni siquiera te ha aceptado! —lo interrumpió con furia, levantándose con brusquedad. Jackson lo observó con el rostro imperturbable—. Quédate todo el tiempo que quieras. Acabo de recordar que tengo un asunto pendiente que debo atender cuanto antes.

Seamus salió del comedor sin mirar atrás.

¿Por qué sentía que le faltaba el aire?

¿Por qué esa ansiedad desesperante lo consumía como si el reloj jugara en su contra?

Debía actuar. Y debía hacerlo ya.

Capítulo 11

Cuando la puerta del despacho se abrió, Kathe no perdió ni un solo segundo y abandonó su lugar para acercarse al señor Evans.

—Por Dios, ¿cómo pudo pasar algo así? —preguntó con desespero, y odió que el temblor en su cuerpo aún siguiera allí—. ¿Qué haré? Mis tíos llegarán en cualquier momento y… —Se percató de la inquietud en el rostro de su administrador y selló los labios en una fina línea cuando Seamus apareció en su campo de visión.

¿Qué diablos estaba haciendo él en su casa?

—Señorita Devine, el barón de Mountevans desea hacerle una oferta por la casa.

¿Qué?, ¿él era el hombre que quería hacer negocios con ella?

«Échalo, sólo te causará problemas», le dijo la voz de la razón y Kathe apretó la mandíbula.

—Lo siento mucho, milord, pero la casa ya no está en venta —espetó con frialdad—. Puede largarse por donde vino —escupió con rencor y Evans palideció, al mismo tiempo que el rubio le regalaba una sonrisa perversa—. Evans…

—Me gustaría hablar con la señorita Devine a solas —espetó él, sereno, y su administrador dudó.

—No hablaré nada con usted, tengo un asunto más importante que atender —soltó con desespero, no era un buen momento para que Seamus la fastidiara.

—Entonces le diré todo lo que tengo para decirle delante del señor Evans.

¡¿Por qué no la dejaba tranquila?!

Se aferró al espaldar de una silla y miró a su administrador con disgusto.

¿Por qué no le dijo que el hombre con quien debía reunirse ese día era Mountevans?

Jamás habría concretado esa cita de haberlo sabido.

—Está bien, busca a Juliana, por favor —le pidió al hombre adulto —. Ella podrá explicarte todo con más detalle.

Cuando quedaron solos en su despacho, Kathe cerró los ojos con fuerza porque Seamus no demoró mucho en invadir su espacio y sujetarla por los hombros.

—No estás bien, otra vez estás muy pálida.

Claro que no estaba bien.

Por más que lo intentaba, las cosas nunca salían como ella quería.

—Vete, Seamus. No venderé mi casa y ahora mismo no estoy de humor para tratar con nadie.

Él la tomó en brazos sin esfuerzo alguno y la sentó en el sofá, para después acomodarse junto a ella.

—¿Deberíamos llamar a tu doctor? —Posó una mano en su frente —. La última vez que te vi te desmayaste.

¿Por qué se veía tan preocupado?

¿Desde cuándo ella era importante para él?

—No, yo nunca me enfermo. —Toda la piel se le erizó cuando acarició su coronilla—. Sólo vete, por favor, creí que tú y yo ya nos habíamos dicho todo.

La mano masculina se deslizó por su mejilla y ella cerró los ojos con frustración.

¿Por qué seguía ahí?

Él la había rechazado, la echó de su vida e incluso le dio una joya para finalizar su aventura, ¿cuál era la razón de su regreso?

Lionel… nunca volvió por ella y por un momento pensó que Seamus sería igual.

—Perdóname, Kathe —soltó con arrepentimiento y ella lo buscó con la mirada, al tiempo que él acunaba sus manos—. No reaccioné de la manera correcta en Bath. Creí que llevaste a tu nana para tenderme una trampa y obligarme a casarme contigo, yo…

—Sólo dijiste lo que pensabas.

—No es verdad, yo… fui un idiota —su voz se quebró por la vergüenza—. Nunca quise ofenderte, nosotros…

—Ibas a dejarme —le recordó— Ya sea por las buenas o las malas, me habrías dejado con el corazón roto de todas maneras. — Apartó sus manos con delicadeza y él tragó con fuerza—. Lo prefiero

así, habría sido muy duro para mí decirte adiós después de un fin de semana maravilloso.

Normalmente, la gente siempre le daba la espalda sin decir más que un simple adiós. No habría sido fácil para ella despedirse de Seamus si él hubiera hecho de ese viaje un momento mágico.

—Si decidí terminar con lo nuestro fue porque no quería que los rumores iniciaran, no porque no te quisiera.

—Ya nada importa —espetó más tranquila y le regaló una cálida sonrisa—. Aunque hubieras vuelto a los minutos, no te habría aceptado.

Porque era una paria.

Era la persona con quien nadie quería hablar, eran pocas las personas que no le blanqueaban los ojos o le daban la espalda y la única razón por la que era aceptada en las tiendas de Regent Street era porque gastaba mucho dinero en las tiendas.

—¿Por qué no? Tú me amas. —Acunó su rostro; no quería que apartara la vista ni se atreviera a mentirle—. Kathe…

—Toda la vida me he sentido muy sola, Seamus —musitó con voz débil, erizándole la piel—. Quiero un lugar donde sentirme segura, un compañero de vida y una familia a la cual amar.

Su corazón empezó a bombear sin control alguno.

¿Por qué le resultaba tan difícil tomar una decisión?

Él la amaba.

La quería a su lado.

¿No sería normal que él también quisiera una familia con ella?

—Kathe…

Un bullicio en el exterior hizo que ambos rompieran el contacto y él abandonara su lugar para implementar algo de distancia. Por un momento, pudo ver la decepción en los ojos femeninos, pero no pudo explicarle que lo hizo por ella y su reputación —y no porque le preocupara la idea de que los vieran haciendo algo indebido— porque la puerta del despacho se abrió con violencia.

—¡¿Dónde está esa chiquilla tonta?! —bramó una mujer de cabellos castaños con furia, prendiendo todas sus alarmas, y Seamus apretó la mandíbula cuando se adentró a la estancia junto a un hombre rechoncho.

Ambos se movían como si fueran los dueños del lugar.

La inquietud invadió su pecho cuando Kathe abandonó su lugar, tan pálida como una hoja.

—Edward, Tiana —soltó ella con voz débil y Seamus se tensó al percibir el temblor en sus hombros.

¿Por qué les tenía tanto miedo?

El hombre era tan rubio como Kathe y la mujer de cabellos castaños no tuvo reparo alguno en plantarse frente a ella.

—¿Cómo te atreves a poner esta casa a la venta? —elevó la voz— ¡Es la propiedad de tus padres! —intentó empujarla, pero Seamus se interpuso entre ambas mujeres.

—Ni siquiera lo intente —escupió, rojo de la cólera.

—Pero… —la mujer que respondía al nombre de Tiana titubeó y Seamus apretó la mandíbula.

—Agredir a una persona en su propia casa es un crimen —farfulló.

—¡Esta también es nuestra casa! —chilló la mujer.

Seamus sabía que eso era mentira, Kathe era hija única y por ende…

—Mis padres murieron hace muchos años y la propiedad es solamente mía —espetó Kathe, recuperando la compostura, y se posicionó junto a él con valentía.

La pareja jadeó, furiosa, y Seamus observó con desconcierto como Evans y la señora Diaz ingresaban al despacho, exaltados.

—¡Eres una mocosa impertinente! —escupió el tal Edward, señalando a Kathe—. Eres una desgracia para esta familia, estás loca. Necesitas ser tratada. Jamás permitiré que vendas la casa de mi difunto hermano.

Sus alarmas se prendieron.

Conocía esa estrategia, ellos dirían que Kathe tenía problemas mentales para quedarse con su dinero y propiedades.

«Sobre mi cadáver».

—¡Eso no es cierto! —el grito de Juliana le caló las entrañas. Ante él estaba una mujer dispuesta a todo con tal de proteger a su hija—. El que ella quiera vender su casa no es ningún crimen.

En ese momento, Tiana estudió a Juliana de la cabeza a los pies con desagradado.

—Insolente, el que lleves vestidos caros no te da el derecho de hablarnos así.

—¡No! —gritó Kathe al ver que su tía pretendía agredir a Juliana y Seamus se adelantó hacia las mujeres, pero no hizo falta que hiciera nada porque fue Evans quien aferró a la mujer de la muñeca y la empujó hacia atrás.

—No se atreva a tocarla —ordenó con dureza.

—¡Ustedes sólo son unos criados! —chilló Tiana, indignada, y se volvió hacia su marido—. Haz algo, Edward.

Seamus estudió el panorama. Ese hombre se estaba dando cuenta que con la violencia no conseguirían nada, por lo que cambió su estrategia y se centró en Kathe.

—Deberías cedernos la casa, Katherine —dijo con descaro, dándole una sacudida a la hombrera de su abrigo—. Nosotros hicimos mucho por ti al darte un techo cuando tus padres murieron.

—Eso no es verdad, se les entregó un sueldo anual por diez años, hasta que decidieron deshacerse de ella —siseó Juliana, furiosa.

Seamus se tensó.

¿Sus tíos le dieron la espalda a sus diez años?

—¡¿Cómo se atreven a hablarnos así, malditos criados?! —la tía de Kathe intentó atacar nuevamente a la mujer y en esta ocasión Seamus fue lo suficientemente rápido para sujetarla del brazo e inmovilizarla en su lugar.

—Creo que esta función se está alargando —arrastró sus palabras, furioso.

—¡Suélteme! —se zafó de su agarre y corrió hacia su marido—. ¿Quién diablos se cree? Esta casa está llena de locos.

Ellos no se detendrían ante Evans y Juliana. Para esa gente, ellos sólo eran empleados.

—¡¿Con permiso de quién toca a mi mujer?! —El hombre regordete se puso rojo como un tomate, y Seamus decidió centrarse en Evans.

—¿Quiénes son ellos y con qué derecho están aquí? —preguntó con dureza, ignorando la pregunta del hombre.

—Son los tíos de la señorita Devine —espetó Evans, tan tenso como una vara—. Y están aquí sin ninguna invitación previa, ni

derecho —aseveró.

—¡Di algo, tonta! —ordenó Tiana, intentando llegar a Kathe, pero Seamus bloqueó su camino.

—Vuelva a insultarla y se las verá conmigo.

Su valiente y heroica Kathe se había ido, lo que quería decir que en su infancia esa gente no fue nada buena con ella. Su corazón se encogió, ¿qué tan asustada estaría ahora mismo esa niña interna que quería gritar y huir?

—¿Quién diablos es usted para hablarme de esa manera? —berreó la mujer, furiosa.

—Soy Seamus Armitage, barón de Mountevans —espetó con frialdad, y un tenso silencio se cernió en la estancia.

La mujer retrocedió y lo observó con hostilidad, reconociendo que estaba en desventaja.

Juliana corrió para abrazar a Kathe por los hombros. Seamus observó por el rabillo del ojo su palidez y dedujo que sólo era cuestión de tiempo para que ella colapsara.

—Es nuestra sobrina, su deber es cuidar de nosotros —soltó Edward Devine y en esta ocasión Kathe se armó de valor y espetó:

—Lárguense de mi casa y no regresen.

—Pero ¿qué dices? —siseó la mujer—. Nosotros…

—Ustedes me abandonaron en dos ocasiones: cuando cumplí diez años y cuando el difunto conde de Pembroke se burló de mí.

—¡No íbamos a relacionarnos con una paria como tú! —bramó la mujer, horrorizada—. Tengo dos hijas que casar, yo…

—Sigo siendo una paria, así que deberían irse para que nadie nos relacione —soltó ella, sin expresión alguna en el rostro, y la mujer ladeó el rostro, inquieta.

—Cariño… —buscó ayuda en su esposo, y el hombre carraspeó.

—Te enviamos una carta. Tu prima se está casando y esta casa sería un excelente regalo.

La risa amarga de Kathe hizo que el hombre enmudeciera y Seamus cerrara las manos en dos puños.

—¿Me piden un regalo cuando ni siquiera fueron capaces de enviarme una invitación?

Él no tenía familia y, de vez en cuando, lamentaba estar tan solo, pero ¿cómo se sentiría Kathe que, contando con una familia, estaba tan sola?

—No te llevaré a la boda de mi hija —escupió el hombre—. ¿Qué tal si intentas seducir a su esposo?

El comentario fue tan ofensivo que Seamus no tuvo reparo alguno a la hora de estrellar un puño en el rostro del hombre. Los jadeos femeninos se alzaron por el lugar y el hombre, que no debía pasar los cincuenta años, lo miró con rencor.

—Pero… —infló los cachetes, furioso—. ¿Por qué me golpea?

—Discúlpese ahora mismo —ordenó con frialdad—. Usted no es quien para ofender a la señorita Devine de esa manera.

En ese momento, Seamus supo que jamás tendría perdón, ¿cómo no pudo escucharse a sí mismo el día que estuvieron en Bath?

¿Se vio y oyó así de miserable el día que se atrevió a menospreciar a Kathe?

La rabia que sintió hacia su persona fue desquiciante.

—Lárguense ahora mismo. —La pareja dudó, pero todo indicaba que no pensaban irse hasta conseguir lo que querían—. Yo seré el próximo dueño de la casa. La señorita Devine accedió a vendérmela y…

—¡No! —chilló la mujer, sulfúrica—. ¡Esta casa tiene que ser mía!

¿Qué tan cínicos debían ser esas personas que estaban dispuestas a todo con tal de quedarse con la casa de Kathe?

—Si no se largan ahora mismo, llamaré a las autoridades —su voz bajó una octava, helando el ambiente de la estancia, y cuando el señor Devine se armó de valor para enfrentarlo, lo siguiente que escuchó hizo que la sangre se le congelara.

—Si no quieren que su futuro yerno se entere de que su familia está en la ruina, lo mejor será que se larguen.

Seamus se tragó un juramento.

¿Por qué no le sorprendía que Jackson conociera a la familia de Kathe?

Lo más probable era que él supiera todo de la rubia.

—Maldición, ¿quiénes son ustedes y por qué abogan por mi sobrina? —escupió el hombre, frustrado al no poder ejercer violencia

y manipulación sobre Kathe, y Seamus se mordió la lengua al ver la sonrisa perversa que Jackson le regaló a la pareja.

—Mi nombre es Jackson Sterling y soy el conde de Pembroke —la pareja palideció—. Y, por su bien, hagan caso a las palabras de Mountevans. Yo no me tocaré el corazón y tengo la influencia suficiente como para encerrarlos en los calabozos por más de una semana.

Los tíos de Kathe salieron huyendo como los cobardes que eran y todas sus alarmas se encendieron cuando Juliana gritó.

Katherine acababa de desmayarse.

No dijo nada, sólo se arrodilló junto a ella y la tomó en brazos con la delicadeza que merecía ser tratada.

—¿Dónde está su habitación? —miró a Juliana con fijeza, dejando claro que no dejaría que nadie más la cargara, y la pelinegra tragó con fuerza.

—Sígame, por favor. Evans, pide que vayan por el doctor.

Seamus siguió a la mujer y su paso se ralentizó cuando su camino se encontró con el de Jackson.

—Yo me encargo —espetó su amigo, extendiendo los brazos en su dirección, y Seamus lo pasó de largo, dejando al conde con los brazos en alto.

Conocía la habitación de Kathe, pero ahora mismo debía fingir demencia y seguir a Juliana. Jackson estaba tras de él, seguramente planteándose más preguntas de las necesarias, pero ni siquiera eso impidió que fuera él quien dejara a Kathe en su cama.

—Puedes irte, Mountevans —dijo su amigo a su espalda y Juliana se tensó.

No pensaba irse, él…

—Lo mejor será que ambos se marchen, milord —espetó Juliana, haciéndolo entrar en razón—. Muchas gracias por lo que acaban de hacer por la señorita Devine. Ella les estará eternamente agradecida, pero ahora mismo no está en condiciones para atender a nadie.

Si Jackson se iba, Seamus podía irse más tranquilo.

Antes de abandonar la estancia, miró a Kathe de reojo.

¿Por qué nunca le dijo que tenía unos tíos abusivos?

Con gusto él habría puesto a esa familia en su lugar.

—¿Por qué no mencionaste que su familia era tan problemática?

Una vez en la calle, tiró del hombro de su amigo e hizo que este se volviera en su dirección.

—¿Por qué te interesa? —siseó el moreno—. Yo me haré cargo de ellos cuando corresponda.

—Jackson…

—Deja de meterte —ordenó con frialdad y se miraron con fijeza —. Aléjate de la señorita Devine, Seamus. Si no serás de ayuda… no me estorbes.

Se marchó sin decir más, totalmente furioso, y Seamus chirrió los dientes con ira contenida.

«Eres tú quien me está estorbando».

Capítulo 12

"La señorita Devine ama jugar con los hombres, ahora me pregunto quién será su siguiente víctima
***Sección de chismes aristocráticos de Lady Berricloth**".*

Siempre había sido una mujer saludable.

Kathe apenas podía creer que el doctor le hubiera pedido guardar reposo. Jamás en su vida le había sucedido algo semejante, por lo que no era de extrañar que Juliana estuviera tan exaltada: acomodaba sus vestidos, avivaba el fuego y buscaba en qué más emplear la energía que su ansiedad había provocado en su cuerpo.

—Me pondré bien —se vio obligada a decir, con una pequeña sonrisa en los labios.

Su nana se volvió hacia ella, visiblemente nerviosa.

Kathe no lo entendía. ¿Por qué estaba tan inquieta?

—Sí, lo sé, es solo que… —no pudo terminar la oración; las palabras se le atoraron en la garganta—. Hay un lugar al que quiero ir. ¿Crees que me necesites?

Kathe enarcó una ceja, divertida.

—Son las diez de la noche —rio.

—No tomará mucho tiempo —espetó Juliana, seria.

—Solo ten cuidado. Ve con el cochero y que dos lacayos los acompañen.

Si era sincera, le apetecía estar sola, y la única forma de librarse de su nana era dejándola marchar sin hacer demasiadas preguntas. Sin embargo...

—¿Mis tíos no regresaron? —empuñó las sábanas, inquieta.

—Dudo que lo hagan. Salieron despavoridos al ver que un conde y un barón estaban dispuestos a todo con tal de protegerte.

Kathe torció los labios, disconforme.

Habría preferido que Seamus no actuara de esa manera.

¿Qué era lo que quería conseguir?

Ese día, él no solo había ido a pedirle perdón, sino que la protegió de sus tíos y se atrevió a defender su honor.

Uno que estaba por los suelos.

—Volveré lo antes posible —musitó su nana finalmente, haciéndola volver en sí, y salió de la habitación con más prisa de la prevista.

Kathe frunció el ceño.

¿Le estaría ocultando algo? ¿Podría ser que sus tíos estuvieran tramando algo?

—¿Importa? —suspiró finalmente, mirando a la nada.

Después de todo lo ocurrido, ya sabía cuál era la decisión correcta.

Se acurrucó contra la almohada, imaginándose lo difícil que sería dejar todo atrás, y muy lentamente permitió que sus párpados comenzaran a cerrarse.

Casarse con Pembroke sería un pésimo error.

Su cuerpo y corazón le pertenecían a un solo hombre, uno que, con cada gesto, la inspiraba a tomar el próximo barco y huir de Londres lo antes posible.

La oscuridad estuvo a punto de envolverla, pero un suave toque en la ventana hizo que cada músculo se le tensara, y en contra de su voluntad pensó en Lionel.

Juliana se había ido.

Y, a pesar de todos los empleados que tenía, Kathe estaba completamente sola.

El segundo toque la obligó a incorporarse, inquieta, y armándose de valor, corrió las cortinas del dosel y salió de la cama.

Se había asegurado de cerrar todo; últimamente no podía confiar en nadie, pero cuando apartó las pesadas cortinas de la ventana, las piernas le temblaron.

—Seamus… —musitó con voz débil.

El hermoso rubio la observaba con fijeza, rogándole con la mirada.

Él quería entrar.

Una vez más, había ido hasta su casa para manipularla a su antojo.

«Él salió por su propia cuenta, no lo dejes entrar», le advirtió su conciencia.

Cuando él posó la palma sobre el cristal, ella giró sobre sus talones y regresó a la cama.

Lo amaba, pero no quería volver a ser la amante de nadie.

Amar no debía provocar vergüenza, ni mucho menos ser motivo de humillación.

Se metió bajo las sábanas, esperando en silencio que Seamus se marchara, pero la sangre se le congeló cuando una brisa helada le acarició las mejillas.

Dios santo, ¿cómo había logrado colarse en su habitación?

—¿Qué crees que haces? —se arrodilló sobre el colchón, inquieta.

Él cerró la ventana con toda la calma del mundo.

Como si no estuviera cometiendo un crimen.

—¿Cómo abriste mi ventana? Es…

—¿Aún no lo has notado? —preguntó, conectando sus miradas.

—¿Notado qué? —frunció el ceño.

—Pembroke y yo no somos amigos por coincidencia… somos colegas.

Un escalofrío recorrió su espina dorsal.

¿Seamus era un espía de la corona?

Ahora todo cobraba más sentido: sus viajes repentinos, sus heridas, y ese silencio tenso cada vez que ella lo interrogaba.

—Vete. Si no te abrí la ventana, es porque no eres bienvenido —soltó, decidiendo ignorar lo que acababa de revelarle.

¿Qué sentido tenía compartirle algo tan íntimo?

¡Ellos no eran nada!

—¿Cómo te sientes? —preguntó él, acercándose a la cama sin acatar su orden.

Kathe se encogió cuando Seamus se sentó frente a ella y le posó una mano en la frente.

—Ya no estás pálida, pero tienes ojeras y… —sus dedos descendieron hasta su mejilla.

Ella se apartó con firmeza.

—No deberías estar aquí y lo sabes —musitó al fin.

Él le dedicó una sonrisa suave, como si no hubiese hecho nada malo.

—Estaba inquieto. Cuando me fui, estabas inconsciente y…

—No volveré a ser tu amante —lo interrumpió. La voz se le quebró, y odió que la vista se le nublara por las lágrimas contenidas —. Tú… me hiciste mucho daño. Ni siquiera el difunto conde fue tan cruel.

Sus palabras hicieron que Seamus palideciera.

—Mi intención nunca fue enamorarme —continuó ella, con voz contenida—. Creí que podría estar contigo sin sentir nada más que deseo, pero mientras más tiempo pasábamos juntos, más me encariñaba.

—Kathe…

Ella negó con la cabeza.

—Nunca me quisiste. —Él se tensó—. Siempre pensaste cosas horribles de mí.

—Estaba molesto. Creí que llevaste a tu nana para acorralarme… y dije muchas estupideces.

—Estupideces que siempre estuvieron en tu cabeza —susurró.

Seamus apretó los labios, incapaz de refutarlo.

—¿Por qué no me ignoras? ¿Por qué no finges que no existo? Yo… me fui en silencio. No te exigí nada y…

—Pero yo quería que lo hicieras —la interrumpió, perdiendo la compostura—. Si hubieras insistido, si hubieras rogado un poco más…

Kathe no pudo evitarlo y soltó una risa amarga. Seamus enmudeció.

—¿Por qué te ríes?

—Perdí a mis padres cuando era apenas una bebé. Mis tíos nunca me quisieron y me echaron de su casa cuando tenía diez años. ¿De verdad crees que iba a rogarte? —Lo oyó tragar con dificultad—. Si alguien no me quiere en su vida, simplemente me marcho.

—Pero…

—Me gusta amar con intensidad. Quizá por eso cometo muchas tonterías, pero… ¿qué puedo hacer? —confesó con amargura—.

Siempre soñé con sentirme amada, con tener un lugar seguro. Y… pensé que Lionel me amaba.

Seamus la miró con fijeza.

—Me juzgan por haberme entregado a él, pero ¿por qué nadie odia al difunto conde? Él fue quien se aprovechó de mí —añadió, con pesar, agradeciendo en silencio que él no dijera nada al respecto—. Todos me odian. Son pocos los que me sostienen la mirada o se dignan a saludarme. Se han dicho cosas horribles sobre mí.

—Kathe…

—Yo… nosotros… —su voz fue apagándose—. Sólo ocurrió una vez —confesó al fin, y Seamus se tensó—. Después de aquel encuentro, Lionel me dejó… y no volví a estar con nadie. Hasta que llegaste tú.

—¿Qué? —la miró, sorprendido.

—No debí seguirte, ni aceptar tu oferta, pero desde que te vi en la inauguración de Diamantes solo pude pensar en lo afortunada que sería tu futura esposa —reconoció con aspereza—. No eras como los demás. Tus sonrisas no eran para todas, y yo…

—¿Por qué no te acercaste? —preguntó con voz ronca, y ella sonrió con timidez.

—El respetable barón de Mountevans jamás se habría relacionado con la peor paria de Londres.

—Nunca me acerqué a esa mesa porque quisiera jugar —confesó él, y su corazón se desbocó—. Yo también te vi, Kathe. Te noté desde el principio, pero no sabía cómo acercarme.

—Tal vez lo más sensato habría sido alejarme.

—Te habría seguido.

Ella negó con la cabeza.

—Claro que no. El qué dirán te habría detenido.

Él negó con lentitud, convencido de que nada habría podido evitarlo.

—Rechaza a Pembroke —pidió de pronto, tomando sus manos entre las suyas. Ella tembló—. Haré lo correcto, mi amor. Quiero casarme contigo.

Imposible.

Jamás podría unirse en matrimonio con un hombre que la había despreciado tanto.

La magia no duraría. En pocos días, los rumores resurgirían y él lamentaría haberla elegido.

«Elegí mal». Las palabras de Harriet resonaron en su cabeza.

Intentó zafarse, pero Seamus la detuvo, inclinándose sobre ella para invitarla a recostarse. Su beso fue suave, apenas un roce, pero más desconcertante que tranquilizador.

—Seamos sinceros: estar separados ha sido un castigo para los dos —susurró contra sus labios.

—Estar juntos será un infierno —desvió el rostro, y él besó su mejilla con ternura antes de dejarse caer a su lado.

—Duerme. —No pensaba ahondar en el tema por el momento—. Me quedaré contigo esta noche.

—¿Qué? —se incorporó, alarmada—. No puedes… yo…

—Estás delicada. —La obligó a regresar a la cama—. Y quiero cuidarte.

Ella le dio la espalda, inquieta.

Estaba segura de que Seamus no sabía nada sobre la misión de Pembroke. De lo contrario, ya le habría exigido que se mantuviera alejada de todo ese embrollo. Pero aun así… cerró los dedos sobre la almohada.

Solo quería una noche con él.

Una noche sin culpas. Sin miedo.

Solo dormir. Tal vez, si tenía suerte, él la abrazaría.

Cerró los ojos con fuerza cuando el brazo masculino rodeó su cintura, y contuvo el aliento al sentir su mano sobre su vientre, tirando de ella con suavidad hasta unir sus cuerpos.

—Te prometo que tus tíos no volverán a molestarte —murmuró.

La garganta se le cerró.

—¿Por qué nunca me dijiste que tenías ese tipo de familiares? —inquirió minutos después, con la voz apagada.

—Porque nunca me preguntaste si estaba realmente sola.

Él la apretó un poco más.

—Perdóname, Kathe.

Sus disculpas habían llegado tarde, ella ya sabía lo cruel que podía llegar a ser cuando se lo proponía y no quería volver a ser víctima de sus pensamientos.

***

El crepitar de las llamas y el tic-tac del reloj eran los únicos sonidos que rompían el silencio en la estancia.

La noticia había caído como un balde de agua fría, y Evans no tenía idea de cómo enfrentar la situación.

—¿Cómo puedes estar tan segura? ¿El doctor lo confirmó?

—Por supuesto que no dejé que lo notara —replicó Juliana, irritada—. Le mentí sobre sus ciclos, pero fue su pregunta lo que me hizo notar su retraso.

Tres semanas atrás, Katherine estaba tan abatida que ni siquiera notó la ausencia de su período.

—Santo cielo… —Evans se despeinó con nerviosismo—. ¿Qué haremos? ¿Debo hablar con Mountevans?

Con los años, Evans se había convertido en una figura paterna para Katherine. Él y Juliana siempre velaron por ella, pero esta situación los superaba.

—Cuando fui a Bath, él reaccionó muy mal —recordó Juliana con amargura—. No creo que reciba bien esta noticia.

—¿Entonces qué propones? —se frotó los ojos, agotado.

—Si ella lo descubre, no querrá casarse con el conde.

—No podemos permitir que el conde reconozca un hijo que no es suyo —la miró con horror.

Juliana se tensó.

—Pero…

—Sé que solo quieres lo mejor para ella, pero Kathe jamás nos perdonaría si maquinamos algo así.

—No me gusta Mountevans —confesó, acongojada.

—Pero es el padre de esa criatura, y tiene derecho a saberlo y elegir.

—Antes prefiero irme con ella a América —dijo con exaltación, y él apretó la mandíbula.

No podía perderlas.

Eran lo más parecido a una familia que había conocido.

—¿Y si nos damos un mes? —propuso con falsa serenidad mientras rodeaba su escritorio para ponerse a su lado—. Es demasiado pronto para decidir nada.

Juliana frunció el ceño, pero al final asintió.

—Está bien, yo…

Evans no la dejó terminar.

La atrajo con suavidad y unió sus labios con hambre contenida.

Llevaban años juntos y la única razón por la que aún no la había desposado era porque Juliana se negaba a encontrar la felicidad antes que su adorada niña.

—¿Te quedas? —preguntó con un hilo de voz, acariciando su figura.

—Freddy…

—Perfecto —susurró, sellando sus labios con otro beso.

Mientras la abrazaba, no pudo evitar preguntarse qué tan malo sería confesarle a Mountevans que Kathe estaba embarazada.

Él… parecía estar verdaderamente enamorado.

***

Kathe se había negado a recibir al conde esa mañana, pero como era de esperarse, Pembroke hizo su voluntad. Entró en su habitación sin permiso, ignorando las súplicas de las criadas.

Al menos Seamus se retiró a primera hora del día y nadie los encontró de infraganti.

—He dicho que no me siento bien —protestó ella, con tono exasperado, frotándose las sienes.

El moreno no pareció inmutarse.

—He venido a informarle que haré público nuestro compromiso.

—¿Qué? —lo miró, horrorizada—. Ni siquiera he aceptado algo así. Yo…

—Son órdenes de la corona. —Su voz era firme, cortante.

Un silencio tenso se cernió sobre ambos.

—Me temo que se requiere su ayuda.

—Pero…

—Si todo sale bien, Su Majestad la recompensará.

¿Compensarla?

Kathe apretó los labios. Ella no necesitaba nada.

Lo único que deseaba era dejar Londres lo antes posible.

—No quiero involucrarme. Es peligroso y...

—Usted es nuestra última esperanza, Katherine —dijo con una sinceridad que la descolocó—. Cada vez aparecen más víctimas. Si no actuamos pronto…

Kathe cerró los ojos un segundo.

—Está bien —accedió al fin.

No sería egoísta. Haría lo que estuviera en sus manos para colaborar… pero había límites.

—Sabía que sería razonable —dijo él con alivio.

—Sin embargo, solo fingiré —aclaró de inmediato, y Pembroke frunció el ceño—. No quiero casarme con usted.

No lo amaba y, por ello mismo, no lo arrastraría consigo.

—Entiendo su negativa —repuso con gravedad—. No nos conocemos en lo absoluto. Sin embargo, mi oferta sigue en pie. Aún puede considerarla.

Pero Kathe ya había tomado una decisión.

No había nada que pensar.

Huir de la nobleza inglesa seguía siendo la opción más sensata.

Capítulo 13

"Es oficial: el conde de Pembroke está comprometido con la mujer que su hermano arruinó
***Sección de chismes aristocráticos de Lady Berricloth**".*

Una semana.

Ese era el tiempo que lord Pembroke había tardado en dar a conocer la noticia de su compromiso y Kathe no quería ni imaginarse todo lo que se estaría hablando en la ciudad.

La descarada señorita Devine acababa de engatusar al conde de Pembroke, el hermano menor de su primer prometido.

Sin embargo, a ella no le importaba lo que Londres pudiera pensar, sino…

«Rechaza a Pembroke. Haré lo correcto, mi amor. Quiero casarme contigo».

Acarició sus sienes, inquieta, y dio un respingo en su lugar cuando Juliana se posicionó junto a ella.

—¿Te sientes mal?, ¿debería llamar al médico?

Kathe se rio.

—Es una simple molestia, últimamente no he podido dormir bien. —Observó el periódico con inquietud y Juliana no tardó mucho en hacerse de él.

Luego la miró con preocupación.

—Si no quieres casarte con él, aún estás a tiempo para anular todo.

No era tan sencillo, esto ya no se trataba de un compromiso, sino de una misión en la que terminó involucrada sin siquiera preverlo.

—Quiero intentarlo —mintió.

—Pero si sale mal, todos hablarán.

—¿Qué más pueden decir? —preguntó con más calma de la que sentía y Juliana regresó a su lugar, inquieta—. Es impresión mía o

estás más nerviosa de lo normal —comentó de pronto y su nana palideció—. ¿Hay algo que quieras comentarme?

—No, nada en especial.

¿Por qué sentía que le estaba mintiendo?

—Jul…

—Sé que el barón te ha estado visitando durante las noches. —Un escalofrío recorrió su espina dorsal y le dio un sorbo a su taza de té —. Ustedes…

—Sólo viene a dormir conmigo, he intentado detenerlo, pero es bastante obstinado —admitió y la pelinegra asintió.

—¿Lo sigues queriendo?

Tal vez nunca podría olvidarlo.

—¿De verdad debemos hablar de esto? —inquirió con impotencia.

—Su amigo quiere casarse contigo, no creo que tome de buena manera la noticia de su compromiso. Todo ha sido demasiado repentino.

La garganta se le cerró.

Lo último que necesitaba ahora mismo era pensar en las posibles reacciones de Seamus. Ella había sido muy clara en cuanto al tema: no lo perdonaría, ni tampoco aceptaría su propuesta matrimonial.

No quería imponerse ante nadie y sentía que Seamus sólo estaba actuando desde la cordura, el honor y los celos, razones que en un futuro podrían ser motivo de su infelicidad.

—Ya nada importa —musitó finalmente y posó la vista en su plato de comida—. Nunca aceptaré la propuesta de Seamus.

—¿Qué propuesta? —preguntó, exaltada.

—Me pidió matrimonio el día que mis tíos vinieron.

—¿Y por qué no aceptaste? Es el hombre que amas —soltó atropelladamente y Kathe frunció el ceño.

—Creí que no era de tu agrado.

—Será tu esposo, no tiene que gustarme a mí —observó ella, con sabiduría, y su curiosidad incrementó.

—¿Qué tienes? —quiso saber—. Estás actuando de manera muy peculiar, tú…

—Sólo quiero que seas feliz y es evidente que el conde de Pembroke no genera nada en ti —reconoció con congoja, helándole

las entrañas—. Puede que el barón no sea de mi agrado, pero cuando él estaba en tu vida, tú te veías muy feliz.

—Si él me acepta en su vida, no podrá tolerar el escándalo —fue racional—. Lo mejor que puedo hacer por Seamus es alejarme, no quisiera que con el tiempo él lamente sus decisiones —se sinceró y su nana torció los labios, indecisa.

—Yo creo…

Juliana no pudo terminar la oración porque el mayordomo les informó que lady Kilbrenner se encontraba en el recibidor. Con todo lo ocurrido, había olvidado por completo que ese día le entregaría cinco vestidos.

—Que las criadas lleven los vestidos a mi habitación —pidió—. Preparen un nuevo lugar —observó a los lacayos—, lady Kilbrenner comerá con nosotras.

Era mediodía y ella estaba trabajando, lo más probable era que ni siquiera hubiera almorzado. En un principio, la castaña se resistió a su invitación y le informó que podía volver más tarde, pero luego Kathe la persuadió y ella accedió a quedarse.

Como era de esperarse, la joven conversó animadamente con Juliana, hablando de más libros de los que Kathe había leído en toda su vida, y se preguntó si ahora que trabajaba para Madame Gale, ella tenía el tiempo necesario para disfrutar de una buena lectura.

El almuerzo finalizó entre risas y comentarios animados, y Juliana se excusó con ellas porque todo parecía indicar que tenía un compromiso del cual Kathe no sabía absolutamente nada.

La vio marcharse en silencio y finalmente se retiró con Harriet a su habitación.

—Tu nana es muy buena —comentó ella, sonriente, y Kathe asintió.

—Eligió ser mi madre, es lo mejor que me pasó en la vida —reconoció y vio como Harriet tendía los vestidos sobre la cama.

—Me gustaría que te los pruebes.

—Seguro me quedan perfectos —hizo un gesto con la mano y se acercó a su retículo—. Mejor hablemos un poco. —Se acercó a ella y le entregó una libra—. Gracias por tu esfuerzo.

—Muchas gracias —le sonrió abiertamente, con las mejillas ruborizadas por la emoción, y Kathe tragó con fuerza.

—¿Leíste la última noticia de lady Berricloth? —le indicó los divanes que estaban junto a la ventana.

—No, normalmente debo ir al taller para que alguien me preste su periódico —admitió.

—Pembroke y yo nos comprometimos —musitó con pesar.

—¿No es esa una buena noticia? —la miró con desconcierto—. El conde…

—Es una gran oportunidad, pero no lo amo.

Harriet se cruzó de brazos, pensativa.

—¿Y él la quiere?

—Estoy segura de que no —admitió—, pero incluso así, me ha hecho varias promesas alentadoras.

—Puede elegir —respondió con sencillez, captando su atención—. No necesita de un hombre para vivir bien, usted es rica —observó con sabiduría—. Pero quizá quiere una familia y esté buscando un hombre adecuado para ser el padre de sus hijos.

—El dinero no lo es todo en la vida —musitó.

—Bueno… —ella se removió en su lugar, inquieta—. Creo que piensa de esa manera porque siempre lo ha tenido todo a su alcance.

La miró con interés.

—¿Tú qué harías si estuvieras en mi lugar?

Harriet meditó su respuesta y finalmente suspiró.

—Me compraría una pequeña casa en el campo, plantaría un hermoso jardín y me dedicaría a escribir.

—¿Escribir? —posó la vista en los vestidos—. ¿No te gusta la confección? Eres muy buena en lo que haces.

—La confección me da dinero, pero la escritura me da paz.

Kathe se tensó.

Nunca se había dado cuenta del gran poder y todos los privilegios que tener dinero le brindaba. Quizá no era respetable, pero su fortuna hizo que nunca tuviera que rogar por atención, amor o generosidad. Podía elegir, y quizá por eso siempre se iba sin decir más que un adiós.

—¿Por qué tu esposo no te quiere? —preguntó sin tapujos, y ella se tensó—. Yo… te ves como el tipo de mujer que cualquier hombre querría a su lado.

Era hermosa, delicada, inteligente y bondadosa.

¿Qué era lo que lord Kilbrenner repudiaba de ella que la tenía… así?

—Bueno… —Harriet jugueteó con sus manos, nerviosa—. Solía pensar de esa manera, pero todo indica que no sabemos nada de los hombres. Lord Kilbrenner me detesta y ahora entiendo un poco más sus razones: no lo dejé elegir.

—Según lady Berricloth empezó a ser más civilizado contigo —comentó y su mueca le advirtió que la chismosa más grande de Londres estaba perdiendo su don.

—Lo cierto es que no veo la hora de que nuestro matrimonio se anule.

¿Una anulación?

Eso quería decir que ella… ¿seguía siendo pura?

—Eso te arruinaría —espetó con voz tensa, imaginando lo difícil que sería para ella recuperar su reputación si su matrimonio se anulaba.

—Existen ruinas que pueden brindarnos mucha paz —reconoció con esperanza y luego sonrió—. ¿Se ha reunido con sus amigas? —Kathe enarcó una ceja—. Son las mujeres más escandalosas de Londres, pero le aseguro que las más envidiadas.

—¿Por qué lo dices? —frunció el ceño.

—Porque sólo hace falta ver sus sonrisas y cómo sus esposos las miran: ellas sí pudieron encontrar el amor.

—Pero…

—No las conozco, pero le aseguro que la ruina social es el menor de sus problemas.

¿Sería verdad?

«Sólo lo sabrás si te reúnes con ellas».

Quizá era hora de salir de su burbuja y empezar a enfrentar la realidad.

Harriet se marchó tres horas más tarde y Kathe esperó el regreso de Juliana con impaciencia. Sólo había un lugar donde ella podía

quedarse horas, por lo que ni bien llegó, interceptó su camino.

—¿Fuiste a ver al señor Evans?

¿Por qué se reunieron sin ella? ¿Podría ser que sus tíos estén tramando algo?

—Sí —respondió secamente.

—¿Y de qué hablaron? —puso las manos en jarras—, ¿por qué siento que me esconden algo?

—Sólo me comentó que tu tío fue a buscarlo, está desesperado por conseguir dinero para la boda de Sarah.

—¿Buscó a Evans y no a mí? —se acarició el mentón, pensativa.

—No sé cómo pudo pasar, pero recibió una carta de la corona en la cual se le indica que ni él ni su familia pueden acercarse a ti.

Pembroke.

—Ya veo…

—¿Qué opinas al respecto?

Tiempo atrás, habría sentido algo de pena y culpa por la horrible situación de sus tíos, pero ahora todo era diferente.

—No es mi problema. —Juliana esbozó una pequeña sonrisa—. No me quisieron en su vida, por lo que tampoco deberían querer mi dinero.

—Es lo mismo que dije, Evans hizo bien al despacharlo.

Kathe asintió.

—¿Cómo te fue con lady Kilbrenner?

—Bien, la invitaré a comer más seguido —comentó distraídamente y se dirigió a su habitación con Juliana pisándole los talones—. ¿Evans te dijo algo más?

—Cosas sin importancia.

¿Haría bien en creerle?

***

Decir que se sentía furioso era poco para describir la ira que sentía en el pecho. No obstante, trabajo era trabajo y Seamus estaba obligado a fingir demencia mientras conversaba con sus

amigos, puesto que, por el momento, él no era nadie para reclamarle nada a Jackson.

¿En qué diantres estuvo pensando Kathe al aceptar la propuesta de Jackson?

¡Le había pedido que lo rechazara!

—¿Estás seguro de que es aquí? —arrastró sus palabras, observando la modesta casa frente a ellos con interés.

—Sí, la seguí por días —musitó Andrew—. Estoy seguro de que es una víctima fácil, vive sola y ha estado frecuentando a la señorita Devine.

Jackson decidió ahorrarse sus palabras y avanzó hacia la propiedad para llamar a la puerta. Era tarde, una hora poco adecuada para visitar a una mujer, pero… quizá, sólo quizá, le estaban haciendo un favor a dicha fémina al estar ahí.

Si las sospechas de Andrew eran ciertas, Lionel no se atrevería a dar un paso en falso.

—¿Sí? —la voz sonó suave y temblorosa desde el otro lado de la puerta.

Seamus hizo una mueca.

Era imposible no sentir remordimiento y pena por esa fémina. Hubo una época en que la misma Eugenia vivió así: escondida de todo hombre que quisiera hacerle daño.

—Abra la puerta, necesitamos hablar con usted —espetó Jackson, confiado, pero no hubo una respuesta—. Mi nombre es Jackson Sterling, soy el conde de Pembroke.

La mujer debía estar aterrorizada, puesto que seguía sin abrir.

Jackson iba a tocar de nuevo, pero entonces un carruaje se detuvo en la calzada y, antes de que el cochero pudiera bajar para abrirle la puerta al recién llegado, esta se abrió con violencia y un hombre bajó del vehículo.

Seamus cuadró los hombros.

—¿Puedo saber por qué llaman a la puerta de mi casa a esta hora de la noche? —inquirió el castaño con voz oscura, y fue Jackson quien respondió.

—¿Usted vive aquí, lord Kilbrenner? —la tensión se cernió sobre ellos—. Porque, según tengo entendido, su esposa es la única

habitante de esta casa.

El castaño de cabellera rizada apretó la mandíbula.

—¿Qué diablos quieren?

—¿Nos invita a pasar? —sonrió Andrew con frialdad.

El hombre los pasó de largo para tocar la puerta.

—Vuelva mañana, ahora…

—Abre la puerta, vienen conmigo —espetó Kilbrenner con voz neutral, y la puerta de la casa se abrió con lentitud, dejando ver a una delicada y muy pálida mujer.

Andrew no se equivocó.

Lady Harriet Kilbrenner era el tipo de víctima que Lionel jamás podría pasar por alto.

Pero… ella no parecía muy grande, podría jurar que ni siquiera tenía veinte años.

¿Por qué diantres vivía sola?

Barrió la estancia con la mirada.

La casa estaba amoblada, pero era fría y no había ni un solo empleado.

Lady Kilbrenner los dejó pasar, pero se aferró al brazo de su esposo como si de eso dependiera su vida. Para ser una esposa abandonada, todavía albergaba muchas esperanzas respecto a su verdugo.

Seamus observó al castaño, quien la miró con una mueca, pero no se atrevió a apartarla.

—¿Qué quieren? —sus ojos ambarinos los estudiaron con disgusto.

Jackson iba a hablar, pero Seamus lo sujetó del brazo.

Si Kilbrenner estaba ahí, si él aún se preocupaba por su esposa, ¿no era mejor abordar el tema únicamente con él?

La mujer apenas era una niña. ¿Qué diantres haría ella con ese tipo de información además de morir de miedo?

—¿Podemos hablarlo en su despacho, lord Kilbrenner?

Gracias a los santos, Jackson se dio cuenta de la situación.

—Síganme —espetó el hombre—. Tú, regresa a tu habitación.

Lady Kilbrenner siguió la indicación sin duda alguna, y ellos siguieron al hombre hacia el estudio: una estancia pequeña, pero

acogedora. Los estantes de libros estaban vacíos, pero había unos diez volúmenes, lo que indicaba que la dueña de la casa planeaba llenarlos con el paso del tiempo.

—Sé claro, Pembroke. ¿Por qué diantres están aquí? —exigió saber, una vez que estuvieron solos.

—Antes de ser conde, soy detective.

Kilbrenner asintió.

—Me temo que nuestras investigaciones nos han traído a esta casa porque su esposa podría ser la siguiente víctima del asesino más peligroso de Londres —la tensión en el rostro del hombre fue palpable.

—Pero ¿qué dice? —farfulló, incapaz de creer en sus palabras.

—Nosotros sólo cumplimos con nuestro trabajo y creemos que lo mejor para su esposa es mudarse con alguna de sus hermanas.

—¿De qué asesino habla? —preguntó con enojo.

—Hay más de quince víctimas —espetó Seamus, paciente—, mujeres que un día desaparecieron y, al poco tiempo, fueron encontradas muertas.

—¿Y pensaban decirle eso a mi esposa? —farfulló después de un largo e incómodo silencio.

—Según nuestras investigaciones, ella vive sola —aclaró Jackson —. Nosotros sólo queremos evitar que el número de víctimas siga incrementando.

—¿Están seguros de lo que dicen? —arrastró las palabras.

—En casos así, nada es seguro —Seamus fue sincero—. Pero lady Kilbrenner está muy sola y eso la convierte en presa fácil.

***

Harriet nunca recibía visitas.

La única persona que siempre iba a verla era Archie, su cuñado, pero ahora estaba de viaje —y según tenía entendido, aún faltaba un par de meses para su regreso— y en cuanto a su esposo, era bastante normal que él la visitara los días jueves. No obstante, ¿quiénes eran esos hombres que llamaron a su puerta?

Se suponía que nadie conocía su dirección.

—¡Arg…! —se quejó cuando la aguja se enterró en su dedo y dejó el vestido que estaba bordando sobre su pequeña mesa de trabajo —. Trabajar así es imposible.

La concentración se había ido.

Abandonó su lugar con elegancia y se acercó a la ventana de su habitación con cautela. La zona era tranquila, demasiado para su gusto, pero en las últimas semanas se había dado cuenta de que un hombre siempre caminaba por el lugar.

Esa noche él no había dado señales de vida.

Un hecho bastante extraño.

Se alejó de la ventana al ver cómo el conde de Pembroke y sus amigos abandonaban su casa y cuando giró sobre su eje para ir en busca de Isaac, no llegó a dar un solo paso porque la puerta de su habitación se abrió.

Las piernas le temblaron y en contra de su voluntad, su corazón empezó a bombear con intensidad.

¿Algún día dejaría de quererlo?

Él no la soportaba, nunca era bueno con ella y sus visitas sólo tenían un fin, pero… incluso así, ella siempre lo esperaba con una carta.

No era bueno escuchándola, casi siempre la dejaba con la palabra en la boca, por lo que llegó a la tonta conclusión de que una buena manera de expresarle sus sentimientos era escribiéndole.

—Milord…

—¿Alguna vez hablaste con ellos? —preguntó con frialdad, y ella negó con la cabeza.

—¿Sucedió algo malo?

El silencio se extendió en la estancia. Lo único que se podía escuchar era el crepitar de las llamas, y Harriet se tensó cuando él posó la vista en los vestidos que estaban apilados en la silla.

—¿Madame Gale te sigue explotando? —preguntó con frialdad, pero no recibió una respuesta.

—Hay algo que me gustaría comentarle —se armó de valor; llevaba ensayando ese discurso por días, y él parecía estar dispuesto a escucharla—. ¿No cree que cinco chelines a la semana es mucho?

Él la miró con fijeza.

—Tengo su dinero —se vio obligada a aclarar ante su silencio, y se acercó a la mesa de noche, donde tenía las monedas y la carta que escribió para él. Le entregó ambos—. Pero me está costando reunirlo, yo…

—Debería buscar otro lugar para vivir.

Se tensó.

Esa casa se la cedió Archie. En un principio no tuvo que pagar nada por vivir ahí, pero desde que su esposo regresó a Londres, hace casi dos meses, él le había puesto un par de condiciones para que pudiera quedarse porque la casa no era únicamente de Archie.

—Pero…

—Hay pisos en casas para huéspedes que cobran dos chelines por semana.

—Nadie querrá arrendarme un cuarto. Soy una mujer casada.

—Pues para una casa, te aseguro que pagas muy poco —guardó las monedas en el bolsillo de su pantalón—. Pero sabes, he pensado en venderla. Quiero que te mudes a una casa para huéspedes.

¿Es que no la estaba escuchando?

—Ahí estarás mejor. Hay más personas y…

—Sería un escándalo.

—No te importó el escándalo cuando te colaste en mi carruaje e hiciste hasta lo imposible por atraparme.

Harriet bajó el rostro, apenada.

No había día que no lamentara sus decisiones.

Fue tan egoísta e inmadura que le resultaba simplemente imposible acercarse a sus hermanas por un poco de ayuda. La vergüenza le impedía presentarse ante ellas, pero…

—Usted dijo que pediría la anulación de nuestro matrimonio —logró articular, y dio un paso hacia atrás cuando sus miradas se encontraron—. Ya han pasado dos años. ¿Por qué…?

—Dos años en los que tengo una pésima relación con mis hermanos por tu culpa. Porque para ellos, eres una blanca palomita que no merece nada de esto —elevó la voz.

Harriet se encogió.

—Mi único error fue enamorarme de usted. Nunca he hecho nada para lastimarlo.

Ella… habría dado lo que fuera por hacerlo feliz y darle una familia.

—Tienes cuatro días para largarte de mi casa, ¿me entiendes?

Decir que estaba asustada era poco.

Informarle a Archie sobre la situación sólo traería más problemas entre los hermanos Kilbrenner, y ella era muy consciente de todo el daño que Isaac podría hacerle si le causaba más problemas, por lo que hizo lo más prudente y asintió.

—Bien, entonces me marcho…

Lo sujetó de la manga de su abrigo cuando hizo el ademán de salir de su habitación.

—Aún no me dijo que trajo al conde de Pembroke y sus amigos hasta aquí.

Algo le decía que se trataba de algo sumamente importante, porque ellos no fueron en busca de Isaac, sino de ella.

—Nada importante —se zafó de su agarre—. Hiciste bien al no abrirles la puerta. Sigue así.

***

Seamus sintió cómo la sangre le hervía al ver cómo Isaac Kilbrenner salía de la casa sin su esposa, y miró a Jackson, quien no parecía sorprendido ni afectado.

—¿Sabías que sucedería así?

—¿Cómo iba a saberlo? —preguntó con indiferencia y miró a Andrew—. ¿Te quedas a cargo? Solo debes vigilarla. Si las cosas siguen así, tendré que buscar a la marquesa de Teingham.

Tal vez ir por la hermana mayor de lady Kilbrenner habría sido lo mejor.

Andrew tomó la tarea sin el más mínimo de los problemas y Jackson y Seamus regresaron a Pembroke House para seguir estudiando a las posibles víctimas de Lionel. Sin embargo, él solo tenía una cosa en la cabeza: Kathe.

—Milord… —el mayordomo de Jackson los hizo parar en seco—. Recibió una invitación de la señorita Devine para pasear por Hyde Park el día de mañana.

Cerró las manos en dos puños.

A pesar de todo lo que hablaron, ¿ella elegiría a Jackson?

«Sobre mi cadáver».

—Confirma mi asistencia y mañana, a primera hora, encarga un arreglo de flores. El más caro.

¿Jackson sería así de considerado si supiera que la mujer que quería como esposa era suya en cuerpo y alma?

Capítulo 14

"¿Pueden creerlo? Con más de treinta mujeres en el mercado matrimonial, lord Pembroke sólo parece tener ojos para la peor de todas sus opciones
***Sección de chismes aristocráticos de Lady Berricloth**".*

¿Sería un buen momento para buscar a sus amigas?

Kathe no podía negar que los consejos de Harriet estaban siendo de mucha ayuda, pero… según tenía entendido, tanto Penelope como Olivia estaban muy felices —pese a que sus matrimonios las habían convertido en las mujeres más escandalosas de Londres—, lo que quería decir que quizá existía un lado de la moneda que ella no estaba logrando descifrar.

—¿Por qué nunca te casaste? —inquirió, con la vista fija en su taza de té. Juliana la buscó con la mirada.

—Alguien debía cuidar de ti.

¿Ella era la causa por la que su nana decidió quedarse soltera?

—¿Nunca quisiste hijos?

—Te tengo a ti.

Su corazón se encogió. ¿Cómo pudo tardar tanto en darle su lugar?

—Pero… ¿alguna vez te enamoraste?

—Claro que sí —sonrió abiertamente—. Sin embargo, si quería cuidar de ti, lo mejor era que me mantuviera soltera.

Kathe no pudo emitir palabra alguna. Jamás pensó en todo lo que Juliana perdió por quedarse a su lado, y si lo pensaba bien, ni siquiera le preguntó si quería irse a América.

¿Cómo podía ser tan egoísta?

—¿Todo en orden? —su nana la observó con sabiduría—. ¿Lamentas haber aceptado al conde de Pembroke?

—No lo sé —suspiró, larga y pesadamente—. No puedo dejar de pensar en Seamus. Él…

Lo más probable era que estuviera muy molesto con el giro de los acontecimientos.

—Tal vez debas reunirte con él. —Kathe enarcó una ceja. ¿Su nana estaba abogando por el barón?—. No pienses erróneamente, lo único que quiero es que tomes la decisión correcta.

«¿Y cuál es la decisión correcta?»

Cuando Kathe ingresó a su habitación, supo de inmediato lo que sucedería a continuación, por lo que no se sorprendió ni se quejó cuando Seamus rodeó su brazo y, con un suave tirón, la pegó contra su pecho. Sus brazos la sujetaron con firmeza, dejando claro que recuperar su libertad no sería tan sencillo, y ella se limitó a buscarlo con la mirada.

—No deberías estar aquí.

—¿Qué está pasando? —la desesperación en su voz fue palpable —. Te pedí que lo rechazaras, que no continuaras con esta locura.

—Nunca dije que haría lo que quisieras —aclaró, y contuvo el aliento cuando la mano masculina se enterró en su cabellera en una lenta caricia—. Seamus…

—¿Ya no me amas? —la tensión se apoderó de su cuerpo, y él debió notarlo, porque esbozó una lenta sonrisa—. Bien, esa es la única respuesta que necesito.

Sin previo aviso, sus labios tomaron posesión de los suyos con determinación, y Kathe abrió los ojos con sorpresa. Lo empujó por el pecho, deseando hacerlo entrar en razón, pero sus brazos de hierro le dejaron claro que no obtendría una tregua.

—Mmm… —forcejeó, sin éxito alguno, y cuando se dio cuenta de que no ganaría, lo abrazó por el cuello y lo besó con avidez.

No le debía nada al conde. Ella no era su prometida.

Todo era una farsa.

Una orden de la corona.

El calor se extendió por todas sus extremidades y, por un momento, las rodillas le temblaron. No era normal que su cuerpo tiritara y se sintiera de esa manera. ¿Por qué sentía que pronto se desmayaría?

La presión del corsé dejó de atormentarla, pero a la vez la ayudó a recuperar la cordura.

—No… —apartó el rostro, jadeante, y él regó un camino de besos por su hombro desnudo—. Seamus…

—No te casarás con mi amigo, Kathe —zanjó, dejando que la prenda se arremolinara a sus pies. Luego la tomó en brazos con facilidad y la recostó sobre el mullido colchón—. Está bien, puedes castigarme cuantas veces quieras, pero nunca permitiré que concretes una unión con Pembroke.

—Mi intención nunca fue castigarte —soltó con voz débil, sintiéndose más frágil y vulnerable que nunca. La piel se le erizó cuando él empezó a desnudarse.

Seamus se preparó para abrirse los pantalones, pero todos sus movimientos cesaron sin previo aviso. Kathe se aferró a las sábanas, cubriéndose con la tela con nerviosismo, y no supo qué pensar cuando él se sentó frente a ella con un semblante preocupado.

—¿Es que nunca vas a perdonarme? —acunó su mejilla, y en ese momento se dio cuenta de que estaba llorando, porque fue él quien apartó las lágrimas de sus mejillas—. No te haré daño, mi amor, yo…

—Nunca dejarás de verme como una cualquiera, ¿verdad? —la voz se le quebró.

—¿Qué? —palideció en respuesta.

—Tu amigo me está cortejando y tus intenciones no son nada decentes. —Seamus torció los labios con disgusto, pero no se apartó de la cama—. Vete, por favor. Yo me fui cuando tú me echaste, ¿por qué no puedes hacer lo mismo?

—Porque te amo. —Su corazón empezó a bombear sin control alguno—. Porque mi vida sin ti no es vida, y te necesito a mi lado.

Imposible. Él solo extrañaba sus desenfrenados encuentros.

Seamus jamás podría amar a una mujer como ella.

—Tienes que irte. Yo nunca seré la adecuada para ti.

El rubio rodeó la cama para ocupar el espacio vacío a su lado.

—Descansa. Es evidente que ahora mismo no aceptarás nada de lo que te diga.

Podía ser muy obstinado cuando se lo proponía.

—Seamus…

—Duerme —la instó a recostarse, y se acomodó junto a ella—. Me iré antes de que amanezca. No tienes que preocuparte.

¿Cómo no iba a preocuparse si esa actitud no hacía más que abrumarla?

Su cuerpo cedió ante el cansancio y terminó dormida en cuestión de minutos, mientras Seamus acariciaba su coronilla y miraba un punto fijo en el dosel de la cama. Se negaba a creer que no existía un punto de retorno; debía haber una manera, algún medio para recuperar a la mujer que amaba.

Al diablo con su reputación y la nobleza inglesa.

Ella era todo lo que necesitaba para sentirse feliz.

***

Lionel Sterling, antiguo conde de Pembroke, observó durante largos minutos la casa en la que solía vivir, acoplado a la oscuridad y las sombras, preguntándose qué diantres estaría pretendiendo su hermano.

Jackson nunca se metía en su vida ni tocaba lo que era suyo, pero al parecer ahora le estaba declarando una guerra abierta.

No era imbécil. A estas alturas, su hermano ya debería haberse dado cuenta de todo, por lo que era probable que la persona que lo estaba buscando sin descanso fuera él.

Una sonrisa retorcida se dibujó en su rostro.

Matar hombres no era tan divertido como cuando se trataba de hermosas féminas, pero todo indicaba que no tenía más opción.

El condado de Pembroke volvería a la corona, y él se encargaría de que Katherine Devine recordara quién era su único dueño.

***

Katherine jamás pensó que lady Berricloth se tomaría la molestia de escribir tantas notas referentes a ella. Todo indicaba que no había hecho más que burlarse de cómo el acaudalado conde de Pembroke terminó posando los ojos en la mayor paria social.

No quería ni imaginar lo que escribiría una vez que el compromiso llegara a su fin.

¿Por qué sentía que esta misión no haría más que empeorar su reputación?

Observó al conde de reojo, que paseaba por Hyde Park como si no fuera el encargado de atrapar a un asesino serial.

—¿Está seguro de que no me hundiré socialmente cuando todo esto termine? —inquirió en voz baja, y él le regaló una pequeña sonrisa.

—Hay temas que no se pueden tratar en lugares públicos. —Kathe separó los labios, pero él la interrumpió—. Vamos al carruaje. Tal vez estemos más cómodos en su casa.

Estaba claro que ninguno de los dos estaba disfrutando del paseo.

—Bien.

La misión era sencilla: solo debían dejarse ver juntos para que los rumores comenzaran. Una vez en el salón de té, Kathe pidió unos aperitivos y se sentó junto al hogar. El conde se acomodó frente a ella con movimientos elegantes y tranquilos.

Su autocontrol era simplemente admirable.

—¿Está seguro de que esto funcionará? —fue directa.

No había razón para mostrarse vulnerable; ahora mismo eran dos personas trabajando en equipo.

—Mañana será el evento de fuegos artificiales en los jardines de Vauxhall, y siento que es el lugar perfecto para que él intente algo.

—Porque es de noche y al aire libre —reflexionó, y el conde asintió.

—¿Tiene miedo?

—Claro que tengo miedo —fue sincera—. No es fácil ser el cebo cuando el villano es tan peligroso, pero estamos haciendo esto por un bien mayor.

El moreno acarició su mentón, pensativo.

—Es curioso… no me odia ni me juzga por haberla tratado con tanta crueldad y egoísmo.

—¿Egoísmo? —repitió, preocupada—. Quiere atrapar a su hermano para evitar más víctimas. ¿Dónde está el egoísmo ahí? —ladeó el rostro, consternada.

El conde sonrió.

—Es usted demasiado buena, Katherine —la llamó por su nombre de pila, y ella se rió.

¿Pensaría lo mismo si supiera que fue la amante de su amigo?

No lo entendía. Seamus le había dicho que hablaría con la verdad, pero Pembroke no parecía estar al tanto. Suponía que no la trataría con tanta naturalidad de saberlo.

—¿No le afecta, milord? —preguntó de pronto, desviando el tema con nerviosismo, y él la miró con atención.

—Puedes ser más clara —pidió con amabilidad.

—Lady Berricloth no ha dejado de escribir sobre nosotros y… —El hombre gruñó—. ¿Dije algo malo?

—Odio a esa mujer. Me parece nefasta —admitió con rencor, y ella se tensó.

—¿Por qué?

—Porque es una cobarde. Alguien que lanza la piedra y esconde la mano. Debe ser muy fácil lucrar con el dolor ajeno.

—Veo que le cae muy mal.

Él ni siquiera se molestaba en disimular su rencor.

—El día que la atrape, le juro que no saldrá intacta.

Tragó con fuerza.

No quería estar en los zapatos de lady Berricloth.

Jackson Sterling parecía alguien peligroso.

—Y sobre el qué dirán, todo eso me tiene sin cuidado.

—Pero soy una paria, y cuando todo esto termine…

—Le aseguro que, cuando esto termine, nadie osará lastimarla. Tenemos un acuerdo. Su reputación no volverá a ser la misma una vez que Lionel caiga —zanjó con calma.

—Estuve con su hermano —dijo de sopetón, y él la miró sorprendido—. ¿Nunca le afectó ese hecho?

—Creo que ya se lo he dicho, pero usted es fascinante —admitió, entretenido—. Ninguna mujer se atrevería a decir algo así en voz alta.

Kathe se ruborizó y se removió en su lugar, incómoda.

—Usted dijo que su propuesta matrimonial seguía en pie, lo cual me hace cuestionar muchas cosas sobre el pasado que tuve con su

hermano.

—¿Se enamoró de Lionel?

—Fue mi primer amor —reconoció, y él asintió.

—No la juzgo por nada. Sus motivos para estar con él fueron más dignos que los que yo tuve para estar con otras mujeres. —Lo miró sorprendida, y él le sonrió—. No exigiré algo que no soy ni planeo ser.

—Pero yo…

—Su vida privada no es de mi incumbencia —la interrumpió—. Lo único que le pediré, si algún día decide aceptar mi oferta, es discreción.

Kathe no llegó a comprender la complejidad del asunto, pero cuando el conde se marchó, se reunió con Juliana en el salón de descanso.

—¿Cómo te fue?

—Bien —se limitó a decir.

—Sigue sin gustarte, ¿verdad?

Se volvió hacia su nana, angustiada.

—Es un hombre respetuoso y agradable, pero… no siento nada —admitió, y la mujer le sonrió con ternura—. Además, aún no sabe que estuve con su amigo.

—¿Por qué te preocupas? Aún no se casaron —se limitó a decir, y Kathe evitó mencionar que nunca lo estarían, pues era incapaz de sentir algo más que respeto hacia él.

—Pero todos hablan de nosotros y…

—En la vida todo es muy incierto —musitó con sabiduría, y ella asintió—. ¿Te ves junto a él?, ¿crees que sería un buen padre para tus hijos?

Negó con la cabeza y se dejó caer sobre el sofá, desganada.

—¿Por qué me siento tan enferma? —presionó sus sienes, cansada—. Ser esta Katherine —se señaló— está resultando agotador.

La ausencia de color, el recato absoluto y la contención emocional no le estaban sentando nada bien.

—Mañana será un día especial.

«Para el conde de Pembroke», añadió mentalmente.

¿Qué pensaría Juliana del noble si descubriera que ella era su cebo perfecto para atrapar a un asesino?

Posiblemente lo odiaría con cada fibra de su ser.

—¿Por qué no recuperar parte de tu esencia? —sugirió con ternura, captando su atención—. El otro día te vi observando el vestido naranja que no pudiste estrenar… ¿por qué no lo usas?

Adoraba ese vestido, pero era el que Seamus le había regalado. Era suyo.

Comprendió algo tarde.

Podía usar esa prenda y el collar de diamantes y esmeraldas cuando se le viniera en gana.

—Es de hombros descubiertos y tiene un escote provocador —observó con cautela, temiendo que Juliana hiciera esa observación a última hora, pero su nana asintió.

—Te quedará precioso.

—Bueno… —cuadró los hombros con fingida inocencia—. Puede que eso me haga sentir mejor —abandonó su lugar con cautela, temiendo que ella cambiara de parecer—. Me siento un poco cansada. Me retiraré a mi habitación.

***

Era la primera vez en años que el barón de Mountevans no salía de su habitación a primera hora del día.

Toda su servidumbre lo conocía como un hombre madrugador, pero esa mañana había pedido que nadie lo molestara, y por ende, nadie se atrevió a tocar su puerta.

¿Realmente permitiría que el compromiso de su amigo con la mujer que amaba siguiera avanzando?

La situación lo estaba quemando por dentro.

Se moría de envidia porque nunca tuvo el valor de dar un paseo por Hyde Park con ella, nunca le dio un buen lugar en el teatro… y ahora era cuestión de tiempo para que Jackson comenzara a llevarla a más eventos.

¿Cuánto más pensaba esperar?

¿Sería prudente seguir escondiendo un secreto que se moría por gritar a los cuatro vientos?

Una parte de él sabía que estaba traicionando a Jackson por envidiarlo y odiarlo de esa manera, pero otra… solo deseaba sacarlo del camino y alejarlo de Kathe en el evento que se celebraría mañana.

Sabía que iba a invitarla, y por nada del mundo permitiría que disfrutaran esa noche a solas.

La garganta se le cerró, y se frotó el rostro con cansancio.

¿Qué estarían haciendo ahora mismo?

¿Ella se habría atrevido a besarlo, lo habría invitado a su cama, o…?

La sangre empezó a hervirle y ladeó el rostro, molesto.

Kathe no lo habría hecho.

No podía dejar que los celos lo traicionaran.

Ella lo amaba.

Su cuerpo tiritó al recordar el día que la dejó, cuando ella le confesó sus sentimientos y creyó que él se le declararía.

«Habría sido lo mejor», pensó con amargura.

Desde que la dejó, nada volvió a ser igual.

No importaba cuántas veces regresara a su piso de soltero en busca de la felicidad que alguna vez sintió; sin Kathe allí, no era cálido, ni divertido, ni acogedor.

En otras circunstancias, Seamus se habría sentido furioso, pero esa vez, además de preocupado, estaba bastante entretenido mientras limpiaba el desastre que Kathe había causado en su cocina al intentar prepararle una taza de té.

Dios santo, ¿quién causaba una explosión al prender una caldera?

Se rió por lo bajo y ladeó el rostro, consternado.

—Está listo —espetó ella, que en vez de ayudarlo a limpiar, prefirió seguir con su tarea de preparar el té.

—No sé si quiero beberlo —fue sincero, incorporándose con lentitud.

—¿Qué? —ella se volvió hacia él con los ojos muy abiertos.

Se veía desaliñada y sorprendida, pero incluso así lucía radiante en la bata de seda que solía usar cuando estaba en su piso.

—Mira el desastre que causaste —señaló la cocina—. ¿Qué tal si eso me mata? —miró la taza con recelo.

—Así lo haga —farfulló, sujetando la taza—, tú debes beber todo lo que prepare para ti.

Lo dijo con tal convicción que Seamus no solo aceptó la taza, sino que bebió del contenido ardiente, perdido en el reluciente brillo color cielo de sus ojos.

¿Qué era lo que Kathe tenía que no podía dejar de mirarla ni pensar en ella?

No era una debutante, no era joven, pero incluso así… para él, era perfecta y demasiado atrayente.

—¿Y bien? —preguntó, ilusionada.

Él se rió.

—Es bueno saber que el agua no puede quemarse —bromeó, y cuando ella intentó golpearlo, él le sujetó la muñeca con la mano libre y dejó la taza sobre la pequeña mesa.

—¿Qué dijimos de la violencia? —ronroneó con lujuria, y ella sonrió con diversión.

—Solo está permitida en la cama —lo abrazó por el cuello y lo besó con hambre voraz, despertando cada rincón de su cuerpo.

¿Algún día estaría listo para soltarla?

Sentía que no.

—Maldición, ¿qué tipo de castigo es este? —gruñó con impotencia y salió de su cama de un salto.

La situación era simple: si no hacía algo al respecto, perdería a la mujer que amaba.

***

Kathe no tenía idea de cómo lo hizo, pero claramente había invocado a sus amigas con el pensamiento.

Parpadeó varias veces: Olivia y Penelope estaban en el salón de té de su casa.

—No sé si esté haciendo bien al recibirlas —comentó de pronto, nerviosa—. Su reputación es muy cuestionable —soltó con sorna, y sus amigas la fulminaron con la mirada—. Es broma, me alegra mucho verlas tan bien —admitió, levemente sorprendida, y no tardaron mucho en fundirse en un abrazo.

—Estamos preocupadas por ti, Kathe. ¿Cómo pasó esto? —inquirió Olivia, inquieta—. Sé que tardamos un poco en presentarnos, pero…

—Están lidiando con su propio escándalo. Créanme, las entiendo.

Aunque había tardado un poco en hacerlo.

—Pero eso no importa ahora —espetó Penelope con rapidez—. ¿Qué es lo que está sucediendo?

Kathe forzó una sonrisa.

—¿Realmente te casarás con el conde de Pembroke? —recuperó la palabra Olivia.

—Mejor tomemos asiento —pidió, y las tres se acomodaron en distintos divanes—. ¿Y Lilias?

—Se retiró al campo con lord Aldrich y los duques de Kent. Ambos consideraron que es lo mejor para su hija. Está muy preocupada por ti, pero no pudo convencer a su familia política de cambiar de parecer.

—No pasa nada.

Estaba feliz por Lilias. Al fin estaba donde le correspondía.

Observó las manos enguantadas de sus amigas y no le pasó por alto el brillo de sus hermosos anillos.

—Veo que la vida de casadas las trata muy bien. —Ambas se ruborizaron—. ¿Cómo estuvo tu boda en Escocia, Pen?

—Fue maravillosa.

—¿Y tú, Olivia? Tengo entendido que lord Richmond —el hermano mayor de Penelope— te secuestró el día de tu boda.

—Soy feliz con Augustus, pero aún lamento que Charlotte haya ocupado mi lugar.

—Cierto, ahora tu hermana es la condesa de Warrington —susurró, y Penelope asintió, desganada—. No temas, el conde

maldito se fue de Londres, y eso puede considerarse un golpe de suerte, ¿no crees?

Todo estaría bien… siempre y cuando el conde no embarazara a Charlotte.

—Charlotte está en Rosemoor Hall junto a Arabella. Nosotros nos uniremos a ellas mañana —musitó Pen, inquieta.

Kathe suponía que Arabella Humphrey era el nuevo miembro del club de las solteronas. Después de todos los escándalos que protagonizaron sus hermanos mayores, difícilmente encontraría esposo por el momento.

—Por eso estamos aquí —espetó Olivia—. No queremos irnos sin antes ofrecerte nuestra ayuda.

—¿Ayuda? —frunció el ceño.

—¿El conde te está amenazando? —quiso saber—. ¿Necesitas huir? Puedes venir con nosotros si así lo deseas.

Kathe no pudo evitarlo y soltó una suave carcajada.

—¿Creen que el conde me tiene extorsionada?

Olivia podía ser muy lista cuando se lo proponía.

—No es por nada, Kathe, pero ese hombre es… —la morena no pudo expresarlo y se limitó a hacer una mueca.

—Ni siquiera sé si me casaré con él —admitió, y ambas liberaron un largo suspiro.

—Espero que cambies de parecer —susurró Olivia—. Pembroke es peligroso. Ni siquiera me gusta su trabajo —espetó sin pensar.

Kathe arrugó el entrecejo.

—¿No te gusta su trabajo?

¿No se suponía que el trabajo de Pembroke era un secreto de Estado?

El pánico hizo que Olivia palideciera, y Penelope la miró con interés.

—Es detective, ¿no es así?

La miró con sabiduría; estaba demasiado nerviosa, lo que quería decir que le estaba mintiendo.

—Olivia…

—Yo…

—No quiero mentiras. ¿Qué sabes? —le advirtió con la mirada.

Olivia miró a Penelope de reojo y negó imperceptiblemente con la cabeza.

Ella sabía que Pembroke era espía de la corona.

Y era muy consciente de que todo debía mantenerse en secreto.

Pero… ¿cómo era eso posible?

Si lo pensaba detenidamente, hacía dos semanas Olivia había sido secuestrada por Richmond y Seamus salió de viaje —seguramente junto a Pembroke y Watchmeister—, lo que quería decir que quizá, solo quizá, sus caminos se encontraron y su amiga terminó descubriendo más de lo que debía.

—Entiendo… —musitó finalmente—. No tienes que preocuparte por nada, Olivia. Pembroke es un hombre decente y no pretende lastimarme ni burlarse de mí.

Por cómo iban las cosas con Seamus, era ella quien se estaba burlando del conde, y no se sentía nada orgullosa por eso.

—Solo quiero que sepas que pase lo que pase, nos tienes a nosotras.

Enarcó una ceja.

—¿Tu esposo está de acuerdo con eso?

El duque de Richmond nunca la había tratado con respeto.

—Augustus no es el mismo de antes —musitó Olivia, apenada.

—Eso es evidente. Su reputación está por los suelos —observó, y sus amigas la fulminaron con la mirada—. Está bien, lo siento — torció los labios, inquieta.

Debía controlar sus comentarios.

—¿Pero no les afecta? —curioseó—. Los Humphrey solían ser una de las familias más respetables, y ahora están… —hizo un gesto con la mano—. Se podría decir que nadie los quiere en sus salones de baile por el momento.

Olivia sonrió y Pen asintió, animada.

—Pensé que ese sería un gran problema, que Augustus nunca me perdonaría por ser una de las razones de su ruina social, pero… —su voz fue apagándose—. Somos tan felices —completó con emoción contenida—. Ansiamos vivir tranquilos. Esperamos tantos años para estar juntos que el qué dirán nos tiene sin cuidado.

—¿Y tú, Pen? —observó a la pelinegra con interés.

—Travis es todo lo que necesito para ser feliz —admitió, sonrojada —. Mi deseo es que tanto Charlotte como Arabella encuentren esta felicidad.

Lo que quería decir que el escándalo y las habladurías no les importaban en absoluto.

¿Seamus podría sentir algo así si llegaba a casarse con ella?

—Es una gran noticia —musitó con genuina felicidad.

Sus amigas merecían eso y más.

Sin embargo, su caso era distinto.

«Porque te amo. Porque mi vida sin ti no es vida, y te necesito a mi lado».

Tiempo atrás, esa declaración la habría llenado de alegría.

Pero ¿cómo podría creer en el amor de Seamus después de la humillación que vivió en Bath?

¿Y si se repetía?

¿Y si solo era cuestión de tiempo para que él lamentara cada una de sus decisiones?

—No tienen que preocuparse por mí —recuperó la voz—. Les aseguro que tomaré la decisión correcta —les sonrió abiertamente, incapaz de decirles que esa decisión implicaba su partida definitiva hacia América.

Tenía claro que en Londres… nunca podría ser feliz.

Capítulo 15

"Creo que he sido descuidada al pasar por alto la evidente y, de alguna manera, secreta amistad que comparten el conde de Pembroke, el barón de Mountevans y Watchmeister, el mujeriego más peligroso de la ciudad
Sección de chismes aristocráticos de Lady Berricloth".

Seamus salió de su casa en busca de un consejo y, como era de esperarse, no acudió a Andrew, sino a alguien cuyo tacto fuera más sutil y delicado. Su relación con Eugenia era buena, aunque debía reconocer que no se conocían tanto como quisieran, puesto que ella fue el resultado del desliz de su difunto tío y llegó a su vida poco antes de que la reina le entregara su título de barón.

Cuando le ofreció un trabajo con los hermanos Cumming —quienes dejaron Londres debido al embarazo de Lilias y el peligro que lord Aldrich representaba—, Eugenia aceptó sin reparos. En ese entonces, solo quería ingresos y estaba dispuesta a ser una simple niñera. No obstante, todo indicaba que, después de cuatro años con los Cumming, Ibrahim pudo ver su potencial, y ahora su prima no solo era su mano derecha, sino que tenía su propia oficina en el edificio del castaño.

Ella era la persona encargada de la decoración de las casas que su amigo refaccionaba para revender a un precio más elevado.

—Seamus… —musitó la rubia con sorpresa, dejando sus planos de lado—. No esperaba verte, ¿sucedió algo malo?

Ellos se reunían en ocasiones puntuales. Eugenia era muy cuidadosa a la hora de invadir su espacio, y todo porque siempre se consideró una carga, a pesar de que él nunca la vio de esa manera.

—Veo que sí —añadió tras un largo silencio—. Tu aspecto no es nada bueno.

Se frotó la mejilla. ¿Tan mal se veía?

—Toma asiento —le indicó uno de los sillones de su escritorio, y él estudió su oficina con interés.

—Es un lugar bonito, lo hiciste bastante acogedor.

—Gracias —le sonrió abiertamente—. Ibrahim cree que es un exceso que el piso esté decorado con alfombras persas y que haya tantos floreros por el lugar.

Él sonrió.

Eugenia pronto cumpliría veintiséis años, pero su sonrisa parecía la de una adolescente enamorada.

¿Esta era la vida que siempre quiso?

¿Un trabajo donde fuera valorada, junto a un hombre que supiera reconocer su potencial?

Ese pensamiento lo tensó.

—¿Dónde está él? —arrastró las palabras.

—No lo sé. Últimamente ha estado algo ocupado y no ha requerido de mi presencia —espetó, indiferente a las posibles causas —. ¿Puedes creerlo? Hace un mes no hacía nada sin mí —bromeó, y él tragó con fuerza.

—¿No has pensado que Ibrahim quiere casarse?

Ella se tensó y conectó sus miradas.

—Sí, lo he pensado —reconoció—. Pero me he dado cuenta de que es algo tímido. No creo que se declare por el momento.

Eso era malo.

¿Eugenia creía que Ibrahim quería casarse con ella?

«¿Por qué no? Todos piensan lo mismo», le dijo una voz. Incluso él lo habría creído de no haber sido por la conversación que tuvo con su amigo semanas atrás.

—Tú… ¿quieres casarte con él? —decidió ahondar, y ella se ruborizó.

—Hemos pasado muchas cosas juntos y somos un gran equipo. ¿Por qué no?

—Eugenia, Ibrahim es un hombre que tiene mucho dinero, y sus ambiciones podrían ser…

—He estado ahorrando —le cortó con disgusto—. No es una gran fortuna, pero tengo dos mil quinientas libras.

Eso era mucho dinero, pero Ibrahim quería más que dinero.

—Mañana tengo un evento en Vauxhall, ¿por qué no vienes conmigo?

Era momento de presentarle a más hombres, aunque no quería que Andrew posara sus ojos libertinos en la rubia. Ella era demasiado inocente, y si pronto recibía una desilusión amorosa, eso la convertiría en una presa fácil.

—No puedo. Ibrahim me dijo que saldremos de viaje para visitar a Lilias en Kent.

Se estaba involucrando mucho con los hermanos Cumming, y eso ya no parecía prudente. Ella no era parte de esa familia y, al parecer, nunca lo sería, por lo que Ibrahim estaba actuando de manera muy egoísta al seguir involucrándola.

¿Qué hombre llevaba a su mano derecha a un viaje familiar?

Conocía a Ibrahim, y se sentía un tanto idiota por haber creído que tarde o temprano aceptaría a su prima como esposa. Para el escocés, que estaba lleno de traumas del pasado, su prima no era más que una linda empleada.

—¿Por qué no me dices a qué viniste? —Eugenia le recordó la razón que lo trajo hasta ese lugar, y él se removió en su asiento, nervioso—. ¿Todo en orden con Katherine?

—¿Por qué siempre me preguntas por ella?

Eugenia lo miró con fijeza.

«Si Ibrahim lo sabe, ella también», pensó finalmente, y negó con la cabeza.

—Cometí el terrible error de dejarla y…

—Y ahora el conde de Pembroke quiere casarse con ella.

Seamus asintió, cabizbajo.

—Le pedí que lo rechazara, incluso le pedí matrimonio, pero ella… no me quiere en su vida.

—¿Por qué la dejaste? —lo miró con interés—. Te veías muy feliz junto a ella.

—Porque cada vez quería más y más —reconoció, y se reclinó en su lugar, pensativo—. En ese momento solo podía pensar en su reputación y lo escandaloso que sería relacionarme con ella.

—Fuiste prejuicioso —concluyó, y la piel se le erizó—. ¿Tú conociste al hombre que la arruinó?

—Era un ser despreciable —admitió con rencor, dado que era el mismo que estaba matando a muchas mujeres actualmente.

—Se enamoró del equivocado y cometió el terrible error de confiar —acotó con sabiduría—. ¿Crees que merece ser juzgada tan duramente?

—Pero estaba soltera. Ella debía esperar y…

—Tú tampoco fuiste muy decente al pedirle una aventura —se tensó, y por un momento no supo qué responder—. Se supone que tus límites llegan a las viudas, no a las solteronas que, al igual que una debutante, deberían ser intocables para ti.

—No sé qué me pasó —alborotó su cabellera—. Yo… cuando la vi en Diamantes, solo empecé a seguirla y esperé la oportunidad perfecta para acercarme.

Porque sí, su relación con Kathe no empezó por casualidad.

Él la estudió por semanas antes de acercarse a ella y descubrir que era un ser despiadado en el juego, lo cual la convirtió en una mujer aún más fascinante.

Esa mujer era todo lo que Seamus había estado evadiendo por años, pero incluso así, le resultaba imposible apartar los ojos de su hermoso perfil y de la risa que soltaba cada vez que las cartas salían a su favor y humillaba a sus contrincantes.

—¿Estás aquí por mi hermana o por alguien en especial? —inquirió Ibrahim, dándole un sorbo a su copa de coñac mientras vigilaba a su secretaria de soslayo.

—Tu hermana es una mujer casada —siseó.

—No parecía importarte hace unos meses.

—¿Eso crees? —lo miró, ofendido—. Claro que me importaba, pero en ese momento ella pensaba divorciarse, ¿lo olvidas?

—Aldrich la dejó.

—Él volverá.

Randall Aldrich había dejado a Lilias en Londres por amor, no porque no la quisiera.

—Si tanto te disgusta venir al club, solo dile que no sería bien visto que tu mano derecha sea un miembro.

—¿Crees que no lo intenté? —siseó su amigo—. Eugenia puede ser un dolor de cabeza cuando se lo propone.

La sonrisa de Seamus creció.

—¿Vivir con tu secretaria te genera problemas?

¿Cuánto tiempo más pensaba engañarse?

Él no dejó que Eugenia se fuera con Lilias porque su vida sin ella sería miserable.

—Todo es culpa de Lilias. Cada vez que mi hermana se mete, Eugenia simplemente se convierte en otra mujer.

—Suenas como un esposo celoso —bromeó, y su amigo se tensó.

—Y tú te ves como un animal hambriento cada vez que te le quedas mirando a la señorita Devine.

No le sorprendía que lo hubiera descubierto. Se conocían desde su adolescencia y, por ende, eran muy buenos amigos.

—Es guapa —simuló indiferencia.

—¿Solo guapa? —decidió fastidiarlo—. Su cuerpo es…

—¿Eugenia acaba de irse al salón de baile? —preguntó con fingida sorpresa, y ese simple comentario fue suficiente para que Ibrahim lo dejara atrás, brindándole la oportunidad perfecta para acercarse a la mesa de juego donde se encontraba Devine.

Todos se habían ido.

Nadie quería perder ante ella.

—¿Aún no empezará la partida? —preguntó al lacayo, y pudo sentir sus ojos color cielo posarse en él.

—Bueno…

—Juegue conmigo —habló la rubia, indicándole el asiento que tenía en frente—. Últimamente, las mujeres del club temen hacer sus apuestas —aleteó sus pestañas, entretenida, y la garganta se le cerró.

Ella… desprendía un aura llena de confianza y amabilidad.

Era encantadora.

—¿Miedo? —esbozó una arrogante sonrisa, captando su atención —. ¿De usted?

Devine enarcó una ceja, divertida.

—¿Yo dije eso? —cuestionó.

—No estoy seguro —le hizo una seña al lacayo para que repartiera las cartas—. Sin embargo, me veo en la obligación de informarle que no me gusta perder.

—No me diga —en esta ocasión, su sonrisa se marchó y lo observó con suspicacia—. Es curioso, porque a mí solo me gusta ganar.

Si por un momento pensó que podría llamar su atención de manera lujuriosa, Seamus fracasó olímpicamente. Porque, a partir de esa noche, él se convirtió en el rival favorito de Kathe.

Un hecho que lo excitó más de lo previsto.

—Ahora que abriste los ojos, tendrás que esforzarte —zanjó Eugenia, autoritaria, y él frunció el ceño—. No es por nada, pero la oferta de un conde es mucho más tentadora que la de un barón.

Apretó la mandíbula.

Kathe jamás se dejaría llevar por un título.

—Yo…

Un suave toque en la puerta hizo que el silencio se extendiera por la estancia, y no le pasó por alto la tensión que se cernió sobre los hombros de la rubia.

—¿Todo bien?

—No —siseó—. En el último mes, Ibrahim me ha dejado una tarea algo nefasta —farfulló. La puerta de la oficina se abrió.

—Lo siento, señorita Armitage —musitó el portero, un joven delgaducho y tímido—, pero…

Seamus abandonó su asiento al ver cómo un hombre de espalda ancha, altura impresionante y musculatura escandalosa empujaba al pequeño portero y se adentraba en la estancia con total confianza.

—Vaya, muchacha, cada día te veo más bonita.

Seamus achicó los ojos, receloso.

¿Por qué Killian Cumming le sonreía con tanta confianza a su prima?

—Señor Cumming, estoy segura de que Brodie le informó que Ibrahim no se encuentra en la empresa —respondió Eugenia con elegancia, abandonando su lugar con más seguridad de la que realmente tenía—. Si tiene un mensaje para él…

—Lo esperaré.

—¿Qué es lo que quieres, Killian? —siseó Seamus, recordando muy bien al pelinegro. Los ojos color cielo se posaron en él con diversión.

—Oh, Armitage, casi no te reconozco —espetó con desinterés—. ¿Tú también viniste a buscar a Ibrahim?

Para ser el hijo de las personas que mataron a los padres de sus amigos, se movía y actuaba con mucha serenidad.

Ahora entendía por qué su amigo no quería verlo ni en pintura; Killian actuaba como si no existiera un horrible pasado entre ellos.

—No. Vine a ver a mi prima.

En ese momento, el escocés lo observó con más atención y luego se centró en Eugenia, a quien le guiñó un ojo con picardía.

—No te preocupes, muchacha. Tú eres la linda de la familia.

Era un idiota.

Observó a su prima de reojo y se relajó al notar su incomodidad.

Ella no estaba cediendo ante los encantos del apuesto y peligroso escocés, y por mucho que Killian lo intentara, su prima no se veía nada cómoda con su presencia.

¿Por qué diablos Ibrahim le dejaba una tarea tan insoportable?

¡No existía persona en el mundo capaz de soportar a Killian Cumming!

—No puedo atenderlo ahora mismo, señor Cumming…

—Está bien —espetó Killian, tranquilo—. Si no puedo quedarme en tu oficina, pasearé por la empresa —salió de la estancia, provocando un gran pánico en Eugenia.

—Lo siento, Seamus, pero debo seguirlo —rodeó su escritorio—. Ese hombre está fuera de sus cabales. ¿Cómo puede ser tan salvaje? Ibrahim es totalmente diferente.

Eso se debía a que Ibrahim tuvo que formarse para caerle bien a la sociedad inglesa. En cambio, Killian… él era escocés al cien por ciento.

—No te fíes de él —pidió en voz baja, y su prima asintió, aunque no se quedó a charlar.

Todo indicaba que, mientras Ibrahim buscaba a su futura esposa a escondidas, Eugenia debía distraer a su nefasto y muy odiado

primo.

La idea no le gustaba en lo más mínimo.

¿Sería prudente dejar que Killian y Eugenia estuvieran tan cerca?

Después de todo, conocía al pelinegro, y no parecía en lo absoluto interesado en reunirse con Ibrahim.

Seamus llegó a la casa de Jackson a las cinco de la tarde, y no le sorprendió ver a Andrew allí. Cuando se trataba de trabajo, su amigo era más responsable que cualquiera.

—Lamento la demora —gruñó con disgusto, clavando la vista en el hombre que quería quitarle a su mujer—. ¿Hay avances? —se acercó al escritorio, observando todo el papeleo, y Jackson se rió sin humor alguno.

—¿Nos vemos como personas que hicieron avances en su investigación?

Al parecer, no era el único de mal humor.

—¿Por qué no buscas a Blackwood? Quizá pueda darte algo de información.

—Lionel no se queda en un lugar por mucho tiempo. Ahora mismo, nadie sabe dónde está.

—Necesitamos ponerle una trampa —espetó Andrew, pensativo—. ¿Creen que realmente intentará atacar a lady Kilbrenner?

Ni siquiera estaban seguros de si ella sería la siguiente.

—Sería más interesante saber por qué lo hace —musitó, inquieto.

Jackson alborotó su corta cabellera. No le sentaba nada bien aceptar en voz alta que su hermano era un demente sin escrúpulos.

—No lo sé, no sé nada, y eso me enerva —admitió, dejándose caer en su asiento, cansado—. ¿Podrán asistir al evento de mañana?

Seamus cuadró los hombros y miró a Andrew en busca de ayuda.

—La última vez que nos autoinvitamos al teatro, te enojaste. ¿Por qué nos quieres en tu reunión ahora? —indagó su amigo, y Seamus se acercó al escritorio para tomar un documento y fingir que lo leía.

—Las cosas con la señorita Devine están marchando a la perfección. Me gustaría que la conozcan más, porque solo es cuestión de tiempo para que me case con ella. —Su corazón empezó a bombear sin control, y las rodillas le temblaron—. La haré mi condesa antes de que la temporada termine.

Andrew no emitió palabra alguna, pero sus ojos se posaron en él con tanta intensidad que Seamus dejó de fingir y bajó la hoja para aclarar sus ideas.

—¿Por qué ella?

No pudo callar, y eso hizo que Jackson lo mirara con atención.

—Además de todas las razones que ya conocen, es evidente que su belleza no me disgusta en lo absoluto.

—Es una paria —masticó, y Jackson abandonó su lugar con una lentitud peligrosa, haciendo que Seamus se irguiera con valentía—. Piensa en tus hijos, en cómo su reputación podría afectarlos más adelante. Ella…

—Lo que suceda con mis hijos en el futuro no debería ser tu problema —escupió.

—Creo que debemos terminar la conversación —sugirió Andrew, intentando apaciguar los ánimos, pero Seamus lo apartó con un manotazo.

Ya no tenía el control. Solo quería respuestas.

¿Qué era lo que Jackson quería de su mujer?

—Fue la mujer de tu hermano, ¿cómo puedes siquiera considerarla?

En ese momento, los ojos de Jackson lo observaron con suspicacia, y Seamus tuvo la impresión de haber cometido un terrible error.

—Ella me dijo exactamente lo mismo esta mañana —apretó la mandíbula—. Ustedes tuvieron algo.

No era una pregunta, sino una afirmación.

La garganta se le cerró.

¿Qué caso tenía negarlo?

—Yo la vi primero —determinó con frialdad, y lejos de enojarse, el pelinegro soltó una risa gélida.

—Si quieres que una mujer sea únicamente para ti, no basta con solo verla primero, Seamus —dijo con cinismo, y ahora fue él quien lo miró con suspicacia.

—Siempre lo supiste, ¿verdad?

—Les dije que me sentía responsable de ella. No me pareció justo lo que Lionel le hizo.

En ese momento, la cordura lo abandonó.

—Incluso sabiendo que es mía, ¡¿quieres casarte con ella?! —explotó, y Andrew lo sujetó de los brazos para evitar que se abalanzara sobre el conde.

—¿Tuya? —preguntó con una sonrisa despectiva—. No vi ningún anillo en su dedo, y ella nunca me mencionó a ningún hombre.

Esto tenía que ser una maldita broma.

¿Jackson nunca dejaría de verlos como peones en su tablero de ajedrez?

—Ella me ama a mí.

—Pero se casará conmigo —se cruzó de brazos con suficiencia, y Seamus gruñó, pero Andrew no le permitió llegar muy lejos.

—No hay razón para llevar esto a los golpes, Seamus —farfulló su amigo.

—Me haré a un lado si pides su mano en matrimonio, consigues una licencia especial y la haces tu esposa en menos de dos semanas —espetó Jackson, indiferente. Seamus se tensó. El conde enarcó una ceja—. ¿No quieres casarte con ella?

Él… no lo entendía.

¿Qué diablos quería Jackson de Kathe, que nada de esto parecía afectarle?

Claro que quería casarse con ella, pero ¿cómo lo haría si ella no quería aceptarlo?

—Mi objetivo es restaurar su honor —se vio obligado a decir su amigo—. Si te sientes capaz de casarte con ella, te dejaré el camino libre. Pero si no es así, no nos estorbes.

Intentó salir del despacho, pero Seamus no pudo callar.

—Ella se acostó conmigo durante meses, ¿de verdad no te importa?

El moreno giró sobre su eje, y Seamus se tensó al encontrarse con su mirada.

—Si no me importó que fuera la mujer de mi hermano, ¿por qué me importaría lo demás? —se marchó.

En pocas palabras, Jackson no pensaba retirar su oferta.

—¡Maldita sea! —rugió, liberándose del agarre de su amigo, y golpeó el escritorio con ira.

—Tienes que decidir, Seamus —susurró Andrew, nervioso.

—¿Crees que no lo hice? —bramó, frustrado—. La elegí a ella. Estoy dispuesto a perder el honor que gané en los últimos años por esa mujer, pero… Kathe ya no me quiere —confesó con un hilo de voz, angustiado.

¿Cómo diablos se suponía que debía seguir ahora que todo Londres sabía que estaba comprometida con su mejor amigo?

Capítulo 16

"Tenemos a un asesino suelto y la guardia real no está haciendo un buen trabajo a la hora de atraparlo
***Sección de chismes aristocráticos de Lady Berricloth**".*

Katherine hubiera preferido que, en esta ocasión, su nana se quedara en casa, lejos del peligro que podría avecinarse a lo largo de la noche. No obstante, si quería verse como una mujer decente, lo mínimo que debía hacer era asistir al evento de Vauxhall con la supervisión de Juliana.

Metió la pequeña pistola —esa que Evans le indicó que siempre podía ser de ayuda durante un viaje— en el bolsillo de su falda y se miró al espejo por última vez.

—Te eché de menos —sonrió con nostalgia.

Ante ella estaba esa Kathe que adoraba los colores, que no tenía reparo alguno a la hora de mostrar su piel y era capaz de brillar más que nadie. El vestido naranja era una pieza exquisita; debía admitir que el gusto de Seamus era muy bueno. Sin embargo… acarició el collar de diamantes y esmeraldas.

¿Sería prudente utilizar una joya tan llamativa?

O peor aún… ¿sería prudente ir a una cita con el conde ataviada con los regalos de su antiguo amante?

«Es una buena manera de dejarlo ir, y tu cita es una farsa», le dijo una voz, recordándole que no le debía lealtad a nadie, y tragó con fuerza.

No había marcha atrás. No pensaba cambiar su aspecto y esperaba que el conde no se percatara del gran cambio que su vestimenta presentaría esa noche. No había vestido de manga larga ni escote cerrado: esa noche ella quería llamar la atención.

Cuando se reunió con el conde y Juliana, la sorpresa en el rostro del hombre fue palpable. Por primera vez, Kathe pudo percibir esa inquietud que siempre provocaba en los hombres.

—Se ve hermosa esta noche, querida —reconoció él con aspereza, y besó su mano con elegancia, reteniéndola más tiempo del esperado.

—Muchas gracias, milord —envió un bucle dorado tras su oreja para liberar su mano del cautiverio.

Era evidente que casarse con Pembroke nunca sería una opción.

Su cercanía, su toque, incluso la intensidad de su mirada la incomodaban.

Él… le agradaba, mas no le gustaba.

—¿Nos vamos?

Juliana le sonrió con satisfacción; al parecer, no era la única que extrañó a la antigua Kathe. De camino a los jardines de Vauxhall, el conde les explicó que tendrían su propia pérgola para disfrutar de unos aperitivos mientras el evento iniciaba.

El poder que poseía y su influencia eran evidentes —no se podía esperar menos de un conde—, pero… ella seguía pensando que, junto a cierto barón, habría sentido más felicidad.

Jugueteó con sus manos, inquieta.

¿Qué pensaría Seamus si viera su aspecto ahora mismo?

Le dio todas las herramientas para lucir perfecta ante el hombre que quería casarse con ella.

Él nunca pudo verla con el vestido, ni mucho menos con el collar contra su suave piel.

«Y nunca lo hará», aclaró una voz con disgusto, y ella asintió imperceptiblemente.

Una vez que todo terminara, abandonaría Londres y buscaría un nuevo hogar. Un lugar donde pudiera ser aceptada y la gente dejara de juzgarla tan duramente.

Como era de esperarse, Kathe solo necesitó bajar del carruaje para que una gran cantidad de pares de ojos se posaran en ellos.

Para la sociedad, ella era la caridad del nuevo conde de Pembroke.

—Puede que mi comentario suene un poco grosero —espetó él, demandando su atención, y Kathe agradeció que su nana hubiera preferido mantener un poco de distancia—, pero déjeme decirle que así se ve mejor.

Se tensó.

—¿A qué se refiere?

El conde le sonrió.

—No tiene que fingir ser alguien que no es. Los colores oscuros nunca serán su fuerte.

El rubor trepó por sus mejillas.

—Solo traté de verme adecuada para usted —fue sincera, y por primera vez desde que empezaron a tratar, él carcajeó por lo alto.

—Si usted se pareciera a mí, créame que nunca sería la adecuada —se atrevió a decir, y Kathe frunció el ceño.

—¿Por qué? ¿No le gusta la gente testaruda y obstinada? —inquirió, pensativa, y Pembroke ladeó el rostro, consternado.

—Yo solo quiero una esposa obediente, discreta y que pueda darme hijos.

Kathe podía —o más bien intentaría— ser obediente. En cuanto a la discreción, era una mujer decente, pero enamoradiza y apasionada, por lo que suponía que no era un problema: solo lo sería con su futuro esposo. Y al igual que él, quería formar aquello que nunca pudo tener: una familia.

Un momento… ¿por qué estaba considerando sus exigencias?

«Eres débil cuando alguien menciona la palabra "hijos"», le recordó una voz, y ella pasó saliva.

—No pide mucho —bromeó, y ambos rieron por lo bajo.

Pembroke la instó a desviarse del camino y, cuando le indicó cuál sería su pérgola, las piernas le temblaron.

«No puede ser».

¿Es que nunca podría tener una cita con Pembroke sin sus amigos de por medio?

—Tuve que invitarlos. Son mi círculo social más cercano y confiable —explicó en voz baja, y Kathe forzó una sonrisa.

¿Por qué sentía que esa noche las cosas no harían más que complicarse?

Seamus cuadró los hombros cuando sus miradas se encontraron, y Kathe rezó en silencio para que el hombre guardara la compostura. No le pasó por alto cómo sus ojos verdes se oscurecieron, su mandíbula se tensó y sus manos se cerraron en dos puños.

Él estaba furioso.

***

Tarareando una suave canción, Harriet sonrió con satisfacción al terminar de confeccionar el último vestido de la señorita Devine. No había sido un trabajo sencillo; su cuerpo estaba realmente agotado y tenía las manos magulladas por todos los pinchazos que se hizo los días anteriores, pero al menos lo había logrado.

Guardó las prendas en tres cajas, estiró los brazos con alivio y se frotó la espalda baja, exhausta.

¿Qué hora sería?

Su estómago rugió y torció los labios con disgusto. Se había esforzado tanto en terminar esos vestidos que no fue por pan, ni llenó su alacena, y ya era demasiado tarde como para pretender ir de compras.

—Mañana será —suspiró, clavando la vista en el fuego de la chimenea—. Iré por carbón.

Si no alimentaba el fuego, su habitación se quedaría en penumbras a mitad de la noche.

Ingresó a la cocina con su linterna a gas, y cuando abrió la gaveta donde solía guardar el carbón, frunció el ceño.

Extraño… ¿por qué tenía la sensación de que cada vez tenía menos carbón?

Sujetó el balde de metal y lo llenó en silencio, determinando que mañana sería un buen día para visitar las casas para huéspedes. Había un edificio cerca de la tienda de Madame Gale; si todo salía bien y su solicitud era aceptada, ya no tendría que trabajar desde casa.

Un escalofrío en la nuca hizo que se le erizara la piel. Salió de la cocina con una seguridad inexistente, odiando con creces sentirse tan inquieta. Hizo el ademán de subir las gradas, pero se detuvo en seco al oír un ruido sordo proveniente del estudio.

Se tensó.

No era la ventana.

Ella nunca dejaba nada abierto, por lo que ese ruido no era en absoluto común.

Se aferró a su linterna, sintiendo la imperiosa necesidad de salir huyendo, y… Un firme golpe en la puerta principal hizo que su corazón comenzara a latir sin control. Decidió mantenerse en silencio.

¿Quién podría visitarla a esa hora?

Ella…

—Harriet…

El aire regresó a sus pulmones.

No era en absoluto normal que Isaac la visitara dos veces en la misma semana, pero en un momento como ese, él era más que bienvenido.

Dejó la cubeta en el piso y corrió a abrir la puerta.

—¿Qué tienes? —se adentró en la estancia, ceñudo—. Te ves pálida.

No hizo el ademán de quitarse el abrigo, dado que la estancia estaba fría, y Harriet miró al exterior con recelo antes de cerrar la puerta con preocupación.

—Yo… estoy un poco asustada —admitió, una vez que aseguró todo.

Por un momento pensó que él se burlaría de ella, pero en lugar de eso, la miró con fijeza.

—¿Por qué? —preguntó con dureza.

—Bajé por un poco de carbón —le indicó la cubeta al pie de las escaleras—, y escuché un ruido extraño en el estudio.

Él no se quedó a interrogarla. En lugar de eso, se encaminó hacia la estancia. Harriet lo siguió.

¿Por qué?

No estaba segura. No es que ella pudiera serle de mucha ayuda.

Isaac se adentró en la habitación con más brusquedad de la esperada, y Harriet se tensó al ver que una de las ventanas estaba abierta y azotaba contra la pared una y otra vez debido a la brisa.

—Pero si yo nunca abro esa ventana…

Isaac no le dio respuesta. Antes de cerrarla, estudió la calle con un deje pensativo.

—Milord…

—Dime algo, Harriet —espetó con voz oscura, sin volverse hacia ella—. ¿Has sentido o visto algo diferente por el lugar en las últimas semanas?

Cuando se giró, no se centró en ella, sino en la caja que usó para poner sus libros y pertenencias.

—Es un lugar tranquilo —explicó, inquieta, y bajó la caja de la mesa—. Sin embargo, hace un tiempo apareció un hombre que siempre vaga por las calles durante la noche.

—¿Qué? —sus ojos ambarinos se abrieron con sorpresa.

—Llevo días sin verlo —admitió, pensativa—. ¿Por qué lo pregunta?

Su esposo la observó por largos segundos en silencio, sin emitir palabra, y finalmente suspiró.

—No me siento en condiciones de volver a mi casa. Pasaré la noche aquí.

Harriet se tensó.

—Pero…

—Debido a que hace frío y no tengo la paciencia para calentar una habitación, dormiré en la misma alcoba que tú.

Hace unos años, esa noticia le habría generado mucha ilusión, pero ahora… ella no quería que su esposo estuviera tan cerca.

—Sube a tu alcoba. Yo llevaré un camastro.

Al menos no dormirían en la misma cama.

—Está bien.

Esa no era su casa y él era su marido, por lo que lo único que podía hacer era obedecer.

***

Un hombre sensato no habría asistido a ese evento después de la pelea que se suscitó en el despacho de Jackson la tarde anterior, pero Seamus ya no era un hombre sensato, sino un hombre enamorado y malditamente celoso porque la mujer que amaba lo estaba castigando sin siquiera pretenderlo.

Llevaba el vestido que él había elegido especialmente para ella y en su hermoso cuello reposaba el collar que marcó el fin de su relación y el inicio de esa tortura.

¿Qué?

¿Ella creía que llevando esas prendas podría soltarlo?

¿Acaso no se daba cuenta de que lo único que estaba haciendo era reforzar su decisión?

Iba a luchar.

Y poco le importaba que su contrincante fuera su mejor amigo.

Jackson estaba más animado de lo normal, y no era para menos. Junto a él estaba la mujer más hermosa de Londres, y el hombre lo sabía. Usaba el poco encanto que lo caracterizaba para hacerla reír y ganarse su simpatía.

—Si me permiten, es hora de que me retire —informó Andrew, haciéndolo volver en sí, y Seamus cerró los ojos con fuerza.

Su amigo cuidaba a lady Kilbrenner a partir de las diez de la noche, sin excepción alguna, y aunque estaba preocupado por lo que pudiera pasar entre él y Jackson, más le preocupaba el bienestar de la joven.

Andrew se marchó con cierto recelo de la pérgola y del evento.

—Pero ni siquiera empezó el show de juegos artificiales —musitó Kathe, mirando la espalda del castaño, y la sangre se le congeló cuando Jackson posó una mano sobre la suya.

—Es algo responsable cuando se lo propone.

La tensión en su voz le advirtió que él hubiera preferido que Andrew se quedara.

¿Por qué?

—Ya veo —musitó Kathe, inquieta, y Seamus la miró con fijeza al notar la incomodidad que el contacto le generaba.

No era una mujer ligera.

De serlo, aceptaría el contacto de Jackson sin objeción alguna.

«Claro que no es ligera, ella te aceptó porque te quería», le reprendió una voz, y Seamus dio fin a su cuarta copa de vino.

Esto no podía seguir así.

—He estado pensando que podríamos casarnos en dos semanas —comentó Jackson de pronto, generando una terrible tensión en el

ambiente.

—¿Qué? —Kathe palideció—. Pero…

—Solo piénsalo. La temporada pronto llegará a su fin, y tus tíos podrían resultar un dolor de cabeza. Ellos solo pararán si ven que tienes un esposo.

No era por sus tíos.

Jackson estaba jugando con su paciencia.

—De todas formas, es muy pronto, milord.

Seamus miró a Juliana con agradecimiento. Sabía que no lo hacía por él, pero al menos tenía el coraje de enfrentar al conde.

—¿Por qué retrasar lo inevitable? —insistió Jackson.

Intentó tocarle el cabello, y ella se encogió en su lugar.

—Qué arrogante —logró articular, y eso hizo que su amigo bajara el brazo y se centrara en él—. La señorita Devine no se ve tan cómoda en tu compañía —se atrevió a decir, y su amigo achicó los ojos al tiempo que la rubia palidecía—. ¿Por qué no le preguntas si realmente quiere casarse contigo?

—Disculpe… —ella intentó hablar y Jackson la cortó.

—Ese no es asunto tuyo, Mountevans.

—¿Cómo puedes estar tan seguro? —dejó su copa sobre la mesa con más brusquedad de la requerida.

Juliana lo observó en silencio, analizando la situación con inesperada calma.

—¿Tienes algo que decir? —su amigo lo desafió—. Creo que estás incomodando a mi prometida y…

—Ella no se casará contigo —escupió, y en ese momento ahogó un juramento porque el espectáculo dio inicio, acallándolo en contra de su voluntad—. La señorita Devine y yo…

—¡No! —chilló ella, incorporándose de un salto, tambaleante.

—Katherine. —Cuando Jackson la llamó por su nombre, Seamus supo que esto no podía seguir—. ¿Te sientes bien? —se puso a la par suya y, antes de que él pudiera levantarse, ella sujetó el brazo del conde y lo llevó lejos de la pérgola y de la gente, que lo menos que tenía en cuenta era su discusión.

Seamus apretó las manos con disgusto e hizo el ademán de levantarse para seguirlos.

Jackson debía olvidarse de Katherine; ella nunca sería su condesa.

—¿Qué cree que hace? —inquirió Juliana, tensa, y él la miró con fijeza.

—¿No es evidente? Amo a Katherine y no dejaré que se case con otro hombre.

—¿Entonces usted se casará con ella?

—Sí. —La mujer abrió los ojos con sorpresa—. No me importa cuánto deba rogar y arrastrarme, la convertiré en mi baronesa y le demostraré que a mi lado podrá ser muy feliz.

Al diablo con su reputación y su prestigio. Su vida había sido más que miserable desde que se convirtió en barón, y no fue hasta que Kathe llegó a ella que todo cambió.

Abandonó la pérgola con la intención de unirse a la discusión de la pareja, pero, a pocos metros de distancia, Seamus percibió una extraña sombra que se dirigía a gran velocidad hacia Jackson.

Maldición, Lionel los había encontrado.

—¡Cuidado! —bramó, captando la atención de la pareja. Y a pesar de que corrió tan rápido como pudo, no pudo evitar que el hombre empujara a Katherine y se abalanzara sobre su amigo.

Capítulo 17

"Un gran disturbio y una mujer herida, eso fue lo que nos dejó la noche anterior
***Sección de chismes aristocráticos de Lady Berricloth**".*

Esto parecía una broma de mal gusto.

¿Qué diablos acababa de suceder? ¿En qué momento Seamus decidió que lo más prudente sería comportarse como un idiota?

Y en cuanto al conde…

—¿Qué cree que está haciendo? —farfulló con furia, liberando el brazo de Pembroke cuando se encontraron a una distancia razonable de los ojos curiosos—. Creí haber sido bastante clara con usted: no aceptaré su oferta matrimonial.

—Sólo estoy cumpliendo con mi rol, querida —sonrió con cinismo —. No olvide que, por el momento, aún puede elegir. Pero si la reina escucha mi petición, así como la obligó a formar parte de esta misión, la obligará a convertirse en mi esposa.

La sangre se le congeló.

—¿Por qué? ¿Qué es lo que quiere? Yo no le gusto.

—¿Está segura de eso? —se atrevió a desafiarla, y ella cerró las manos en dos puños.

—¿No preguntará nada? —miró la pérgola de reojo; Juliana y Seamus estaban intercambiando un par de palabras.

—¿Crees que nunca estuve al tanto de tu amorío con Mountevans? —su corazón empezó a bombear sin control alguno—. Soy detective, Katherine. Llevo años vigilando tus pasos, y Seamus no sólo es mi mejor amigo, sino mi colega.

—¿Por eso lo invitó esta noche? —Fue una tonta al no percatarse de ese hecho—. ¿Por qué necesitaría refuerzos?

—Si Lionel aparece, no podré cuidarte y atraparlo al mismo tiempo.

Dios santo, ese hombre era demasiado frío y calculador. A Jackson Sterling no le importaba nadie, él sólo quería completar la misión y atrapar a su hermano.

—¿Por qué nunca lo mencionó? ¿Cómo pudo mostrarse tan tranquilo conociendo mi secreto? —lo observó con rencor, odiaba que le hubiera escondido algo tan importante.

—Porque quería saber hasta dónde llegaría Seamus —confesó sin tapujos, tomándola por sorpresa.

—Usted…

Podría ser… ¿que él nunca hubiera tenido la intención de casarse con ella?

—¡Cuidado!

El grito de Seamus hizo que ambos se pusieran alerta y recordaran por qué estaban ahí, pero antes de que el conde pudiera reaccionar y percatarse del peligro, Kathe sintió un firme golpe en la espalda baja y salió disparada hacia la hierba.

—Ah —gimió, y su cuerpo se encogió por la punzada que atravesó su vientre bajo.

—¡Maldito! —el grito de Lionel retumbó junto a los fuegos artificiales, alterando el ritmo de su respiración.

Pembroke no se equivocó, su hermano estaba vivo.

Su primer amor… ese hombre que siempre fue bondadoso, divertido y comprensible con ella era un asesino.

—¿Qué crees que haces?

Y, al parecer, estaba más loco que nunca.

Kathe se incorporó con sumo cuidado, ignorando por completo el malestar que sentía en el vientre bajo, y se centró en el hombre que estaba encapuchado. Quizá su rostro estaba oculto, pero ella nunca olvidaría el timbre de su voz.

La aparición de Lionel no le sentó nada bien a Pembroke —porque al parecer, en el fondo, el hombre quiso creer que estaba equivocado y su hermano sí estaba muerto, y no matando a mujeres indefensas —, quien se dejó atacar sin oponer resistencia durante los primeros segundos.

—¡Responde! —el puño de Lionel se estampó en el rostro del moreno y Kathe logró recuperar el aliento cuando éste envolvió el

cuello del conde con sus dos manos.

—¡No! —intentó acercarse, pero agradeció en silencio que Seamus llegara a tiempo para apartar a Lionel.

—¿Se encuentra bien, milord? —se arrodilló junto al conde, sin apartar la vista de los hombres que estaban peleando.

Ambos rodaron sobre la hierba, lanzando sus puños sin piedad alguna, y Seamus no demoró nada en quitarse a Lionel de encima e incorporarse con habilidad; pero como el cobarde que era, Lionel le tiró tierra a la cara y eso hizo que el rubio retrocediera, y lanzara un juramento.

—Qué bueno que estés aquí —siseó el hombre, fuera de sus cabales—. Tú también debes morir esta noche. —Sacó una navaja y Pembroke se incorporó con habilidad para embestir a su hermano lejos de Seamus.

El retumbar de los juegos artificiales y los gruñidos masculinos hicieron que las sienes le martillearan y la bilis trepara por su garganta, ¿por qué se sentía tan enferma?

No era un buen momento para indisponerse.

—¡Katherine!

El grito de su nana hizo que la sangre se le congelara y se incorporó con rapidez, apartando la vista de la escena.

—¡No te acerques, nana! —rogó con desespero y una punzada en su vientre bajo la llevó a encogerse en su lugar—. ¿Por qué me duele tanto?

—Kathe… —Seamus la sujetó por los hombros, ayudándola a apoyar las rodillas sobre la hierba, y una lágrima se deslizó por la mejilla femenina—. ¿Qué te sucede?

—¡Suéltala! —bramó Lionel e intentó pasar de largo a su hermano para acercarse a la pareja—. Ella es mía, no permitiré que sigan tocando a mi mujer.

—Sácala de aquí, Seamus —ordenó Pembroke, y Kathe metió una mano al bolsillo de su falda, viendo como su nana corría hacia ellos.

¿Es que Juliana nunca le haría caso?

—Úsala —susurró, entregándole el arma a Seamus, y lo buscó con la mirada.

—¿Cómo… por qué estás armada? —inquirió con aspereza y Kathe sonrió con amargura.

—Sólo ayuda al conde. Por mi culpa estuvo distraído y no vio venir el ataque de su hermano —musitó con voz débil y pronto el espectáculo de fuegos artificiales llegó a su fin, brindando una falsa calma.

Lo último que Kathe llegó a escuchar fue el retumbar del disparo y los gritos de las personas.

El caos acababa de desatarse.

Seamus odió que la gente empezara a alterarse debido al disparo y observó con impotencia cómo Jackson y Lionel se perdían entre los árboles. No obstante, no podía seguirlos.

Él debía llevar a Kathe a un lugar seguro e ir por un doctor.

Sus constantes desmayos y palidez ya no podían ser tomados a la ligera.

¡Ella no estaba bien y él quería saber qué diantres tenía!

—¡Kathe!

Juliana logró alcanzarlo y Seamus tomó a Kathe en brazos con sumo cuidado, como si algo en su interior le estuviera rogando que tuviera mucho cuidado.

—Debemos irnos, ella necesita un doctor.

La pelinegra sollozó y ambos tomaron camino hacia el carruaje, odiando que todo el gentío hubiera perdido el control y ahora mismo fuera el miedo lo que estuviera moviendo a las masas.

Abandonar los jardines no fue fácil y Seamus no pudo emitir palabra alguna hasta que estuvo en su carruaje, lejos de la amenaza que Lionel representaba para Kathe.

No lo entendía, ¿qué acababa de suceder?

¿Por qué Kathe le dijo que ella distrajo a Jackson?

¿Podría ser… que ellos hubieran planeado toda esa locura?

—¿Usted sabía algo? —inquirió Juliana, con lágrimas en los ojos.

—Claro que no —respondió con voz tensa, presionando su agarre contra el cuerpo femenino—. Ella estaba armada, creo que… lo sabía.

Lo que quería decir que el idiota de Jackson la estuvo utilizando como cebo todo este tiempo.

«Lo mataré», pensó con rabia contenida, y presionó el cuerpo de la rubia contra su pecho.

¿En qué estuvo pensando su amigo al arriesgarla de esa manera?

Ella… sólo era una inocente que no tenía un padre ni un esposo que pudiera cuidarla adecuadamente.

—¡Está sangrando! —soltó Juliana con voz quebrada, helándole las entrañas.

—¿Qué? ¿Por qué? —comenzó a inspeccionarla—. ¿Cómo es posible? Lionel ni siquiera llegó a golpearla.

¿Qué diablos estaba pasando?

Ella no estaba herida.

Juliana subió levemente las faldas de Kathe y él pudo ver cómo las medias blancas se teñían de un rojo oscuro.

—Maldición, ¿qué está sucediendo? —gimió con voz rota.

¿De qué le servía ser uno de los mejores espías de la corona si no podía defender a su propia mujer?

—Por favor, milord —la mujer rompió en llanto—, haga que su carruaje acelere. Debemos ir por un doctor. —Su pulso se ralentizó —. Podría jurar que ella está embarazada, y todo esto es mi culpa. De haberle expresado mis dudas, ella nunca se habría puesto en esta situación de peligro.

¿Qué?

¿Existía la posibilidad de que Kathe estuviera embarazada y ella no lo sabía?

Si hasta ese momento Seamus pudo mantener la compostura, esa noticia lo cambió todo.

Esto no se quedaría así.

¡Jackson debía entender que las personas no eran peones en su tablero de ajedrez!

***

Recorriendo la arboleda, con la respiración agitada y el corazón a mil por hora, Jackson se enfocó en la espalda de su hermano, quien, a pesar de haber generado todo un caos en Vauxhall, reía a

carcajadas, como si estuvieran en medio de un juego y no de una persecución.

Su estado era más crítico de lo que había imaginado, y no podía dejar de cuestionarse si aún sería capaz de liberarlo del castigo que lo esperaba.

—¡Debes parar, Lionel!

La risa se extinguió de inmediato, provocando que ahora fuera el latido de su corazón lo que retumbara en sus oídos.

—¡Me las pagarás, Jackson! —rugió como un animal herido—. ¡Nadie toca a mi mujer y sale intacto!

No se equivocó al determinar que Katherine era remotamente importante para él.

—¡Te daré muchos dolores de cabeza! —le gritó finalmente, y la sangre se le congeló cuando lo vio meterse por una intersección—. ¡Esta noche no dormirás tranquilo!

Hizo lo mismo, pero se detuvo en seco al no verlo por ningún lado.

—Maldición —farfulló.

¿Cómo era posible que supiera camuflarse tan bien durante la noche?

Siguió avanzando.

Lo buscó por más de media hora por el terreno, pero cuando se dio cuenta que su hermano no tenía intención alguna de atacarlo —ni de matarlo—, decidió que era momento de retirarse e ir en busca de Katherine.

Lionel había lanzado una amenaza en voz alta, y algo le decía que pensaba cumplirla.

Por eso, lo mejor que podía hacer era custodiar a la rubia.

Tal vez… solo tal vez, cometió un terrible error al usar a la señorita Devine como cebo.

Hoy había hecho un pésimo trabajo a la hora de protegerla.

***

¿Qué tanto estaba sucediendo que el doctor aún no salía?, ¿por qué nadie le decía nada?

Las criadas solo entraban y salían de la habitación de Kathe, ignorándolo como si él no fuera alguien importante.

«En esta casa, no lo eres», aclaró una segunda voz, y enterró el rostro entre las manos.

—¿Qué está pasando, Mountevans? ¿Por qué no me dices nada al respecto? —exigió Evans, que lucía como un padre furioso y alterado.

Él negó lentamente con la cabeza.

Había secretos que, por mucho que quisiera, no podía revelar.

—¿Conoces al hombre que los atacó? —insistió—. ¿Por qué el conde de Pembroke salió tras él y no se quedó con la señorita Devine?

Era una excelente pregunta, pero algo le decía que la respuesta no sería del agrado de ninguno de los dos.

La puerta de la habitación se abrió y ambos hombres dejaron la conversación de lado para acercarse al doctor, que se mostraba más serio de lo normal y los reprendía con la mirada.

—¿Cómo está? ¿Qué fue lo que sucedió? —inquirió Evans, y una llorosa Juliana apareció en su campo de visión.

El aire se atoró en sus pulmones.

—Como me temía, el malestar de la señorita Devine no es únicamente por cansancio —empezó el doctor, y Seamus tragó con fuerza—. Está encinta.

Las piernas le temblaron y comenzó a respirar con dificultad.

Juliana no se equivocó. Kathe estaba embarazada, ella estaba esperando un hijo suyo.

Él… ¿iba a ser papá?

—Pude controlar el sangrado. No hubo un aborto espontáneo, pero necesita descansar y sugiero que mantengamos esta situación en secreto —miró a Juliana de reojo—. Será un verdadero escándalo.

—Es mi prometida —espetó con voz ronca. No permitiría que nadie hiciera falsas afirmaciones ni intentara alejarlo de su familia.

Kathe y él se amaban, y habían creado un lazo que jamás podría romperse.

—Bien, es un alivio —se limitó a decir el doctor.

Cuando Evans lo acompañó al primer piso, Seamus ingresó a la habitación sin dudarlo.

Ella estaba en cama, profundamente dormida.

¿Cómo tomaría la noticia de su embarazo?

Ella quería ser madre, formar su propia familia y sólo era cuestión de tiempo para que su sueño se hiciera realidad.

—Milord… —musitó Juliana a su espalda.

Él se acercó a la cama, se sentó junto a la rubia y sujetó su fría mano con delicadeza.

—De verdad lo siento, Juliana —la llamó por su nombre de pila y una lágrima se deslizó por su mejilla—. De haber sido más valiente, más sincero y menos prejuicioso, nada de esto habría sucedido —posó una mano en el vientre de la rubia—. Amo a Katherine, realmente quiero casarme con ella, y para mí, este bebé no es más que una bendición.

No era una imposición. Lo último que deseaba era que ellas lo vieran de esa manera.

La pelinegra siguió llorando en silencio, pero en esta ocasión se mostró más aliviada.

Estaba claro que, por mucho que expresara su arrepentimiento, ellos seguirían desconfiando de él hasta que demostrara lo contrario.

Evans no tardó en ingresar a la habitación para consolarla. Todo parecía indicar que, ante él, estaban las personas que habían elegido ser los padres de Kathe.

Acarició su mejilla.

Al final, después de todo, no se equivocó al determinar que nunca podrían separarse.

«Pude controlar el sangrado. No hubo un aborto espontáneo, pero ella necesita descansar».

Las palabras del doctor retumbaron en su cabeza y se cuestionó si no sería mejor salir de Londres.

Con Lionel cerca, Kathe y su bebé jamás estarían a salvo.

—Tenemos que hablar, Mountevans —musitó finalmente Evans.

—No quiero dejarla sola —reconoció.

—Juliana se quedará a su lado. Es un tema que no podemos pasar por alto.

En contra de su voluntad, soltó la delicada mano con suavidad. Siguió a Evans hacia el despacho de la casa y, una vez que estuvieron solos, su administrador suspiró.

—Siempre estuve al tanto de su amorío —Seamus se tensó—. Juliana y yo hemos cuidado de Kathe desde que es una niña, por lo que ella me informaba todo.

—¿Por qué nunca me dijo nada? —quiso saber.

—Yo… pensé que se enamorarían y terminarían casándose, pero…

—Eso es lo que pasó. Y es lo que pasará.

—La rechazaste, Mountevans —lo miró con disgusto—. La verdad, pequé de iluso al creer que ese amorío no tendría consecuencias. Maldición, ¡fueron cinco malditos meses!

Él también pensó que nada malo sucedería.

—Quiero casarme con ella. Reconoceré a nuestro hijo y…

—Katherine siempre soñó con formar aquello que no pudo tener —lo interrumpió, y el aire se atoró en sus pulmones—. Quiere una familia. Desea tener hijos a quienes cuidar y amar, y un marido en quien pueda ver a su compañero de vida. ¿Cree que puede darle eso?

Él podía darle eso y más, pero…

—¿Por qué me hace una pregunta tan absurda? Independientemente de cuál sea la respuesta, ella y yo…

—Si ella no lo acepta, no habrá ninguna boda.

—¿Qué? —las piernas le temblaron.

¿Ellos… pensaban privarlo de su familia?

—Kathe planea irse de Londres. Después de que la rechazaste, consideró la idea de marcharse a América. Fue Pembroke quien retrasó su partida. De no haber sido por él, ni siquiera te habrías enterado de su embarazo.

¿Una vida lejos de Katherine y su hijo?

—Sé que cometí muchos errores —espetó atropelladamente—. Pero amo a Kathe y quiero casarme con ella.

—¿Y crees que ella creerá en tu amor? —inquirió Evans, sereno—. Mira hasta dónde tuvimos que llegar para que decidieras cambiar de parecer. —Extendió las manos, exasperado.

Era la primera vez que lo veía tan molesto.

—Quiero hacer lo correcto. No permitiré que me priven de mi familia. Llevo días pidiéndole matrimonio, mi oferta no es repentina y ella lo sabe —aclaró con valentía, y Evans lo miró con sorpresa.

La puerta del despacho se abrió sin previo aviso y Seamus se puso alerta, pero su cuerpo se relajó al ver a Jackson allí.

—Huyó —espetó el conde con seriedad, y él apretó la mandíbula —. ¿Cómo se encuentra la señorita Devine?

—¿Tú lo sabías? —respondió con otra pregunta, y Jackson lo miró con fijeza.

—Antes de que digas algo, esto ya no se trata solo de una propuesta matrimonial.

La ira en su interior empezó a carcomerlo.

—¿A qué te refieres?

Jackson intercambió una rápida mirada con Evans.

—Fue una orden de la corona. Ella debe formar parte de la misión porque es la única opción que nos queda para atraparlo.

Todo era su culpa.

¡Por su culpa Kathe terminó involucrada en ese caso!

Porque para Jackson lo único que importaba era completar la maldita misión.

Seamus no pudo contenerse y, sin piedad alguna, le estrelló un firme puño en el rostro, enviándolo al suelo.

—¡¿Cómo pudiste meterla en esto, maldito imbécil?! —bramó y se lanzó sobre él para seguir golpeándolo, pero Evans logró detenerlo y tiró de él hacia atrás.

Jackson solo se acarició el rostro magullado.

—Será compensada —siseó, un tanto afectado por el giro de los acontecimientos—. La corona le ayudará a recuperar su reputación.

—¡Por tu culpa ella estuvo a punto de perder a nuestro hijo!

Un tenso silencio se apoderó de la estancia, y Jackson se incorporó con rapidez.

—¿Está embarazada?

—Aléjate de mi mujer, Jackson —sentenció con enojo—. Pienso conseguir una licencia especial. Me casaré con ella y lo primero que haré será sacarla de Londres hasta que ese maldito deje de ser una amenaza.

—¡No puedes llevarla a ningún lado! —Su amigo perdió la compostura y Seamus empezó a respirar con dificultad—. Ella es importante para esta misión. Logró que él saliera de su escondite.

—¡¿Eso es lo único que te importa?! —explotó.

¿Cómo podía ser tan cruel y egoísta?

¡Era su familia la que estaba en peligro?

—¿De qué hablan? —Evans empezó a alterarse.

Acababan de abordar un tema demasiado delicado frente a alguien que, hasta ese momento, lo observaba todo desde la ignorancia. Jackson recuperó la compostura y alisó su levita con expresión imperturbable.

—Me temo que la reina está al tanto de todo —zanjó con egoísmo, ignorando al administrador—. Katherine no puede salir de Londres porque ya es parte de esto.

Esto tenía que ser una maldita broma.

¿Cómo era posible que su propio amigo quisiera exponer de esa manera a la mujer que él amaba?

—No lo permitiré.

—Sé racional, Seamus. Él es una amenaza y está más molesto de lo que te imaginas.

No le importaba Lionel. Lo único que quería era que Kathe estuviera a salvo.

—Vete al diablo, Jackson. Te juro que, si algo les sucede, te mataré con mis propias manos.

Su amigo dudó. No supo qué responderle, pero la conversación tuvo que interrumpirse cuando escucharon los gritos de Andrew desde el piso inferior.

—Maldición —gruñeron al unísono.

Cuando llegaron al recibidor, ambos se detuvieron en seco al ver a su amigo con la ropa y las manos llenas de sangre.

—¿Qué sucedió? —Seamus fue el primero en alcanzarlo y comprobó que estaba ileso.

—¿Por qué llegas así? —Jackson estaba pálido y tenso.

—No nos equivocamos —murmuró el castaño, visiblemente perturbado—. Se coló en la casa de lady Kilbrenner.

Su pecho se encogió.

¿Es que esa locura nunca terminaría?

No habían pasado ni dos horas desde que salieron de Vauxhall.

—Su esposo estaba ahí e intentó protegerla, pero me temo que no pudo hacer mucho por su mujer. Lionel se salió con la suya. Otra vez.

Seamus cerró los ojos con fuerza.

¿Cómo convencerla de marcharse ahora, cuando el infierno seguía tan cerca?

Capítulo 18

"¿Cuál es el pretendiente real: el conde de Pembroke o el barón de Mountevans?
La señorita Devine tuvo un golpe de suerte, pronto dejará de pertenecer al club de las solteronas, pero aún no sabemos quién es el desafortunado que la desposará
***Sección de chismes aristocráticos de Lady Berricloth**".*

—Tenemos que ir —sentenció Jackson, atónito, y Seamus se tensó —. Él no pudo llegar muy lejos, lo más probable es que su escondite esté cerca de la casa de lady Kilbrenner.

Andrew asintió y ambos hicieron el ademán de avanzar hacia la puerta, pero Seamus los observó desde su lugar.

—No iré —soltó con firmeza y sus amigos pararon en seco, al tiempo que Evans se posicionaba a su espalda.

—¿Qué dices? —Jackson se volvió hacia él, incrédulo—. Tu trabajo…

—Por primera vez en la vida, tengo algo más importante que hacer que completar una misión —espetó con confianza y Andrew lo aprobó con la mirada—. Entiendo tu urgencia —decidió ser empático y ponerse en el lugar de su amigo—. Pero también necesito que entiendas mi necesidad de cuidar a Kathe y mi hijo.

—¿Un hijo? —inquirió Andrew, sorprendido, y Seamus asintió—. Puede que lo más prudente no sea dejar a Seamus solo —acotó de pronto, haciéndolo entrar en razón—. La señorita Devine necesitará protección.

Jackson inhaló profundamente, percatándose del gran peligro que corría la rubia, y asintió con frustración.

—De verdad lo siento —se frotó el rostro, cansado—. Puede que haya sido algo egoísta, ni siquiera ahora mismo me estoy dando cuenta del gran peligro que él representa para Katherine.

—¿Qué? —Seamus se tensó.

—Está obsesionado, cree que es su mujer y por ende intentará acercarse.

Eso lo cambiaba todo.

—Necesitaremos refuerzos, no podemos dejarla sola…

—Nosotros nos encargaremos de todo —le prometió Jackson y avanzó en su dirección—. Mi intención nunca fue casarme con ella, yo sólo quería que abrieras los ojos.

Lo miró con sorpresa.

—¿Querías provocarme?

—Recursos bajos, pero efectivos —le sonrió con sorna y Seamus tragó con fuerza—. Siempre estuve al tanto de su amorío, me parecía un suceso curioso porque son muy diferentes, pero creo que hacen una excelente pareja.

—Gracias —tragó con fuerza—. Lo hiciste para impedir su partida, ¿no es así?

Su amigo asintió y Seamus se sintió más tranquilo que nunca. No habría sido fácil para él renunciar a su amistad con Jackson, su amigo acababa de facilitarle muchas cosas.

—No es momento para conversar —se limitó a decir el conde y salió junto a Andrew de la propiedad, dejando la estancia en un desagradable silencio que llegó a su fin cuando Evans se plantó frente a él.

—¿De quién están hablando?, ¿quién es ese hombre que quiere lastimar a Kathe?

—Lo siento, pero es información confidencial.

El hombre se pasó una mano por su cabellera castaña y negó lentamente con la cabeza.

—Por lo que más quiera, dime qué está sucediendo, Mountevans. —La garganta se le cerró—. Es la hija del hombre que fue mi mejor amigo, necesito saber a qué peligros se expone para poder protegerla.

Las razones de Evans eran muy válidas, pero…

—¿Te sentiste bien cuando Pembroke te escondió el hecho de que Kathe era su cebo?

Él acababa de ganar esa batalla.

—Es un secreto de la corona. —Evans asintió—. El hombre que ha estado asesinando a todas las mujeres en los últimos meses es Lionel Sterling. Ha perdido la cabeza y todo indica que Kathe es el único punto débil que posee.

—Maldita sea —farfulló y alborotó su cabellera—. Haré que rodeen la casa y vigilen todas las entradas. Pienso mudarme con ellas unos días, dejarlas solas no es una opción.

Seamus asintió.

Estaba claro que Evans protegería a Kathe con su propia vida de ser necesario.

***

El agua helada se deslizó por sus manos ensangrentadas y Lionel observó con fascinación como el líquido rojo abandonaba su piel.

¿Qué hacía Isaac Kilbrenner en esa casa? ¿No se suponía que él y su esposa sólo se veían los jueves?

«Actuaste muy rápido, aún te faltaba estudiar su situación».

Era una lástima, no podía negar que lady Kilbrenner le parecía una mujer preciosa. Él habría hecho cosas muy interesantes con ella antes de matarla, pero ahora… ella moriría.

Carcajeó con frialdad y observó su navaja.

De no haber sido por Watchmeister, habría matado a lord Kilbrenner —porque el hombre no sólo lo había golpeado y desafiado, sino que le había quitado la capucha, descubriendo su identidad—. Pero Lionel reconocía el peligro y cuando lo vio llegar, supo que era momento de escapar.

—Eres bueno, Jackson —reconoció con aspereza y se acercó al espejo partido que tenía en su pequeña habitación—. Pero no puedes ser mejor que yo, está claro que soy tu punto débil.

Andrew había disparado contra él.

Seamus también.

Pero su hermano… era tan patético.

—Kathe, Kathe, Kathe... —chasqueó la lengua, estudiando su apuesto, pero descuidado aspecto.

El cabello negro le llegaba por debajo de los hombros, su rostro y ropa estaba más sucia de lo que deberían, pero incluso así era malditamente feliz.

Sin reglas, sin órdenes, ni protocolos.

Sin embargo, si quería recuperar a su mujer, no podía presentarse ante ella en estas greñas.

—Mereces algo mejor, cariño.

No la dejó con vida para que otro hombre la hiciera su esposa.

Se suponía que se alejó de ella porque le gustaba, porque quería seguir viéndola viva y su cercanía sólo habría logrado llevarla muchos metros bajo tierra. El sexo no era bueno si su amante salía viva del acto.

Lionel necesitaba de gritos, miedo y forcejos para disfrutar con plenitud.

Nada como el último aliento y la última lágrima de una mujer.

¿Cómo se vería su adorada Kathe en esa situación?

—Pronto lo sabré.

***

Este malestar ya no podía ser considerado como uno normal.

Kathe quiso creer que se encontraba saludable, que no había nada de qué preocuparse, pero su último desmayo le había hecho sentir mucha angustia y pesar.

—Seamus… —fue lo primero que logró articular, odiando que la garganta le quemara, y contuvo el aliento cuando la cálida mano se deslizó bajo su nuca y la ayudó a levantar un poco el rostro para posar un vaso en su boca.

El agua se deslizó por su garganta con violencia.

Abrió los ojos con pesar y no pudo evitar que la visión se le cristalizara cuando logró vislumbrarlo.

No era un sueño.

Seamus se había quedado junto a ella.

—Tranquila, mi amor, el peligro se ha ido —musitó y dejó el vaso de agua sobre la mesa de noche, antes de ayudarla a recostarse de

nuevo—. ¿Cómo te sientes? —percibió la inquietud en su voz—. ¿Te duele algo? ¿Deberíamos ir por un médico?

—¿Qué me pasó? —se frotó la sien, angustiada—. ¿Dónde está…? —su voz fue muriendo al ver a Juliana ahí—. Qué alivio —musitó finalmente y su nana se acercó a la cama, angustiada—. Lo siento mucho, Jul, nunca quise exponerte a ese peligro.

—Todo está bien —susurró y acarició su coronilla—. Me alegro mucho que hayas despertado.

Ella le sonrió.

—Sólo me desmayé por la impresión.

No recibió una respuesta, en su lugar Seamus dijo:

—¿Podrías dejarnos solos? —su nana dudó, la miró con pesar, pero finalmente se fue.

¿Por qué? ¿Qué estaba pasando?

—Me gustaría sentarme —reconoció y le sorprendió la delicadeza con la que Seamus la tomó en brazos y la ayudó a descansar la espalda contra el espaldar de la cama—. Gracias.

—Kathe… —Se sentó frente a ella y acunó su mano con ternura—. Tú y yo tenemos muchas cosas de qué hablar. —La garganta se le cerró—. Me gustaría saber en qué estuviste pensando al creer que participar en esta misión sería una buena idea.

Bajó el rostro, apenada.

—No lo sé, en un principio sólo quería que él dejara de lastimar a más mujeres —reconoció con inquietud. Yo… por un momento, quise creer que Pembroke estaba equivocado.

Seamus la miró con fijeza.

—¿Pensaste que Lionel era inocente?

—Y que estaba muerto —admitió con una mueca y Seamus asintió.

—Una vez dijiste que te entregaste por amor —comentó de pronto, tomándola por sorpresa—. ¿Puedo saber qué fue lo que te enamoró de él?

Kathe esbozó una débil sonrisa y meditó su siguiente respuesta.

—Mis padres me dejaron con una gran riqueza en manos, nunca me consideré una mujer fea, ni mucho menos tonta, pero… incluso así, con cualidades que para mí eran buenas, nadie en los salones de

baile era capaz de aceptarme. Sólo me tomaban en cuenta por mis donaciones, por lo que solía ser algo doloroso.

—¿Querías formar parte de la nobleza inglesa?

Negó lentamente con la cabeza.

—Sólo quería formar parte de algo —admitió con voz rota y una lágrima se deslizó por su mejilla—. Mis tíos nunca me quisieron y por muy buena que intenté ser, ellos nunca valoraron mi amor.

—Entiendo —susurró él y le dio un suave apretón en la mano.

—¿Cómo lo entenderías? Eres un barón y la gente te adora —se soltó de su agarre, molesta.

—No soy un noble de nacimiento, Kathe —comentó de pronto y ella asintió.

—Lo sé, tu título fue un reconocimiento de la reina.

—Solía ser un simple granjero. —Un tenso silencio se cernió sobre ellos—. Era bastante joven cuando Harrison, nuestro jefe, me reclutó.

—¿Reclutó? —inquirió, curiosa.

Se había imaginado a Seamus de muchas maneras, pero ¿cómo granjero?

—Recuerdo que llegué a Londres con sed de éxito y dinero, vivir en el campo no era fácil y había perdido a mis padres por la fiebre. —Lo miró con pesar, se había quedado solo de un momento a otro —. Vagué por calles peligrosas y oscuras hasta que llegué a un club con la esperanza de trabajar de lacayo.

—¿Conseguiste el empleo?

—No, no me dio tiempo de solicitarlo —reconoció, cabizbaja—. Estaban intentando matar a alguien en la entrada.

Kathe se tensó.

—¿Te reclutaron a cambio de tu silencio? —jadeó, horrorizada, y él se rio.

—No, me reclutaron porque sin siquiera conocer a ese hombre, me sumé a la pelea y lo ayudé a lidiar con más de cinco esbirros.

Sabía que era un hombre fuerte, siempre le dio ese aire, pero nunca se imaginó que podría llegar a ser tan intimidante.

—¿Y qué pasó?

—Íbamos a perder. —Sonrió con amargura—. Él recibió un fuerte golpe en la cabeza y se desvaneció, pero… entonces apareció Harrison junto a seis guardias de Bow Street.

—Los salvó.

—Algo así… —hizo una mueca—. Me ofreció un empleo, una vida decente y una paga maravillosa. No tenía nada que perder, sólo debía venderle mi alma al diablo.

—¿Y qué pasó con el hombre que ayudaste?

—Perdió todos sus recuerdos y se quedó junto a Harrison, para después unirse a nosotros.

—Ya veo… —susurró.

—¿No te avergüenza ni horroriza saber que soy un simple granjero?

—¿Mataste a alguien como granjero? —ironizó y él se rio.

—Un par de gallinas.

Ahora fue ella quien carcajeó por lo bajo.

—Aún no respondiste mi respuesta, Kathe —acarició su mejilla—. ¿Por qué te enamoraste de Lionel?

—Porque llegó a mi vida cuando creía que todo estaba perdido —la voz se le quebró—. Me hizo creer que era valiosa, que podía ser amada y valía la pena. Dejé que todo pasara muy rápido, confié ciegamente en él y… Fui una tonta, ¿verdad?

—No, no lo fuiste. —Besó su frente con ternura, helándole las entrañas—. ¿Nunca intentó lastimarte? ¿No ejerció fuerza sobre ti?

Kathe negó con la cabeza.

—Ni siquiera cuando me dejó.

—Por eso confiaste en él hasta el final —dedujo con aspereza y Kathe asintió.

—¿Por qué me lo preguntas justo ahora?

—No estoy seguro —reconoció, pensativo—. Quizá una parte de mí quiere entender qué hice para enamorarte.

Un escalofrío recorrió su espina dorsal y estudió su rostro con ternura, enumerando todas las cualidades que lo hacían especial.

—Junto a ti me sentía en casa —admitió, y un violento rubor trepó por sus mejillas.

—¿En casa?

—Sabía que no te importaba y me permití ser yo misma. Solía decir: cambiaré si no le gusto. Pero tú… nunca te quejaste, siempre te reíste y parecías estar muy cómodo en mi compañía.

—Fuiste el respiro que tanto necesitaba —reconoció con melancolía y ella asintió.

—Mi plan no era enamorarme, sé que te ocasioné muchos problemas en Bath.

Seamus negó con la cabeza y todo su cuerpo se tensó cuando entrelazó sus manos en respuesta.

—Los problemas los ocasioné yo cuando me rehusé a aceptar lo mucho que te amo.

¿Amor?

¿Podría creer en el amor de Seamus?

«Mejor no», le susurró una voz, y apartó su mano con suavidad.

—Eso ya no importa —forzó su mejor sonrisa—. Ahora que sabes la verdadera relación que existe entre el conde y yo, debo confesar que pienso dejar Londres una vez que todo esto termine.

—¿Por qué? —su voz bajó una octava y Kathe odió que una lágrima se deslizara por su mejilla.

—Nadie me soporta, aquí nunca podré ser feliz.

Cada músculo de su cuerpo entró en tensión cuando Seamus se arrodilló junto a la cama y bajó el rostro, avergonzado.

—Seamus…

—Perdóname, Kathe, yo… dije muchas estupideces en Bath.

—No dijiste mentiras —musitó con amabilidad y él negó con la cabeza.

—Quería herirte, quería darte una razón para alejarte porque sabía que yo nunca podría hacerlo. De verdad lo siento, yo…

—Te perdono, Seamus —posó una mano en su hombro—. Párate, por favor, no es necesario que hagas esto.

No le gustaba verlo tan reducido, él…

—No puedes irte.

—Lamento informarte que nada de lo que digas o hagas me hará cambiar de parecer. —En ese momento, él se incorporó con lentitud y sus ojos llorosos encontraron los suyos—. Pronto encontrarás una mujer adecuada para ti y…

—Estás embarazada.

Capítulo 19

«Estás embarazada».

Las palabras de Seamus retumbaron en su cabeza sin piedad alguna y Kathe negó lentamente con la cabeza, mientras las lágrimas bajaban por sus mejillas sin control alguno.

—Tiene que haber un error —soltó con voz rota, y sollozó—. Es imposible, yo…

—Kathe… —se sentó junto a ella y sujetó sus manos.

—Yo me cuidé, Seamus —susurró atropelladamente—. Hice todo lo que me dijiste, tomé cada precaución, nunca quise que las cosas terminaran así y…

—Está bien, mi amor —musitó con ternura y la rodeó en sus brazos, dándole un breve lapso para respirar con mayor normalidad —. No estoy molesto.

—Mi intención nunca fue atraparte, seguí tus órdenes al pie de la letra —rompió en llanto, incapaz de asimilar la situación.

—Lo sé, lo sé —acarició su coronilla con ternura—. Es muy probable que haya sido yo quien te atrapó, amor —admitió con aspereza, y Kathe lo buscó con la mirada—. No llores, ya pasaste por un momento difícil y…

—¿Mi bebé? —posó una mano en su vientre y empezó a respirar con dificultad—. ¿Qué pasó? ¿El doctor me revisó?

—Todo está en orden —espetó con paciencia—. Pero necesitas reposar, hoy presentaste un sangrado y tuvimos mucha suerte.

—No puede ser —sollozó con impotencia—. Es mi culpa, yo me puse en esa situación —enterró el rostro en su hombro y agradeció que él la abrazara con mayor fuerza—. Lo siento, Seamus, de verdad no sé cómo pudo suceder.

Él rompió el abrazo y la buscó con la mirada.

—Fueron cinco meses, amor, fuimos algo ilusos al creer que no sucedería.

Kathe apartó las lágrimas de su rostro con pesar.

—Te prometo que nunca te molestaremos. —Él se tensó, y se vio obligada a añadir—. Una vez que estemos en América, haré que toda mi vida empiece de cero y nuestro hijo nunca será un impedimento para ti, yo… —La calló, y lo hizo con un suave beso que la ayudó a mermar todos sus temblores.

Sollozó contra los labios masculinos y lo abrazó por el cuello.

—¿Por qué diantres dejaría que mi familia se vaya a América, sin mí? —susurró contra sus labios y sus miradas se encontraron—. Quiero casarme, llevo semanas diciéndotelo.

—Pero tu reputación…

—Casi los pierdo, Kathe —soltó con impotencia—, y me pierdo a mí mismo. ¿Crees que mi reputación es más importante que ustedes?

—No lo sé —reconoció y apartó el rostro con rapidez cuando intentó besarla de nuevo—. No quiero presionarte, no haré que este embarazo te ate a mí.

—¿Qué? —preguntó con incredulidad y rompió el abrazo con lentitud—. ¿Por qué no puedes creerme cuando te digo que te amo?

—Porque sólo supiste amarme en secreto, Seamus, y no sé qué tipo de hombre serás cuando todo Londres se entere que eres el desafortunado que se quedó con la paria más grande de la ciudad.

—Por todos los cielos, Kathe —abandonó su lugar, furioso—, ¿cómo puedes hacerlo tan difícil?

No quería elegir mal.

No quería cometer el mismo error que Harriet.

—Necesito tiempo.

Para que ambos asimilaran lo que su matrimonio podría causar en sus vidas.

—¿Tiempo? —preguntó con disgusto y miró su vientre—. Nuestro hijo nos acaba de quitar todo el tiempo que teníamos para pensar en esto.

Nuestro hijo.

¿Realmente serían padres?

Se abrazó el vientre con emoción contenida, pensando en todas las veces que soñó con tener una vida en ella. Ese gesto hizo que toda la tensión en el cuerpo masculino se fuera y Kathe no supo qué

pensar cuando él se sentó junto a ella para abrazarla por los hombros.

¿Era necesario actuar de esa manera?

—Entiendo tus miedos, pero piensa en nuestro hijo, ¿no crees que es hora de hacer lo correcto?

No le dio una respuesta.

Ahora mismo se sentía demasiado insegura como para tomar una decisión.

***

Harrison, un hombre de sesenta años, de gran altura y cuerpo delgado —que en mejores tiempos se vio más atlético— guardó silencio por varios segundos que a Jackson le parecieron una eternidad y no se inmutó cuando el hombre golpeó su escritorio con impotencia.

—¡¿Cómo pudo pasar algo así?! —bramó, furioso—. Desde el momento que se dieron cuenta de que lady Kilbrenner era una presa fácil, debieron sacarla de ahí —farfulló con impotencia y Jackson se tensó.

—Es mi culpa, quise usarla como cebo y…

—¡Si usarás a alguien como cebo, ten la certeza que podrás cuidarla como corresponde! —lo regañó, y él bajó el rostro, apenado.

¿Había algo que pudiera decirle?

Harrison tenía toda la razón.

Jackson no había hecho más que cometer un error tras otro.

—¿Hablaron con su esposo?

Intercambió una rápida mirada con Andrew y el castaño negó con la cabeza.

—Después del ataque, en lo único que pensamos fue en llevarla a un lugar seguro para que el doctor la atendiera.

—¿Qué me dicen de la señorita Devine?

—Necesita escoltas —espetó y Harrison lo miró con enojo.

—¿Otro cebo mal cuidado? —torció los labios con disgusto y su jefe se frotó los ojos con cansancio—. Quiero protección para la señorita Devine y lady Kilbrenner —decretó—. Adviertan a toda la familia de la dama, por el momento todas las mujeres de esa familia corren peligro.

—De acuerdo.

—Averigüen qué tanto vio y qué tanto sabe Isaac Kilbrenner.

—Está bien.

Tanto él como Andrew hicieron el ademán de retirarse, pero Harrison los retuvo.

—¿Dónde está Mountevans?

Jackson cuadró los hombros.

—Se encuentra cuidando a la señorita Devine. Me temo que la dama está encinta y él no piensa dejarla sola.

—Quiero verlo mañana en la mañana —espetó con sequedad—. Tenemos que conseguir una licencia especial, mientras ustedes reparan todo el caos que provocaron esta noche.

Andrew se tensó.

—Todo fue mi culpa, Harrison —siseó Jackson, y su amigo torció los labios en una mueca.

—Si mi hijo me esconde información, también es su culpa.

Estaba claro que para ese hombre; nada de lo que Andrew hiciera sería suficiente.

***

Seamus llevaba horas junto a la ventana de su habitación, observando el jardín, y Kathe se frotó los ojos con cansancio al darse cuenta que así no podría conciliar el sueño.

—¿Qué sucede, Seamus? ¿Hay algo que no me has dicho?

Él se volvió hacia ella y le regaló una leve sonrisa.

—Estoy a cargo de escoltarte y esta mañana llegaron diez guardias de la corona.

—¿Escapó? —recordó el suceso de la noche anterior y Seamus asintió—. ¿No le hizo nada malo al conde?

—No —respondió con voz tensa.

—¿Ni a nadie más? —se sentó en su lugar con lentitud y él regresó su atención al jardín.

—Pronto lo encontraremos y la pesadilla finalizará.

—No parece fácil, él lleva huyendo mucho tiempo, ¿no crees?

—Creo que el problema no es Lionel, sino Jackson —reconoció con un suspiro, y Kathe lo miró con curiosidad—. Son hermanos y hasta hace unos meses, Jackson creía que su hermano era un tipo normal.

—Ya veo… —musitó y un suave toque en la puerta hizo que ambos se pusieran alerta.

Era Juliana y tenía un sobre en la mano.

—Es para usted, milord —informó la pelinegra y le entregó la misiva a Seamus, antes de acercarse a ella—. ¿Cómo dormiste? ¿Te sientes mejor?

Kathe asintió.

¿Qué estaría pensando su nana respecto a su embarazo?

¿La estaría juzgando o una vez más le perdonaría?

—Sí, me encuentro bien.

—Maldición —siseó Seamus, captando su atención—. Harrison requiere de mi presencia. Debo irme, te prometo que trataré de llegar antes de la cena.

—Entiendo.

Lo prefería así.

Seamus había sido bastante tolerante al no imponer su voluntad ante ella, pero suponía que él sólo le estaba dando la oportunidad de hacer lo correcto sin necesidad de forzarla. Su tiempo era limitado y ella quería aceptar su oferta, deseaba formar una familia a su lado, pero… tenía miedo.

¿Qué tal si en un futuro se convertían en su más grande error?

Él se despidió de ella dejando un casto beso en su frente y les informó que la casa contaba con una gran cantidad de protección, por lo que no debían preocuparse. Sin embargo, también les sugirió que no saliera de la propiedad por el momento.

Una vez que estuvo a solas con su nana, Kathe sacó aquello que estaba atorado en su garganta.

—Fallé, parece que nunca seré más que una decepción.

—No digas eso, deberías sentirte contenta —le sonrió con ternura —. Dentro de ti existe una vida y creo que no habrá mejor madre que tú.

—¿Qué debería hacer? —preguntó con angustia y dejó que el llanto la gobernara—. Me cuidé tanto, me informé tanto sobre el tema y sucedió, yo…

—No importa cuánto intentes quitarte, lo que es para ti, siempre te encontrará en el camino. —Se sentó junto a ella y la abrazó por los hombros—. El barón de Mountevans quiere hacer lo correcto y lo mejor que puedes hacer por ti y tu hijo es aceptarlo.

—¿Y si se arrepiente?

—Lo he visto, cariño, incluso Evans habló con él: su único arrepentimiento es no haber hecho lo correcto desde un principio.

—¿Evans lo sabe? —el pánico la invadió.

—Tuve que mandar a buscarlo la noche anterior —confesó con nerviosismo—. Estaba tan angustiada, yo… no habría podido sola.

Kathe la abrazó con fuerza, ¿qué habría sido de ella sin esos padres que la vida le dio?

—No sé mucho de la situación, pero ¿por qué no me hablaste del acuerdo que tienes con Pembroke y pone en riesgo tu vida?

Parte de la verdad había salido a la luz.

—No lo habrías permitido.

—Y lo habría echado de la casa —acotó, robándole una débil sonrisa.

—¿Conoces la historia?

—Sólo sé que están buscando a un asesino y creen que eres una pieza clave.

—Es Lionel, nana —confesó, y ella palideció—. No puedes decirle a nadie, pero todo indica que lleva meses matando a diferentes mujeres.

—¿El asesino serial que está asustando a todo Londres es él? —gimió con horror y Kathe asintió.

—Soy la única de sus amantes que sigue con vida y por el cómo se dieron las cosas ayer, la única por la que piensa dar la cara y causar todo un alboroto.

—Es un peligro, ¿en qué estuviste pensando al exponerte? —exigió saber y ella suspiró.

—En las víctimas —musitó en voz baja—. En todas las mujeres que no merecían morir en sus manos.

Juliana se quedó en silencio por largos segundos.

—Me parece extraño que lord Pembroke no haya venido a verme. Sé que es frívolo y calculador, pero… sé que le agrado. Se podría decir que somos amigos.

Su nana se removió en su lugar con inquietud, captando su atención.

—¿Sucedió algo más?, ¿Lionel lo lastimó?

—No, no, no —dijo aceleradamente, y se relamió los labios con nerviosismo—. Es sólo que… puede que las cosas se hayan complicado un poco para el conde.

—¿Por qué dices eso? —frunció el ceño.

—Evans no sabe mucho, pero creo que el antiguo conde lastimó a otra mujer el día de ayer.

Dios santo, ¿es que Lionel nunca pararía?

***

—Se metió por un callejón y luego desapareció. Estoy seguro que usa los túneles de la ciudad, debió encontrar el acceso a ellos y ahora son su medio de escape —siseó Andrew, furioso—. Exigí mayor control en los puntos de entrada y salida, pronto estará acorralado.

—Él me amenazó —confesó Jackson, tomando a su amigo por sorpresa—. Antes de desaparecer, me dijo que me causaría muchos problemas —admitió y se frotó el rostro, agotado.

—Lo que quiere decir que el ataque fue intencional. —Andrew lo buscó con la mirada—. De haber sabido que lord Kilbrenner estaba dentro, él no habría atacado.

—¿Tú lo sabías? —quiso saber y su amigo negó con la cabeza.

—Fue su grito el que me alertó —confesó con vergüenza—, ni siquiera noté como hizo Lionel para colarse a esa casa. —Alborotó su

cabellera—. Fue mi culpa, de haber estado más atento, quizá podría haber evitado esta desgracia.

Ninguno dijo nada al respecto, pero ambos estaban pensando en la mujer que ahora mismo se debatía entre la vida y la muerte por el puñal que recibió en el vientre.

Según la información que recibieron, el doctor dijo que sería un milagro si pasaba la noche y sucedió, ella seguía con vida, pero no había manera de que pudieran cantar victoria porque no había indicio alguno de que ella fuera a despertar.

El estado de Harriet Kilbrenner era muy delicado.

—El error fue mío —espetó Jackson, cabizbaja—. En mi afán de buscar cebos perfectos, no hice nada para poner a lady Kilbrenner y Katherine en un lugar seguro. —Andrew se tensó—. Me parece un milagro que Seamus no me odie. Yo… me siento muy avergonzado.

Al menos Jackson era bueno aceptando sus errores.

—Debes calmarte, mira el lado bueno, pronto tendrá una licencia especial para casarse con la mujer que ama.

Porque ambos sabían que Harrison no dejaría que el tiempo siguiera jugando en su contra.

—¿No crees que es hora de ir con Isaac Kilbrenner? —inquirió Andrew y Jackson se tensó.

Necesitaban saber qué fue lo que pasó exactamente durante el ataque de su hermano.

—Pienso estudiar el callejón por el que desapareció Lionel y sus posibles rutas —reconoció Jackson, sin expresión alguna en el rostro —. ¿Podrías encargarte de interrogar a Isaac Kilbrenner?

Jackson sólo quería ganar tiempo. En el fondo, ellos no tenían la culpa de que las cosas hayan terminado así porque fue lord Kilbrenner quien no quiso creerles y dejó que su esposa siguiera viviendo en un lugar tan peligroso.

—Está bien.

Cuando Andrew llegó a su destino y anunció su llegada, no le sorprendió que la casa estuviera en un rotundo silencio. El mayordomo intentó despacharlo, pero cuando anunció que venía por parte de la guardia real, el hombre ingresó por un amplio pasillo sin duda alguna.

Lo siguió.

Kilbrenner no podía negarse a recibirlo, él estaba ahí por órdenes expresas de la reina y el hombre debía pasar por un interrogatorio cuanto antes.

El bullicio llegó a sus oídos, varios hombres estaban discutiendo en el interior del despacho y Andrew recordó la gran cantidad de carruajes que estaban estacionados en la entrada.

Pasó de largo al mayordomo y llamó a la puerta con firmeza.

—¡Ahora no! —bramó un exaltado lord Kilbrenner desde el interior y Andrew abrió la puerta de todas formas, provocando un pulcro silencio en la estancia.

En el despacho estaban tres hombres: lord Kilbrenner, el marqués de Teingham —su hermano mayor— y el duque de Saint Albans —el antiguo tutor de la víctima de Lionel—. Todos se veían pálidos, frustrados y cansados, y eso quería decir que sus mujeres estaban en el piso superior, seguramente consolándose a sí mismas mientras supervisaban el estado de lady Kilbrenner.

—¿Qué hace aquí, Watchmeister? —inquirió el marqués de Teingham con agotamiento y antes de que pudiera darles una respuesta, Isaac Kilbrenner se abalanzó sobre él.

—¡Todo es su culpa! —bramó con impotencia y Andrew esquivó su golpe sin problema alguna, y lo sujetó del brazo con firmeza.

—¿Por qué no se relaja? —espetó con sequedad y tiró del castaño hacia atrás.

—¿Qué significa esto? —farfulló el duque, furioso—. ¿Por qué haces una acusación de ese tipo, Kilbrenner?

—¡Tú y tus amiguitos son los únicos responsables de que las cosas hayan sucedido así!

Kilbrenner estaba fuera de sus cabales y los nobles fueron lo suficientemente sensatos como para sujetarlo.

—Nosotros le advertimos sobre el peligro que su esposa corría en esa casa e incluso así la dejó ahí.

En ese momento, Kilbrenner fue liberado de su cautiverio.

—Ustedes dijeron que era una posibilidad, nunca…

—¿Sabías que esto podía pasar? —inquirió Saint Albans, apretando la mandíbula, y estampó un puño en el rostro del castaño

—. ¡¿Cómo pudiste dejarla ahí, Isaac?! —lo sujetó de las solapas de su chaleco—. Si tan poco te importaba, ¿por qué diablos no nos buscaste? —lo empujó con violencia.

Kilbrenner no reaccionó, sólo apartó la sangre de su mentón.

—¡¿Qué diablos pasa contigo, Isaac?! —bramó Teingham, rojo de la cólera, pero no se atrevió a golpear a su hermano de en medio—. Maldición —alborotó su cabellera—, ¿por qué te tomó tanto tiempo pedir la anulación?

Andrew comprendía la desesperación de la familia, pero lastimosamente, no estaba ahí en calidad de amigo, ni buen samaritano.

Él sólo debía hacer su trabajo.

—Lo que sucedió el día de ayer, no puede ser comentado con nadie. —Se vio obligado a llamar la atención de los hombres—. Es un caso de la corona y se está trabajando en él con la mayor discreción posible.

—¿Por qué no recurrieron a nosotros? —exigió saber el duque y Andrew negó con la cabeza.

—Error de cálculos —respondió con cierto pesar—, creímos que su esposo era fiable.

Isaac ahogó un juramento y pudo ver la desesperación en sus ojos.

—¡Estaba ahí por ella! ¡Sí me preocupé! —soltó con desespero, pero ni su hermano ni el duque creyeron en sus palabras.

—Necesito que se retiren, debo hablar con lord Kilbrenner a solas.

Les enseñó su placa, esa que dejaba claro que tenía todo el derecho de dar órdenes en esa estancia, y los hombres salieron del despacho como almas que lleva el diablo.

Tenía la leve sospecha de que, si Kilbrenner no enviudaba —que esperaba que no fuera el caso—, ahora sí tendría la anulación que tanto estuvo esperando y no precisamente porque él la hubiera solicitado.

—¿Qué es lo que quiere? —soltó el castaño con aspereza, odiándolo con cada fibra de su ser.

—Información, ¿qué fue lo que sucedió ayer?

La respiración del castaño se alteró, pero incluso así, logró enderezarse.

—Escuché un ruido extraño durante la noche, me levanté con toda la intención de asegurarme de que no se tratara de algo malo, pero de un momento para otro él ingresó a la habitación con una navaja en mano. —Inhaló con lentitud, como si estuviera viendo pasar toda la imagen ante él—. Estaba fuera de sus cabales, se sorprendió mucho al verme ahí, pero no intentó huir. Sólo me atacó.

—¿Fue contra usted?

—Los primeros segundos —reconoció con pesar—. Cuando le pedí a mi esposa que huyera, él salió detrás de ella, pero no le permití alcanzarla y fue ahí donde se percató de que si no me mataba, no podría hacerse de Harriet.

Lo que confirmaba sus sospechas: Lionel sólo iba en busca de las féminas.

—Él atacó a Pembroke en los jardines de Vauxhall, lo que quiere decir que fue a la casa de su esposa después de ese suceso. —Lionel sólo fue en busca de venganza—. Quiero que sea sincero, ¿qué hacía usted ahí, lord Kilbrenner?

—Acabo de decirlo, yo…

—La primera noche la dejó sola —le cortó con brusquedad—. No trate de negarlo porque fui yo quien la escoltó esa noche.

—Estaba preocupado y cuando llegué la vi tan asustada que decidí quedarme —tragó con fuerza—. Fui un idiota, debí traerla aquí, pero pensé que sólo era parte de su imaginación y ustedes estaban exagerando todo.

—Nosotros nunca exageramos.

El hombre inhaló con frustración.

—Empezamos una pelea al pie de las escaleras, pude quitarle su capucha —sus alarmas se prendieron— y cuando intentó apuñalarme… —su voz se quebró y Andrew abrió los ojos con sorpresa.

—¿Ella se interpuso?

Kilbrenner tiritó y asintió, cabizbaja.

—La tiró por las escaleras y de un momento a otro, yo sólo estaba junto a ella.

En definitiva, esa noche Lionel sólo quiso causar daño.

—Sugiero que todas las mujeres de su familia sean resguardadas —admitió y Kilbrenner se tensó—. La persona que enfrentó es el tipo de asesino que disfruta matando mujeres.

—¿Usted sabe quién es? —inquirió con frialdad, helándole las entrañas.

—No, nosotros…

—Lionel Sterling no está muerto, pude verlo. —Esto era malo, se suponía que esa era una verdad que debía mantenerse en secreto—. Era él y si ustedes no lo encuentran, acabaré con el teatro del conde de Pembroke y me encargaré de que todo Londres esté al tanto de la situación.

—No puede hacerlo —se mantuvo sereno.

—¿Por qué no?

—Porque es un secreto de la corona y su alteza quiere que siga siendo así.

Él apretó la mandíbula.

—Quiero su cabeza.

Cómo si fuera tan sencillo.

—La búsqueda se intensificará, nuestra gente ya está estudiando la escena y la zona del crimen.

—Una semana, Watchmeister. Ese es el tiempo que les doy.

—Lord Kilbrenner…

—La vida de mi esposa pende de un hilo, ¿cree que tengo algo que perder?

En pocas palabras, a ese hombre no le importaba en lo más mínimo ir en contra de los deseos de su reina.

—Espero que lady Kilbrenner se mejore.

No había nada más que hacer en ese lugar.

Tenía la información que necesitaban: Lionel Sterling sí llegó a ser identificado durante el ataque.

Capítulo 20

Un bebé.

Kathe apenas y podía creer que dentro de ella se estuviera formando una nueva vida. Siempre quiso ser madre, pero… ¿haría bien en aceptar ese nuevo giro en su vida? ¿Un matrimonio con Seamus sería lo más sensato después de todo lo que vivieron juntos?

Él decía amarla, algo que le generaba un gran calor en el pecho. Sin embargo, ¿amaría todo lo que tenerla a su lado traía consigo?

Ella era un escándalo y estaba segura que el cambio de prometido —porque no podían olvidar que para todo Londres, Pembroke y ella están comprometidos— no haría más que generar más rumores sobre su integridad.

—Es tan difícil —susurró y acarició su vientre, indecisa.

Una parte de ella quería seguir a su corazón y aceptar a Seamus, pero la otra… sólo quería tomar sus maletas y huir muy lejos del rubio.

—¿Te sientes mejor? —dio un respingo en su lugar y vio a Evans bajo el umbral de la puerta de su habitación. El hombre estaba de brazos cruzados y se veía más relajado de lo que realmente estaba —. ¿Puedo pasar?

—Claro que puedes —musitó y, aún apoyada en el cabezal de la cama, observó como el castaño tomaba asiento en el sillón—. ¿Vas a regañarme? Juliana ha sido muy buena conmigo.

—A lo largo de tus veinticinco años, he aprendido que no conseguiré nada regañándote —aclaró con fingido enojo y ella se rio por lo alto—. Sé que todo esto es muy nuevo para ti y debes sentirte asustada.

—Bastante —admitió con congoja.

—Sin embargo, me veo en la obligación de aconsejarte. —La garganta se le cerró—. Siento que el barón de Mountevans está siendo sincero en cuanto a sus sentimientos y arrepentimiento. —

Kathe intentó hablar, pero él le hizo un gesto para que lo dejara terminar—. Comprendo tus temores, pero pensar en el futuro puede ser muy agotador y peligroso. No me gustaría que el destino te juegue una mala pasada por culpa de un sentimiento que pocas veces has tenido, Kathe.

—¿Qué sentimiento? —frunció el ceño.

—El miedo no va contigo —le sonrió con ternura—. Recuerda todo lo que hiciste y arriesgaste por amor.

—Terminé sin reputación y…

—Y ahora estás ante la posibilidad de ser madre y formar tu propia familia —acunó su mano de manera fraternal—. Huir no es la respuesta.

Una lágrima se deslizó por su mejilla.

—Lo amo.

—Lo sé.

—He tratado de ignorarlo, de seguir con mi vida e incluso me atreví a rechazarlo durante todo este tiempo, pero él…

—Él también te ama y no aceptará una negativa.

Kathe apartó las lágrimas de su rostro con valentía y por el rabillo del ojo vio como Juliana ingresaba a la habitación con una bandeja de comida en manos.

Era su almuerzo.

—Tienes que alimentarte, ahora la vida no se trata sólo de ti, Kathe —musitó su nana y Evans abandonó su lugar con lentitud—. Pase lo que pase, y decidas lo que decidas, nosotros siempre estaremos a tu lado.

—¿Por qué? —sollozó con congoja—. Yo no soy su responsabilidad, otros me habrían abandonado desde un principio —sorbió su nariz y tanto Evans como su nana le sonrieron con ternura.

—Les prometimos a tus padres que siempre cuidaríamos de ti. —Evans acarició su coronilla—. Y amarte no es difícil, Kathe, eres muy importante para nosotros.

Nunca estuvo sola.

Siempre tuvo una familia.

Aunque no el tipo de familia convencional.

—Me siento fatal, siento que tardé mucho en darme cuenta que siempre tuve dos padres —reconoció con voz rota y Juliana se sentó junto a ella para abrazarla por los hombros—. Gracias por quedarse a mi lado.

—Siempre será así —musitó su nana y Evans asintió.

—Les prometo que tomaré la decisión correcta —extendió la mano y Evans le dio un suave apretón.

—Sólo toma la decisión que te haga más feliz —pidió él, y ella tragó con fuerza.

Dos horas más tarde, Kathe se encontraba en el jardín, tomando un poco de sol, mientras observaba a todos los hombres que escoltaban su casa. Nunca se imaginó que llegaría a sentir tanto miedo, ni mucho menos que la misma guardia real se encargaría de protegerla.

Todo esto era tan irreal.

—Señorita Devine… —miró por encima del hombro al mayordomo —. Tiene una visita y la señora Díaz aún no ha regresado.

Juliana y Evans le dijeron que debían hacer algo importante, pero nunca se imaginó que durante su salida, ella recibiría una visita.

—¿De quién se trata? —frunció el ceño, y por el rabillo del ojo vio como un guardia se acercaba a ellos.

No estaba esperando a nadie y…

—Lord Kilbrenner desea reunirse con usted.

Un escalofrío recorrió su espina dorsal de la cabeza a los pies.

¿El esposo de Harriet estaba en su casa?

—Llévalo al salón de té, pronto me reuniré con él.

¿Qué razones podrían traer a ese hombre hasta la puerta de su casa?

Conocía su aspecto, lo había visto en un par de ocasiones, pero nunca nadie los había presentado formalmente y por ende ni siquiera conocía el timbre de su voz.

Suspiró.

Si pensaba pedirle que le quitara el trabajo a su esposa, él no se saldría con la suya.

—Quédese aquí —paró en seco y miró a su escolta con seriedad.

—Como usted ordene, mi señora. —Sin embargo, el hombre no se conformó con permanecer inmóvil en medio del pasillo, sino que le hizo una seña a un criado para que se acercara a él.

Kathe decidió pasar por alto sus acciones e ingresó al salón de té con más confianza de la prevista. Si por un momento pensó que se encontraría con un hombre altanero y egocéntrico, se equivocó. Paró en seco al ver a Kilbrenner junto a la ventana, observando a los escoltas sin expresión alguna en el rostro.

¿Era impresión suya o su piel estaba más pálida de lo normal?

—Buenas tardes, milord —hizo notar su presencia y el castaño respingó en su lugar, y se volvió en su dirección.

—Señorita Devine… —hizo una leve venia y se acercó a ella para saludarla adecuadamente, aunque no se lo veía precisamente interesado en conocerla.

—¿Puedo saber el motivo de su visita?

Él meditó sus siguientes palabras y le indicó las tres cajas que estaban apiladas sobre la mesa.

—¿Qué…? —su voz fue muriendo y se acercó a las mismas con inquietud.

Había una nota pegada en una de ellas y estaba escrita con una hermosa caligrafía.

"Señorita Devine. Pedido urgente".

Sonrió con melancolía, ¿por qué sentía que esa visita no traería buenas noticias consigo?

—Me habría encantado reunirme con su esposa —admitió en voz baja y luego se volvió hacia él—, ¿puedo saber por qué es usted quien me entrega todo esto?

En ese momento, pudo percatarse de sus ojeras y la tristeza que albergaban sus ojos.

—¿Usted es amiga de mi esposa?

Kathe se tensó.

—¿No le gusta la idea?

El hombre le indicó el diván, y por alguna extraña razón Kathe se puso cómoda. Tendrían una conversación de suma importancia.

—¿En qué lo puedo ayudar, lord Kilbrenner? —fue directa al punto de su interés.

—Me gustaría saber si mi esposa le ha hablado de mí.

—Nada malo —espetó, confundida.

No estaba segura qué tanto debía decir.

—Extraño —musitó él, con amargura—. He sido un esposo terrible, ¿por qué nunca se quejó con nadie? —La impotencia en su voz fue casi palpable y Kathe no supo cómo procesar ese hecho.

—Bueno… —Kilbrenner la miró con fijeza—. Creo que no lo culpa por nada porque ella reconoce que cometió un terrible error al obligarlo a contraer nupcias.

—¿Le habló de nuestro matrimonio? —inquirió con voz tensa.

—No —fue sincera—. Sólo me dijo que no ve la hora de obtener la anulación de su matrimonio.

La tensión se cernió en los hombros masculinos.

—¿No cree que le ha tomado mucho tiempo, milord? —se atrevió a preguntar—. Han pasado dos años en los que no sólo dejó claro que su matrimonio se anularía, sino que la dejó totalmente olvidada.

—¿Ella le dijo eso? —su voz apenas fue un susurro.

—Sólo hace falta verla —hizo una mueca—. A diferencia suya, Harriet no está a la moda, se ve demasiado menuda y todo el tiempo parece cansada.

El hombre se frotó los ojos, atormentado, y eso hizo que las dudas acrecentaran en su interior.

—Me gustaría conocer la razón de su visita, milord —arrastró las palabras—. ¿Por qué vino en lugar de Harriet?

—Porque no puedo retroceder en el tiempo —soltó con amargura y Kathe se estremeció cuando los ojos ambarinos se cristalizaron—, pero puedo intentar ser alguien mejor para ella.

—¿Dónde está Harriet? —se incorporó con rapidez, odiando que su corazón latiera con tanto desenfreno.

Él hizo lo mismo, pero demoró un poco en darle una respuesta.

—Usted es la prometida del conde de Pembroke y conoció a su difunto hermano. —No fue una pregunta, sino una afirmación.

—¿A dónde quiere llegar? —Dio un paso hacia atrás y el hombre la miró con fijeza.

—¿Por qué su casa está siendo escoltada? ¿Corre algún tipo de peligro? —preguntó con sabiduría y Kathe contuvo su jadeo.

—No creo que esto sea de su incumbencia, lord Kilbrenner.

—¿Podría ser que usted es su siguiente víctima? —la sangre se le congeló.

—¿Cómo…?

—¿Cómo lo sé? —preguntó con sorna y lanzó una risa seca, casi amarga—. Porque mi esposa fue atacada el día de ayer, señorita Devine. —Las piernas le temblaron—. Su estado es muy delicado, nuestras esperanzas son casi nulas, y por alguna extraña razón, sólo necesité ver esas cajas para recordar lo muy bien relacionada que está con la familia Sterling.

—Milord… —la voz se le quebró.

¿Lionel atacó a Harriet la noche anterior?

—No vine a amenazarla, yo… sólo quiero respuestas —confesó con impotencia, y ella negó con la cabeza.

¿Qué tipo de respuestas podría darle si se sentía tan perdida?

—¿Por qué Harriet? —fue lo único que pudo decir y varias lágrimas bajaron por sus mejillas—. Ella no le hizo daño a nadie.

—No dejo de hacerme esa pregunta —reconoció el hombre, captando su atención.

—Usted… cualquiera podría decir que su esposa le interesa.

—Me interesa lo suficiente como para querer matar al culpable de su dolor y desafiar a toda mi familia con tal de impedir que la aparten de mi lado. —Lo miró con sorpresa—. He sido descubierto de la peor manera, pero ya no me importa —admitió con sequedad, mirando a la nada—. Nunca consideré soltarla, pero es evidente que nunca evalué los riesgos que implicaban dejar a una mujer como ella totalmente sola.

—¿Usted ama a su esposa?

Kilbrenner no le dio una respuesta inmediata —aunque su semblante le dijo más que mil palabras—, pero cuando separó los labios para responderle, un bullicio en el exterior del salón hizo que ambos se pusieran alertas.

***

Cuando Seamus recibió la noticia de que Isaac Kilbrenner estaba en la casa de Kathe, la licencia especial pasó a un segundo plano y en lo único que pudo pensar fue en llegar a la propiedad. Como era de esperarse, Harrison decidió acompañarlo —porque según su jefe estaban teniendo falla tras falla—, y Seamus salió disparado del carruaje ni bien este llegó a su destino.

La esposa del hombre estaba entre la vida y la muerte, y no le sorprendería que el castaño quisiera respuestas y un culpable, por lo que su visita cobraba mucho sentido. Sin embargo, no dejaría que nadie inmiscuyera a Kathe en este embrollo.

¡Ella no hizo nada, maldita sea!

—¡Kathe! —gritó nada más pasar el umbral de la puerta y el mayordomo le indicó en qué salón se encontraba.

—Seamus, espera —ordenó Harrison, pero decidió ignorarlo.

—Estaba claro que su gente no podía ni imaginarse las locuras que sería capaz de realizar por su familia.

—¡Kathe! —Abrió la puerta del salón con brusquedad y apretó la mandíbula al ver a Kilbrenner ahí—. ¡¿Qué diantres cree que hace?! —vociferó, sulfúrico, pero no logró alcanzarlo porque Kathe lo cubrió con su cuerpo.

—Para, Seamus, no me hizo nada malo.

—Por ahora —gruñó y con sumo cuidado tiró de ella y la posicionó a su espalda—. ¿Qué quiere, Kilbrenner? ¿Busca un culpable cuando todos aquí sabemos que usted es el único responsable de lo que le sucedió a su esposa?

—¡Eso no es verdad! —gruñó el hombre, furioso—. Intenté protegerla, estuve ahí para ella y…

—Y todo habría sido diferente si la hubiera sacado de esa casa desde un principio —soltó con frialdad, y Kilbrenner enmudeció—. Lárguese, usted no está autorizado a hablar con nadie del tema.

¿Es que nunca dejarían de llegarles malas noticias?

Lo menos que necesitaba era que Kathe descubriera que Lionel atacó a otra dama la noche anterior.

—¿Ni con los involucrados? —lo desafió, helándole las entrañas.

—La señorita Devine no tiene nada que ver en esto —espetó Harrison, haciendo notar su presencia, y Kilbrenner la miró con fijeza

—. Así que le pediré que venga conmigo, milord. —Intentó sacarlo del salón, pero lord Kilbrenner no dejó que lo movieran ni un ápice.

—Mi esposa vivió sola por meses, pero sólo necesitó acercarse a usted para terminar así —soltó el hombre, generando una horrible tensión en el ambiente, y Kathe odió que las piernas le temblaran.

—¡Kathe! —Seamus logró sujetarla a tiempo para impedir su caída, pero ella no apartó la vista del castaño—. Vamos a tu habitación, no estás bien. Haré que vayan por el médico.

¿Cómo no pudieron notarlo antes?

¡Las víctimas de Lionel siempre estuvieron cerca de Kathe!

—Es mi culpa —soltó ella con un hilo de voz, provocando un gélido silencio en la estancia—. Lionel debió verla cuando vino a recoger los vestidos, cuando la invité a tomar el té y se quedó a almorzar conmigo.

—No digas eso, no tiene sentido —soltó con fingida calma, aunque en el fondo conocía la verdad.

Tal vez Harrison no se equivocó al decir que tanto Jackson, Andrew y él, estuvieron muy distraídos.

—¿No crees que sus víctimas están muy cerca de mí? —se atrevió a preguntar e intercambió una rápida mirada con Harrison, quien analizaba la situación con inquietud.

¿Acaso el ochenta por ciento de las víctimas de Lionel no vivían en la misma zona que Kathe?

Dios santo, ¡¿cómo no lo notaron antes?!

—Ese hombre atacó a mi esposa porque estaba cerca de usted —farfulló Kilbrenner con voz contenida, y ella tragó con fuerza.

—¡Ella no tiene nada que ver en todo esto! —explotó Seamus, y Harrison tiró del noble fuera de la estancia.

Kathe quiso creer que esto terminaría ahí, pero algo le decía que sólo era cuestión de tiempo para que Isaac Kilbrenner volviera a buscarla.

—Es mi culpa, Seamus —lo sujetó de los brazos y conectó sus miradas—. Lionel notó a Harriet por mi culpa, porque yo la mantuve cerca y…

—Debes calmarte, Kathe, Lionel está loco y tú no tienes nada que ver con todo esto.

¿Sería verdad?

¿Realmente podía creer que esto sólo se trataba de una coincidencia?

El estado de conmoción en la fémina fue tan grande, que Seamus no tuvo más opción que tomar a Kathe en brazos y llevarla hasta su habitación para sentarla en la cama. Imploró en silencio para que Juliana y Evans regresaran pronto, ella estaba muy alterada y ahora mismo no sabía qué tanto podía hacer sin incomodarla.

—Ella no es una mala mujer, quiero ir a verla —soltó entre llanto y él acunó su rostro, angustiado.

—No es un buen momento, Kathe, las cosas se han complicado y…

—¿Es que Lionel nunca dejará de atormentarnos? —lo miró con impotencia y lo abrazó por la cintura, tomándolo por sorpresa—. Esto debe parar, Seamus, si mis sospechas son ciertas, Lionel hará hasta lo imposible por lastimar a nuestro hijo.

La abrazó con fuerza.

—Él no te hará daño, no permitiré que te lastime, mi amor. —Besó su coronilla, agradeciendo en silencio que no renunciara a su tacto—. Ustedes son lo más valioso que tengo y los protegeré con mi propia vida —prometió y en ese momento pudo sentir como el temblor en el cuerpo femenino iba mermando.

Mejor.

Ella no tenía que sentir miedo, no mientras él estuviera a su lado porque a partir de ahora se encargaría de que nadie más volviera a lastimarla.

—Seamus… —susurró ella después de varios segundos.

—¿Sí?

—Me siento muy cansada. —Sonrió con ternura y la recostó con sumo cuidado para después cubrirla con una manta.

—Descansa, yo velaré tu sueño y…

—Duerme conmigo. —La miró con fijeza, no quería aprovecharse de su vulnerabilidad—. Por favor, necesitamos sentirte cerca.

¿Algún día podría decirle que no?

Se recostó junto a ella, y con un brazo rodeando sus hombros y la otra mano sobre su vientre, Seamus cayó en un sueño profundo que

no le permitió notar la llegada de Evans ni Juliana, ni el cómo Kathe lo besó con ternura antes de caer en un sueño profundo.

Capítulo 21

La suave luz del ocaso bañaba la habitación con tonos dorados y rosados, creando una atmósfera íntima que parecía hecha a medida para una confesión. Katherine observó el fuego que crepitaba lentamente en la chimenea y dejó escapar un suspiro cargado de inquietud. Había tantas cosas que decir, tantas palabras guardadas que necesitaban ser pronunciadas esa noche, antes de que el futuro les exigiera enfrentar el peligro.

Porque si de algo estaba segura, era de que no pensaba huir.

Sintió el peso cálido de la mano de Seamus al cubrir la suya, y lentamente se volvió hacia él. Sus ojos verdes brillaban con una mezcla de determinación y vulnerabilidad, reflejando perfectamente el estado de su corazón.

Esto no estaba resultando sencillo para ninguno de los dos.

—Seamus… —empezó, pero las palabras se enredaron en su garganta, aprisionadas por la emoción.

—Sé lo que estás pensando —susurró él, acercándose para reducir la distancia entre ambos. Su voz era suave, cargada de una ternura que ella pocas veces había escuchado—. Y no puedo culparte por ello. Tienes todo el derecho de dudar de mí después de todo lo que te he hecho pasar.

Kathe tragó con fuerza, pero no apartó la mirada.

No quería vivir en el pasado, ni obsesionarse con el futuro. Ella… sólo quería disfrutar su presente.

—No dudo de ti —reconoció con voz temblorosa—. Es solo que me aterra que el destino vuelva a burlarse de mí. No creo poder soportar perderte una vez más.

Seamus levantó su mano y acarició con delicadeza la mejilla femenina, limpiando con ternura la lágrima que escapó de sus ojos color cielo.

—Eso no volverá a suceder. Me he equivocado demasiado, Kathe, pero mi mayor error siempre fue negar lo que siento por ti.

—¿Y qué es lo que sientes? —preguntó en un suspiro, con el corazón palpitando de ansiedad.

—Que eres lo más importante en mi vida —confesó, su voz firme y clara, llena de convicción—. Te amo como jamás creí ser capaz de amar a alguien, y quiero estar contigo hasta el final, sin importar lo que suceda mañana, pasado o cualquier día después de eso.

La emoción desbordó el pecho de Kathe, y esta vez fue ella quien acunó el rostro de Seamus entre sus manos, acercándose hasta sentir su aliento entremezclarse con el suyo.

—Yo también te amo, Seamus. Te amo incluso sabiendo que corres peligro al estar conmigo, sabiendo que Lionel puede estar ahí afuera esperando para lastimarnos.

Él negó lentamente con la cabeza, cerrando los ojos un instante.

—Que intente lo que quiera, porque a partir de ahora, nunca más volveré a soltarte. Protegeré a nuestra familia hasta mi último aliento.

Kathe sintió como si todas las cadenas que durante años habían aprisionado su corazón se rompieran una tras otra, liberándola por fin.

—Entonces, quédate conmigo esta noche —susurró, rozando sus labios contra los suyos en una caricia leve, cargada de promesas y anhelos.

No quería contenerse, ella… necesitaba liberar todo lo que estaba sintiendo por Seamus, el hombre que amaba con cada fibra de su ser.

—Me quedaré contigo todas las noches —juró él, antes de tomar posesión de sus labios en un beso que selló por fin todas las dudas y miedos.

Ambos sabían que la paz era temporal, que el amanecer podría traer noticias sombrías y retos enormes, pero en ese momento, entre los brazos del otro, nada más parecía importar. Porque, al menos por esa noche, finalmente se habían perdonado y encontrado de nuevo.

El beso se tornó más profundo, más urgente. Los labios de Seamus trazaron un sendero de fuego por su mandíbula hasta el hueco de su cuello, donde ella dejó escapar un suspiro ahogado por

el deseo. Sus dedos exploraron la piel desnuda bajo su vestido, cada caricia encendiendo nuevas llamaradas en su cuerpo.

Katherine se aferró a él con una mezcla de impaciencia y entrega, como si su amor pudiera protegerlos del mundo. Su ropa cayó al suelo con lentitud reverente, como si desvestirse no fuera sólo un acto físico, sino la renuncia voluntaria a todo lo que los había mantenido alejados.

—Eres perfecta —murmuró Seamus contra su vientre, arrodillado frente a ella como un devoto. La besó ahí, justo donde empezaba una nueva vida, y luego ascendió con suavidad, adorando cada centímetro de su cuerpo hasta que sus labios se encontraron de nuevo.

Cuando él la tomó, no fue con la urgencia de la primera vez ni con la pasión dolida de sus reencuentros. Fue con amor. Con la certeza absoluta de que, al fin, se pertenecían. Se movieron juntos en una danza lenta, profunda, tan íntima que los dejó sin aliento y sin palabras, sólo piel contra piel, alma contra alma.

Ella susurró su nombre como un rezo, y él prometió amarla eternamente entre jadeos entrecortados. El clímax los envolvió con una intensidad silenciosa, como si incluso el universo contuviera el aliento por un instante para no interrumpirlos.

Después, él la abrazó con fuerza, enredando sus cuerpos bajo las sábanas mientras el fuego seguía crepitando como un testigo silencioso de su redención.

Kathe se quedó dormida con una sonrisa en los labios y Seamus la siguió poco después, con el corazón en paz por primera vez en mucho tiempo.

El amanecer se filtró tímidamente por las rendijas de las cortinas. El calor del cuerpo de Seamus seguía junto al suyo, y la respiración pausada del barón le indicaba que aún dormía. Katherine no se movió. Quería conservar ese momento por un poco más. El mundo afuera podía esperar.

***

Su hermana acababa de pasar exitosamente su segunda noche.

Sin embargo, a pesar de ser una buena noticia, eso no hacía que Colette Kilbrenner, marquesa de Teingham, se sintiera tranquila. El estado de Harriet era muy delicado y era imposible no sentirse responsable de ese hecho.

Nunca debió aceptar su distanciamiento, de haber luchado más, de haber insistido más, quizá Harriet habría abierto los ojos y habría dejado de sentir un horrible resentimiento hacia ella, pero no… fue lo suficientemente egoísta como para enfocarse únicamente en su esposo e hija.

—¿Colette? —Un crujido en la cama la arrancó de su letargo y observó por encima del hombro como Leighton se incorporaba con rapidez.

—Aquí estoy —le informó y el apuesto castaño la buscó con la mirada.

—Es demasiado temprano, ¿qué haces despierta y vestida? —Salió de la cama, inquieto, y cubrió su desnudez con su bata.

Ella le sonrió.

En una ocasión, Colette se alejó de Leighton y toda su gente en cuestión de segundos, y aunque él no lo dijera, su mayor temor era que la historia volviera a repetirse.

—Quiero ir a ver a Harriet. —Su voz tembló y fijó su vista en el espejo—. Nadie mejor que yo para cuidar de ella.

Su cuñado ya había dejado clara su ineptitud.

—Cariño… —Leighton se sentó junto a ella y un escalofrío recorrió su espina dorsal cuando posó una mano sobre la suya—. El estado de Harriet…

—Se pondrá bien —gruñó y apartó su mano con brusquedad—. Ni se te ocurra brindarme consuelo, menos de ese tipo —lo miró significativamente y la visión se le cristalizó.

Su hermana viviría, ¡Harriet no podía morir!

Leighton la envolvió en un firme abrazo y dejó un casto beso en su coronilla.

—Deja que me aliste, iré contigo.

Después de todo, Isaac les había informado tanto a él como a Saint Albans que debían cuidar a las mujeres de su familia.

—Tienes que ayudarme, Leighton —suplicó entre llanto y el castaño se tensó—. Busca a tu abogado, debe haber una manera.

—Colette…

—Anulemos ese matrimonio —suplicó con desespero y lo buscó con la mirada.

—No es tan fácil, Isaac…

—¡No la quiere! ¡Ni siquiera pudo cuidar de ella! —abandonó su lugar, indignada, y observó a su esposo con súplica—. Debe haber una manera, quizá podamos llegar a un acuerdo con tu hermano. Él… debe liberar a mi hermana.

El marqués se limitó a asentir, pero muy en el fondo sospechaba que Isaac se resistiría y les declararía una guerra abierta. Le resultaba demasiado evidente que él no la estaba pasando nada bien con el giro de los acontecimientos.

***

Era la primera vez en años que la mesa de su comedor contaba con más de tres comensales. Kathe no tenía la menor idea de cómo pudo suceder, pero ahora ya no eran sólo Juliana y Evans los que estaban a su lado.

Seamus se había sumado.

Y quería ser más que un amigo y amante.

Le dio un sorbo a su taza de té y observó al rubio de reojo, quien intercambiaba un par de miradas silenciosas con sus amigos —a pesar de estar más cerca de ella que de ellos—. Pembroke y Watchmeister llegaron esa mañana sin avisar, generando un poco de conmoción en ella, pero ya se había dado cuenta de los beneficios que esos hombres portaban al ser espías de la corona.

De vez en cuando, podían tener el poder absoluto.

—Creo que es momento de saber qué viene a continuación —espetó Evans, demandando la atención de todos los presentes, y Kathe se lo agradeció en silencio.

Si ellos la harían parte de esa misión, lo correcto era que ella conociera el plan en su totalidad.

Kathe dio un respingo en su lugar cuando Seamus posó una mano sobre la suya y le prestó atención, ¿por qué estaba tan tenso? ¿Qué lo tenía tan nervioso?

—Eres la mujer que amo, Kathe —espetó, frente a todos—. Quiero casarme contigo y cuidar de ti y nuestro hijo —sacó una pequeña caja de terciopelo del bolsillo de su abrigo y la extendió en su dirección antes de abrirla—. Lamento mucho que las cosas se hayan suscitado de esta manera, me habría encantado que esta propuesta fuera más romántica y emotiva.

—Entiendo que la situación no lo amerita —admitió con una pequeña sonrisa en el rostro y extendió la mano—. Yo también quiero casarme contigo, Seamus —reconoció y su corazón se encogió cuando el anillo se deslizó por su dedo.

—Es una mala temporada para pensar en una boda —observó Juliana, inquieta, y la tensión de Seamus se preocupó y la miró con pesar.

El mensaje llegó a ella con claridad.

—¿Creen que es un evento perfecto para atraerlo?

—Lo siento tanto —suspiró Seamus y miró de soslayo a sus amigos, el enojo en sus ojos fue palpable.

Él no podía elegir, esto no era opcional.

—La licencia especial está lista —se vio obligado a decir Pembroke y su nana jadeó, al tiempo que Evans y Seamus apretaban la mandíbula—. La reina ha dado su aprobación y la boda será en una semana. Estamos preparando el escenario perfecto.

—Kathe… —Juliana la buscó con la mirada y ella asintió.

—Estoy de acuerdo. —Todos la miraron con sorpresa, incluso Seamus—. Esto no puede seguir, debemos detener a Lionel e impedir que el número de víctimas siga aumentando.

—Pero yo no apoyo tal locura —espetó Seamus, tomándola por sorpresa—. ¿Por qué debo exponer a la mujer que amo? Yo…

—Lo siento, Seamus, pero esto se escapó de nuestras manos y lo sabes —musitó Jackson con pena, y él tragó con fuerza—. Su matrimonio será anunciado el día de mañana, debe ser lo suficientemente público para captar la atención de Lionel.

Seamus quería culparlo y odiarlo, pero… ¿tendría sentido?

Él mejor que nadie sabía que Jackson sólo estaba haciendo su trabajo.

—¿Están seguros de que es lo correcto? —preguntó, indeciso.

—La protegeremos con nuestras vidas —espetó Andrew, captando su atención—. Créeme que esto no nos hace sentir mejor.

Eran sus mejores amigos y entendían su dolor, pero no quería presionar a Kathe. Se suponía que su intención era sacarla de esa misión, pero todo indicaba que la corona no pensaba soltarla por el momento.

Ella era una pieza clave.

—No sé si es lo correcto —confesó Jackson, observando a Kathe y sus protectores—. Pero es la única forma que tenemos de atraerlo y la corona lo sabe.

Seamus cerró los ojos con fuerza cuando Kathe posó una mano en su brazo.

—Quiero hacerlo —Se tensó, ¿realmente se expondría a ese peligro voluntariamente?—. Si esto puede detenerlo, si esto puede proteger a más mujeres, vale la pena el riesgo.

Seamus la miró con pesar, pero algo en sus ojos se iluminó con devoción.

—Y porque quiero que seas mi esposa —aclaró—. No por obligación, no por la reina, ni por Lionel… sino por nosotros.

Ella asintió con una leve sonrisa y Jackson se incorporó.

—Eso era todo lo que necesitaba escuchar —espetó el moreno—. Ahora si me disculpan, hay muchas cosas por hacer.

Abandonó el salón y Andrew no demoró mucho en excusarse y seguirlo.

Todo indicaba que su misión esa mañana era informarles que su boda era impostergable.

—Esto es una locura —susurró Juliana, tan pálida como una hoja, y antes de que Kathe pudiera hablar, Evans la sujetó de la mano.

—Todo saldrá bien.

—De nosotros dependerá que sea algo momentáneo —acotó Seamus y ambos entrelazaron sus manos con valentía y seguridad.

Adoraba la idea de hacerla su esposa, pero no le gustaba en lo más mínimo el ponerla en bandeja de plata para que ese idiota se

acercara a ellos.

—Una semana —murmuró ella y Seamus asintió con un gesto serio.

—Pueden parecer eternos con el peligro rondando tan cerca —respondió él, pasándose una mano por el rostro—. Tenemos que estar preparados. No podemos subestimarlo.

La incertidumbre lo estaba carcomiendo por dentro.

Evans se encargó de llevar a Juliana al jardín y Seamus aprovechó ese momento para guiar a Kathe hacia uno de los salones.

—No tienes que hacerlo si no quieres —dijo ni bien cerró la puerta, y la rubia se rio por lo bajo—. Tengo miedo, no quiero que les pase nada malo.

—No podemos huir, Seamus —lo abrazó por el vientre—. Si nuestra boda puede ponerle fin a todo y detener a Lionel, entonces no quiero mirar atrás.

—Lo sé… pero temo que intente algo durante la ceremonia. Es capaz de cualquier cosa.

—Y por eso debemos estar unidos —dijo ella con firmeza, tomando su mano—. No le tengo miedo, Seamus. No permitiré que él se convierta en la mayor amenaza de nuestro hijo. Si Lionel viene… lo enfrentaremos juntos.

Él acarició sus nudillos con el pulgar, con una mezcla de orgullo y temor en la mirada.

—No puedo perderte, Kathe.

—No lo harás. Pero prométeme que serás cuidadoso, que si algo pasa pensarás en nuestro hijo.

Él tragó con dificultad.

—Lo prometo. Y tú prométeme que, si algo sale mal, huirás sin mirar atrás, incluso si yo no puedo seguirte.

—No puedo prometerte eso —dijo ella con una sonrisa triste—. Pero sí te prometo que haré todo lo posible para que ninguno de los dos tenga que elegir.

Seamus la atrajo hacia su pecho y la abrazó con fuerza.

—Entonces estaremos listos para lo que sea.

***

A la mañana siguiente, Jackson se encargó de adquirir cada edición de los periódicos de aquel día, buscando solo una cosa: la dichosa nota de Lady Berricloth.

—¿No te parece curioso? —la pregunta de Andrew hizo que lo mirara de soslayo.

—¿A qué te refieres?

Su amigo siguió hojeando el ejemplar.

—Lady Berricloth dejó de publicar sus notas después del incidente en los jardines de Vauxhall.

No era el único que lo había notado.

—En sus últimas notas llegó a hablar del escándalo de Vauxhall, una dama herida y el cambio de pretendiente de la señorita Devine —pensó en voz alta y se frotó la barbilla—. ¿Por qué se calló tan abruptamente?

—El compromiso de Seamus hubiera causado un gran revuelo, pero ella guardó silencio —complementó Andrew y Jackson hizo una mueca.

—Ella envía sus notas en la madrugada, no trabaja sola, pero… es curioso.

Andrew lo observó con fijeza.

—¿Qué estás pensando?

—Lady Kilbrenner termina inconsciente y Lady Berricloth desaparece, ¿no te parece una gran coincidencia?

—No lo había pensado así —reconoció Andrew y Jackson se tensó.

—¿Qué tenías en mente?

—¿Cómo patrocina Lionel sus delitos? —la sangre se le congeló—. Él no se llevó nada, ni siquiera sus joyas, y se podría decir que tu hermano siempre adoró el escándalo y las ruinas sociales de las personas.

—¿Insinúas que mi hermano…?

—Sólo digo que todo esto es muy extraño —aclaró inmediatamente, y luego suspiró—. Espero que la boda sea un éxito

y después de ese suceso, Seamus siga siendo nuestro mejor amigo.

Porque si algo salía mal, ambos sabían que su amistad no volvería a ser la misma de siempre.

***

Cuando Lionel escuchó los rumores que se propagaron como pólvora por la ciudad, lamentó con creces no haber matado al barón de Mountevans antes. Nunca se imaginó que él tomaría en serio a su mujer, lo suyo parecía más una aventura que una relación amorosa, pero al parecer fue muy descuidado al permitir que Kathe se viera con el rubio.

Últimamente no hacía más que fallar.

—Pero pronto corregiré eso. —Sonrió con frialdad.

Seis días… en seis días acabaría con toda esa ansiedad cuando volviera a tener a su hermosa y ávida Katherine entre sus brazos.

Sin embargo, debía ser realista.

Si quería conseguir lo que quería, necesitaría un poco de ayuda.

***

Hablar con Isaac no estaba resultando nada sencillo y Leighton empezaba a perder la paciencia. Su madre, Ewan e incluso Colette habían intentado reunirse con él, pero su hermano no quería hablar con nadie, por lo que esa tarde él sólo optó por abrir la puerta del despacho e invadir su espacio.

—Es hora de hablar —dijo nada más verlo detrás de su escritorio y frunció el ceño al ver como doblaba el periódico con rapidez—. ¿Sucede algo?

—Eso debería preguntarte yo —arrastró sus palabras, su estado era lamentable—. ¿Qué quieres que ni siquiera tocaste la puerta?

—Quiero que tramitemos la anulación de tu matrimonio.

—Lárgate —soltó con frialdad, helándole las venas.

—Isaac…

—Si quieres que tu esposa siga visitando a su hermana, sal de mi vista, Leighton.

Apretó la mandíbula.

—¿De verdad piensas usar tu posición para privar a Harriet del amor de sus hermanas? Ella se está muriendo y tú…

—¡No se está muriendo! —golpeó su escritorio y se incorporó con rapidez—. El doctor ha notado una mejora —soltó con desespero—. Ella… —su voz se quebró y Leighton lo miró con pesar.

Isaac estaba arrepentido y entendía su dolor, él también había cometido muchos errores con Colette, pero ahora mismo las acciones de su hermano eran indefendibles.

—Debes sentar cabeza, es hora de soltarla.

Isaac no le dio una respuesta y en silencio lo invitó a marcharse.

Lo hizo.

Si era sincero, Leighton no quería seguir empeorando la mala relación que tenían.

Dios santo, Archie había elegido la peor temporada para salir de viaje.

Ahora mismo ansiaba su regreso.

Él era el único que podría hacer entrar en razón a Isaac.

Capítulo 22

El día de mañana Katherine se convertiría en la baronesa de Mountevans, celebrando una boda que no se parecía en nada a la que alguna vez pensó sería su boda de ensueño —porque sus únicos invitados serían Juliana y Evans, junto a una docena de guardias disfrazados de invitados—. Sin embargo, le hacía feliz saber que al menos sí se casaría con el hombre que amaba.

No había sido fácil llegar hasta ahí, por un momento pensó que su camino y el de Seamus nunca podrían conectarse de nuevo, pero al final de todo el amor venció y ambos pudieron recapacitar y actuar correctamente a tiempo.

Sin embargo…

—Te noto muy nerviosa —miró por encima de su hombro.

—¿Hace cuánto que estás ahí? —le sonrió con ternura, y Seamus la envolvió en sus brazos.

—Segundos, toda esta planificación va a volverme loco —reconoció.

—Sobre eso… —rompió el abrazo con lentitud—, ¿no crees que es demasiado evidente?

Seamus se tensó, pero finalmente ladeó el rostro, consternado.

—Todos creen que su locura le hará pisar el anzuelo.

—¿Y tú qué opinas? —quiso saber.

—Que todo esto es una verdadera locura —suspiró finalmente y ambos tomaron asiento en el diván—. No he dormido nada en los últimos días, lo único que deseo es atrapar a Lionel y acabar con esta locura, pero…

—Aún no saben dónde encontrarlo —completó por él, y Seamus suspiró.

—Hemos buscado como locos, metiéndonos hasta en los rincones más inhóspitos, pero no hay rastro alguno de Lionel.

Y eso era lo más alarmante, ¿cómo hacía Lionel para mantenerse tan bien oculto?

—Es temprano, si te hace sentir mejor, puedes volver con tus amigos.

Lo escuchó tragar con fuerza.

—Quiero buscarlo, pero tampoco me atrevo a dejarte sola por mucho tiempo.

Kathe le sonrió con ternura y unió sus labios con suavidad.

—No soy tan débil como parezco, Seamus.

Él lanzó una ronca carcajada.

—Pero yo soy muy débil cuando se trata de ti, amor.

—No sé si me gusta ser tu punto débil —reconoció con un mohín, y él negó lentamente con la cabeza.

—Tú eres mi todo, Kathe —entrelazó sus manos, no muy segura de a qué se refería, pero prefirió no atormentarlo y se limitó a abrazarlo.

Ellos necesitaban un poco de paz.

***

En las oscuras calles de Whitechapel, uno de los sitios más peligrosos de Londres, Andrew se encontraba merodeando por los túneles de la zona, sintiéndose más familiarizado con el lugar que con su propia casa.

Un hecho curioso porque era la primera vez que visitaba ese barrio.

Podía decirse que Andrew no estaba intacto porque ejerciera un gran temor sobre los habitantes del barrio —en su mayoría vándalos sin escrúpulos—, sino porque el jefe de los mismos había dado su autorización para que él hiciera una búsqueda por el lugar.

Blackwood…

¿Por qué ese apellido lo inquietaba tanto?

Un escalofrío recorrió su espina dorsal al sentir una penetrante mirada sobre su nuca y giró sobre su eje para estirar su linterna a gas.

Nada, todo estaba oscuro, pero…

Ese movimiento hizo que captara una extraña irregularidad en la pared. Se acercó a la misma y al tocar la superficie húmeda, se percató de que no era tan firme como debería ser. La empujó con más fuerza y apretó la mandíbula cuando un pasadizo secreto apareció en su campo de visión.

—Esto es malo —susurró.

Si Lionel había encontrado ese tipo de pasillos, atraparlo no sería nada sencillo.

Andrew se adentró al mismo y regresó la puerta secreta a su lugar, quedando en una profunda e inquietante oscuridad. Ese lugar era demasiado estrecho y asfixiante. Aceleró su marcha para llegar al final del túnel y su corazón empezó a bombardear cuando encontró una escalera pegada a la pared. Miró hacia arriba, eran puertas de madera abatibles. Por una milésima de segundo, quiso subir, pero luego lo pensó mejor y emprendió camino de regreso para ir por Jackson y Seamus.

Este panorama era algo que debía analizarse lo antes posible.

Regresó al túnel principal y cuando se dispuso a cerrar todo, un firme golpe en su nuca estremeció cada una de sus extremidades. Cayó sobre sus rodillas, incapaz de reaccionar al instante, y las sienes comenzaron a martillearle.

¿Por qué?

—No me gusta matar hombres, pero no puedo permitir que te vayas con información tan importante, Watchmeister.

Esto era malo, Lionel no sólo lo había descubierto, sino que fue lo suficientemente listo como para tomarlo por sorpresa.

Un nuevo golpe en la nuca hizo que terminara tendido en el piso y el dolor no hizo más que extenderse. No podría defenderse, conocía su cuerpo y sólo un milagro lo salvaría.

Un milagro que sucedió.

El disparo retumbó por el lugar, acompañado del gruñido ahogado de Lionel, y Andrew sólo vio en silencio como el hombre tiraba el palo al piso y salía huyendo como si de eso dependiera su vida.

¿Qué acababa de suceder?

—¡Ve por Alaric, Dorian! —la piel se le puso de gallina.

¿Por qué esa voz le resultaba tan familiar?

—No puede ser —la voz femenina se quebró y a pesar de la diferencia de tamaños, la mujer se las ingenió para dejarlo boca arriba y acomodar su cabeza sobre su regazo.

Era ella, la mujer que perdió de vista hace más de un mes por fin estaba frente a él, pero la vida era tan cruel que Andrew ni siquiera podía moverse.

—Ni siquiera lo intentes —ordenó de pronto, sujetando su rostro —. No te duermas, debes mantenerte despierto —suplicó con desespero, y él tragó con fuerza.

Le habría encantado seguir su orden, pero estar despierto estaba resultando agotador.

Todo se volvió oscuro, pero incluso así pudo escuchar sus últimos gritos.

Ella lo conocía, le había llamado por su nombre de pila.

Y él sólo pudo pensar en una cosa: la mujer de hermosa cabellera oscura era su Beck.

***

Decir que estaba nervioso era poco para explicar lo que estaba sintiendo.

¿Era posible tener el control total de la situación?

«Claro que no», se respondió a sí mismo, mirando a los lacayos desde la ventana de Kathe.

La casa estaba rodeada, era imposible que Kathe estuviera en peligro, pero incluso así, Seamus se sentía más inquieto que nunca.

¿Por qué?

¿Qué era lo que les esperaba?

—¿No crees que Evans y Juliana están demorando mucho? — observó su reloj de bolsillo, y Kathe apartó la vista del fuego del hogar.

—Sí, y ni siquiera me dijeron adónde irían —se sinceró y se llevó una uña a la boca—. ¿Crees que pudo pasarles algo malo?

Seamus fingió una pequeña sonrisa y se sentó junto a ella.

—Esperemos un poco más, es probable que Juliana se esté encargando de los últimos detalles de la boda.

Evans se había tomado muy a pecho la idea de proteger a ambas mujeres y como Kathe estaba resguardada en su casa, prefirió seguir a Juliana.

Un bullicio en el exterior de la habitación hizo que ambos abandonaran sus lugares y Seamus se acercó a la puerta, la cual se abrió antes de que pudiera alcanzarla. Era uno de los lacayos de la corona.

—¿Qué sucede?

—El señor Harrison y lord Pembroke exigen su presencia ahora mismo, milord.

Las sienes comenzaron a martillearle.

—¿Qué pasó?

—Watchmeister dio con el paradero del asesino, pero este llegó a herirlo y huyó.

¿Andrew estaba herido?

La garganta se le cerró.

Andrew era la razón por la que él llegó a trabajar como espía, el primer amigo que hizo en Londres y lo más cercano a un hermano que tenía, por lo que no le sorprendió que el cuerpo entero empezara a temblarle.

—Ve —musitó Kathe con ternura, posando una mano en su brazo.

—Pero…

—Tienes que ir, Seamus, es tu amigo y puede que tenga información importante. —La situación no era tan sencilla—. Yo estaré bien, no tienes de qué preocuparte. Ve con tu amigo.

—Sólo espera por mí, ¿sí? —Dejó un casto beso en sus labios y salió de la propiedad a paso apresurado.

¿Por qué no le sorprendía?

¡Lionel buscaría la manera de estropear su boda sin siquiera llegar al evento!

—¿Dónde está? —inquirió nada más llegar a la casa de Harrison, y le sorprendió ver la palidez en el rostro de su jefe—. ¿Qué sucedió?

—Está estable —espetó Jackson, tenso.

—Recibió dos golpes en la cabeza —añadió su jefe en voz baja y sus miradas se encontraron—. Todo es muy incierto.

Porque cuando él rescató a Andrew la noche en la que conoció a Harrison, Andrew recibió tal paliza que al despertar olvidó absolutamente todo.

Nunca pudo recuperar sus recuerdos.

Al menos no hasta ahora.

—¿Cómo pasó? ¿Por qué estaba solo?

Jackson removió su cabellera, inquieto.

—Le asigné una zona, nunca me imaginé que encontraría un pasadizo secreto y que este llevaría a la casa que mi hermano ocupa. Ya tenemos gente en el lugar, la zona ha sido cerrada y…

—¿Quién lo rescató? —quiso saber.

—Es lo de menos —espetó Harrison, arrastrando sus palabras—. Lo importante es que hirió a Lionel del brazo. Lograron dispararle, pero él huyó.

¿Lionel estaba herido?

Abrió los ojos con sorpresa, pero Jackson negó con la cabeza.

—No estamos seguros de qué tipo de daño sufrió, aún no podemos cantar victoria.

—Iré a inspeccionar su casa.

Algo le decía que entre sus pertenencias podrían encontrar alguna pista para dar con él.

***

¿Por qué Evans y Juliana no llegaban?

Ya era tarde, pronto serían las ocho de la noche y ellos no habían dado señal alguna.

¿Dónde diantres se habían ido?

¡No era un buen momento para perderse por tantas horas!

Empezó a caminar por su habitación de un lugar a otro y varios minutos después, vio con exactitud como un sobre se deslizaba por debajo de la puerta. Paró en seco, no muy segura de cómo reaccionar, pero luego se despabiló y abrió la puerta con rapidez,

maldiciendo en silencio que el pasillo estuviera en total calma y penumbra.

Recogió el sobre con inquietud y lo abrió con movimientos torpes.

"Ellos están con nosotros. Si tienes un poco de sentido común, no dirás nada y vendrás a cenar con tu familia. Un carruaje esperará por ti en la esquina sud. Con mucho cariño, tu tía Tiana".

—No puede ser —tiritó de enojo.

¡¿Cómo era posible que su propia familia le estuviera haciendo algo así?!

«Ya nada importa, tienen a Evans y Juliana».

No ignoraría ese mensaje, pero… tampoco quería seguirlo al pie de la letra. No obstante, estaba claro que había un infiltrado en su casa.

Miró la puerta de su habitación por largos segundos y finalmente suspiró.

Sólo había un camino que seguir.

***

La casa de Lionel era un lugar que no sólo era desagradable a la vista, sino al olfato. Estaba claro que esas alfombras habían recibido más sangre que agua y estaban en el sitio donde el antiguo conde cometía la mayoría de sus crímenes.

—Es escalofriante —observó, impertérrito, y Jackson empezó a abrir los armarios.

Seamus se acercó a la cama y abrió el cajón de la mesa de noche, quedando como piedra al ver tantos retratos en miniatura.

—Jackson… —sacó algunos y se los entregó a su amigo—. Creo que le gusta coleccionar víctimas —hizo una mueca, y regresó al cajón para rebatirlo, mientras su amigo observaba los retratos de todas las mujeres que su hermano debió haber matado.

—No lo entiendo, él… parecía tan normal.

No quiso decirle nada al respecto.

Después de todo, era su hermano quien lo había decepcionado.

Jackson pateó un plato sucio que estaba en el piso y este salió disparado hacia la pared, provocando un ruido que captó la atención de ambos.

—Eso…

Seamus se acercó a la pared y tiró del tapizado con violencia, percatándose del hecho de que ni siquiera estaba bien pegado, y la garganta se le cerró. Eran tres cajas apiladas.

—Revisemos esto.

En la primera caja había libros de medicina, inclinados más al área quirúrgica en los cuales se explicaba la mejor manera de cortar la piel humana; en la segunda caja Seamus encontró libros eróticos, pero a su vez retorcidos y macabros, donde quedaba claro que el dolor podía brindar mucho placer.

No obstante, eso no fue lo peor, sino que en la tercera caja se encontró con una gran cantidad de cartas.

—Deben ser cartas que compartió con sus amantes —musitó Jackson y Seamus sujetó la primera hoja que estuvo a su alcance.

—¿Qué sucede? —Jackson se puso alerta al percibir la tensión en su cuerpo.

—No puede ser, estuvo escribiéndose con los tíos de Kathe.

Le entregó la carta que hablaba de que los Devine estaban muy interesados en ayudar a Lionel a hacerse de Kathe con tal de quedarse con su herencia.

—Maldición.

Jackson empezó a buscar con él y ninguno descansó hasta encontrar la última carta que los Devine y Lionel intercambiaron.

Esa que indicaba un plan, una dirección, hora y día de entrega.

Cometió un terrible error al dejarla sola.

Capítulo 23

Esa no era la casa de sus tíos y Katherine no tenía la menor idea de dónde se encontraba, ni qué la esperaba detrás de esas puertas. El viaje había durado más de media hora y suponía que estaban en las afueras de la ciudad.

La garganta se le cerró.

¿Cuánto tiempo le tomaría a Seamus descubrir su paradero?

Le había dejado una nota explicándole la situación, pero por un momento fue lo suficientemente ingenua como para creer que Tiana y Edward la llevarían hacia su casa.

Inhaló profundamente al ver como la gran puerta de madera se abría y sujetó la falda de su vestido para subir la escalinata. Se mantuvo serena ante la sonrisa burlona que Tiana le regaló.

—¿Dónde están? —inquirió ni bien se adentró a la casa y su pulso se ralentizó.

—En el comedor, te dije que quería una cena familiar.

Kathe pasó saliva con esfuerzo y siguió a Tiana, alerta. Todo estaba demasiado silencioso y estaba claro que la casa carecía de servidumbre.

La iluminación era escasa y el silencio era asfixiante.

A medida que fueron avanzando por el pasillo, Kathe pudo escuchar quejas amortiguadas, por lo que aceleró su marcha y pasó a su tía de largo para adentrarse por la puerta que debía ser la del comedor.

Paró en seco al ver a Juliana y Evans atados a sus respectivas sillas, con dos pañuelos en la boca.

—¡Mmm! —gimió su nana al verla ahí y Kathe odió que sus ojos se llenaran de lágrimas.

Algo le decía que Juliana habría preferido morir, antes que ser el cebo de sus tíos.

—Te dije que vendría —se mofó Tiana y Evans se mantuvo sereno, pero no porque no le importara, sino porque su tío tenía un

cañón contra su sien.

—¿Qué significa esto? ¿Por qué hacen esto?

Edward dejó a Evans en paz y se acercó a ella con paso certero.

—Porque nos dimos cuenta de que eres un estorbo —soltó con frialdad y le indicó uno de los asientos que estaban vacíos en la mesa, junto a Juliana—. Si nunca hubieras nacido, yo habría sido el único heredero de mi hermano.

Su corazón se encogió, ¿ellos querían su dinero?

—Pero nunca es tarde para corregir las cosas —espetó Tiana, con malicia, y Kathe se sentó junto a su nana—. Hoy firmarás una serie de documentos; ¿cómo es posible que tu única heredera sea una simple criada? —bufó.

—Es mi madre —espetó con seguridad y su tía se puso tan roja como un tomate—. Y no firmaré nada.

No les daría el gusto de salirse con la suya.

—No es que tu firma sea necesaria —respondió su tía—. Una vez que te mueras, tu único familiar se quedará con todo.

—¿Cómo pueden estar tan seguros de que no los vincularán con mi muerte? —los miró con diversión—. Me enviaron una nota y la firmaste con tu nombre —observó a Tiana.

—Una tía puede ver a su sobrina cuando quiera. —Tiana se encogió de hombros y se sentó frente a ella—. Además, nosotros no te tocaremos un solo pelo.

La piel se le erizó.

—¿Qué?

Su tío sonrió con frialdad.

—Nuestra tarea sólo es entregarte, sobrina.

Su pulso se ralentizó, ¿podría ser…?

—Lionel Sterling se alegrará mucho cuando llegue y vea que estás aquí —canturreó su tía, y su control se esfumó.

Juliana y Evans forcejearon en sus lugares, pero no consiguieron nada contra la presión de las sogas.

—¿Qué diablos hicieron? ¿Por qué se relacionaron con él? —explotó y sus tíos se rieron por lo alto—. ¡Es un asesino! Ha matado a…

—Lo sabemos, gracias a él pronto volveremos a ser ricos —expresó su tío y se reclinó en su asiento.

—Por Dios, tío, Lionel es el hombre que estuvo matando a muchas mujeres en los últimos meses.

—¿Y ese es nuestro problema? —inquirió su tía, hastiada—. Nosotros…

—Tienen dos hijas.

La confianza de sus tíos mermó, por apenas unos segundos, pero luego ambos se rieron por lo alto, dejando claro que no le tenían miedo a Lionel.

—Y por ellas estamos aquí —espetó Tiana, triunfante—. Con tu herencia ambas volverán a tener sus dotes y podré encontrarles un lugar más adecuado en sociedad.

Kathe negó rápidamente con la cabeza, ellos estaban subestimando a Lionel.

¡Esto era absurdo!

—Si ayudan a atraparlo, yo misma les daré mi dinero voluntariamente.

—Es tarde —musitó su tía con frialdad—. Estoy harta de tu buena suerte, de tu estúpida cara y todo lo referente a ti; ya me hice la idea de un mundo sin ti, y es grandioso.

Kathe tiritó y miró a su tío con súplica.

El rubio ni siquiera se inmutó y ambos se incorporaron cuando la puerta principal se abrió.

Kathe miró a Evans y Juliana, quienes le rogaban con los ojos que huyera, pero no lo hizo, sólo observó en silencio como su tío se posicionaba detrás de su nana y posaba su cañón contra su sien.

—Por tu bien, harás lo que él te diga.

Juliana negó rápidamente con la cabeza, pero Kathe asintió.

La entrada de Lionel al comedor, sin ninguna máscara o tela cubriendo su rostro, conmocionó cada una de sus extremidades. Se veía desaliñado, con la cabellera larga y la barba sin afeitar, pero lo más escalofriante era la crueldad que brillaban en sus ojos oscuros.

—No creí que lo lograrían —reconoció con aspereza y Kathe se percató de la extraña posición de su brazo derecho.

¿Podría ser que estuviera herido?

—No fue nada difícil —regocijó su tía, y todo su cuerpo se tensó cuando él le hizo un gesto para que se levantara.

—Sabes lo que sigue, ¿verdad?

La bilis trepó por su garganta y su corazón se encogió, ¿de verdad todo terminaría así?

Su nana empezó a llorar con desespero y eso irritó a Lionel, quien sacó una pistola sin previo aviso y la direccionó hacia Juliana.

—¡No! —Kathe se puso en medio, dejando que el cañón se posara justamente en su frente.

El silencio cayó como un manto en la estancia.

—Nunca entenderé qué tiene esa criada, pero te hace obediente —observó él, con malicia, y rodeó su muñeca—. Vigílenlos, si algo sale mal arriba y ella se rebela, les daré la señal para que les disparen.

Las lágrimas bajaron por sus mejillas y dejó que Lionel la guiara hacia el piso superior.

—Por favor, déjalos ir, ellos no hicieron nada —rogó ni bien la metió en la habitación—. Ellos…

—Túmbate en la cama.

Su corazón se encogió, pero no dejó que el miedo la gobernara.

—Déjalos ir, haré todo lo que me digas y…

—Túmbate en la cama o escucharás el primer disparo.

Así lo hizo, comprendiendo que no había nada que pudiera hacer por sí sola, y contuvo el aliento cuando él se dispuso a amarrar sus tobillos.

—Nada de esto estaría pasando si no hubieras ido de zorra con mi hermano y su amigo.

Guardó silencio, iniciar una discusión con él no haría más que empeorar la situación y no podía olvidar que tenía un bebé en su vientre al cual debía proteger.

—Pero ya nada importa, pronto me encargaré de que ningún hombre vuelva a posar los ojos en ti, mi Kathe.

Extendió el brazo para acariciar su rostro y cuando ella se encogió, Lionel gruñó e hizo el ademán de golpearla, pero el aire se condesó, obligándolos a quedarse inmóviles en su lugar, porque los disparos se suscitaron en el piso inferior.

—No, Evans, Juliana —sollozó con impotencia y Lionel corrió hacia la puerta, al tiempo que ella desataba sus tobillos.

Cuando obtuvo su libertad, él no demoró nada en sujetarla del brazo y situarla delante de su cuerpo para usarla como su escudo.

—Es hora de confirmar si tus tíos perdieron la paciencia o mi hermano logró dar con nosotros —rodeó su cuello con el brazo derecho y con el izquierdo empuñó su pistola para posarla en su sien —. Es el arma más aburrida para acabar con la vida de alguien, me habría encantado ser más creativo contigo, pero supongo que uno no puede salirse con la suya todo el tiempo —canturreó, con malicia, y la empujó con brusquedad—. Avanza.

Kathe empezó a rezar en silencio por Juliana y Evans, porque sus tíos no hubieran sido lo suficientemente despiadados como para matarlos, y cuando llegaron a las escaleras, las piernas empezaron a temblarle y bajar los peldaños no fue nada sencillo.

—¿Qué te sucede? —gruñó Lionel cuando empezó a trastabillar, no era un buen momento para desmayarse.

—No me siento bien —reconoció y dejó de caminar.

—¡Avanza! —bramó, a los pies de las escaleras, y Kathe negó con la cabeza.

—No puedo —susurró con esfuerzo.

—Kathe… —advirtió con tono oscuro y cuando ella intentó caminar, una voz hizo que abriera los ojos con sorpresa.

—¡Suéltala, Lionel!

¿Qué?

¿Seamus los había encontrado?

¡¿Cómo era eso posible?!

—Maldita sea, ¡¿por qué no me dejan tranquilo?! —bramó el castaño, furioso—. ¡Baja el arma o la mato!

Kathe no jadeó, ni lloriqueó cuando Lionel la presionó con más fuerza contra su cuerpo. Sólo miró a Seamus con fijeza, preguntando por su nana y Evans.

Él la entendió, porque le hizo un leve asentimiento, brindándole un poco de consuelo.

—Si la matas, tu castigo será peor.

Lionel se tensó, pero no la soltó.

—Ah —jadeó cuando presionó su cuello con más fuerza y posó las manos en su brazo, percatándose de la humedad en la tela y su respingo.

¿Era sangre?

Sus guantes verdes se tiñeron de un líquido guindo y buscó a Seamus con la mirada.

—¿Mi castigo o el tuyo? —se mofó Lionel—. Vivir sin Kathe no será sencillo para ti, Mountevans.

Seamus torció los labios, revelando su inquietud, y ella supo que era momento de actuar.

Capítulo 24

Kathe clavó las uñas en el brazo de Lionel con todas sus fuerzas.

—¡Arg! —rugió el hombre como animal herido y la liberó de inmediato—. ¡Eres una estúpida! —intentó golpearla, pero Seamus logró abalanzarse sobre él y ambos cayeron al piso, mientras sus armas salían disparadas por la estancia, para iniciar una pelea cuerpo a cuerpo.

—Ni se te ocurra ponerle una sola mano encima —gruñó Seamus, furioso y estampó un puño en su rostro—. Esto se terminó, Lionel, ¡ya hiciste mucho daño!

—Te equivocas —sonrió con vehemencia, a pesar de tener el rostro ensangrentado por los golpes—. Esto sólo está empezando.

—¡Cuidado! —chilló Kathe al ver como sacaba una navaja del bolsillo de su pantalón.

Seamus logró apartarse a tiempo, pero la navaja cortó la tela de su chaleco a la altura de sus costillas.

Eso estuvo cerca.

—Si no quieres que Kathe sea mía —soltó, pasando su lengua por sus labios resecos—. No será de nadie. —Lanzó la navaja hacia el rubio, obligando al mismo a tirarse al piso, y Lionel corrió hacia su pistola y una vez que tuvo su arma, se volvió hacia ella.

—¡No!

Seamus se incorporó tan rápido como pudo y la cubrió con su cuerpo, al tiempo que el disparo retumbaba por el lugar, y Kathe sollozó con impotencia al oír el suave gemido adolorido del rubio. Lo abrazó con fuerza, deseando ser un soporte para él, y las lágrimas bajaron por sus mejillas con violencia.

—Seamus… —musitó con un hilo de voz.

—Shh… —gimió—, yo…

—¿Sigues vivo? —Kathe se horrorizó al ver como Lionel sujetaba el arma de Seamus—. Eso lo solucionaré pronto —se rio—. Al final de todo, sí podremos divertirnos juntos, amor —le giñó el ojo.

—¡No lo hagas! —rogó—. Por favor, no le hagas nada.

—¿Y qué gano yo si lo dejo con vida? —se mofó.

—Haré lo que me pidas.

—No, no lo harás —gruñó Seamus y la abrazó con más fuerza.

—Muerto o vivo, tu destino es hacer lo que yo diga —aclaró Lionel y apuntó nuevamente hacia Seamus.

Su corazón dejó de latir cuando un nuevo disparo se suscitó y el aire se atoró en sus pulmones. Su pecho empezó a bajar y subir sin control alguno, pensando lo peor, pero nada la preparó para ver como el cuerpo de Lionel caía boca abajo, provocando un ruido sordo en la estancia.

—No lo entiendo.

—Arg… —Seamus cayó de rodillas, invitándola a seguir la suave caída.

—¡Seamus! —chilló, angustiada—. ¿Por qué lo hiciste? —lloró con desespero—. Ese disparo era para mí, yo…

—Porque te amo y jamás permitiría que sintieras ese tipo de dolor. —Acarició su mejilla, pero ella no perdió un solo segundo más e inspeccionó su cuerpo.

No había sangre, ¿por qué?

El disparo debió haberle llegado a la altura de la cintura en la espalda, pero…

—Estoy… bien —musitó finalmente y esbozó una débil sonrisa.

—No estás sangrando —susurró y le alzó la camisa con rapidez.

Él llevaba puesta una armadura y por eso seguía vivo.

—¿Cómo…?

—La bala sólo llegó a rozar mi piel, puedo sentirlo —le informó con pesar y llevó una mano a su espalda baja—. Debes calmarte, no perforó mi piel. —Sonrió con debilidad y ella sollozó con impotencia —. Aún no era mi hora.

—Qué alivio —susurró y lo abrazó con fuerza—. Yo… pensé que morirías.

—Juliana y Evans están bien, Jackson los alejó de la casa a pesar de su reticencia.

—Gracias —suspiró más tranquila—. ¿Qué fue lo que pasó?

Barrió el lugar con la mirada y la sangre se le congeló al ver al responsable de la muerte de Lionel emerger por uno de los pasillos de la propiedad. Una lágrima se deslizó por su mejilla, no muy segura de cómo tomar la inesperada aparición.

¿Cómo hizo ese hombre para dar con su paradero?

—La seguí —respondió Isaac Kilbrenner con sencillez, como si pudiera leerle la mente, y ella se tensó—. Mi gente lleva días vigilando su casa y la vieron salir. —Nunca estuvo sola—. Déjeme decirle que usted es una tonta, se expuso a un gran peligro al no recurrir a nadie.

—Yo…

—¿Quién se cree para hablarle de esa manera? —gruñó Seamus, recuperando el equilibrio, y la cubrió con su cuerpo.

—Usted es valiente, Mountevans —observó el castaño—. Enfrentar a un asesino con una pistola vacía pudo costarle la vida.

—¿Qué? —jadeó Kathe, y Seamus se tensó.

¿Por eso no disparó ni bien se alejó del cautiverio de Lionel? ¿Qué tan desesperado por llegar a ella estaba que no evaluó el riesgo que corría?

—¿Cómo sabe eso?

—Usó sus balas en los tíos de la señorita Devine, ¿no es así?

Seamus hizo una mueca.

—No tenía tiempo para cargarla, él apareció y…

—El amor nos lleva a cometer locuras —comentó el castaño finalmente, mirando el cuerpo inerte de Lionel.

En ese momento, Pembroke apareció por el pasillo que guiaba hacia el comedor, deteniendo su marcha abruptamente al ver a su hermano sobre un gran charco de sangre.

—No me interesa si lo que hice es legal o no —reconoció Kilbrenner, demandando la atención del conde—. Sterling lastimó a mi esposa y quería mi venganza. —De alguna manera, ese hombre acababa de salvarles la vida—. Si quieren poner cargos en mi contra, saben dónde encontrarme —zanjó y se perdió por el mismo camino que apareció.

Pembroke se puso de cuclillas para tomar el pulso de su hermano, y Kathe entrelazó su mano con la de Seamus, preocupada.

Quizá la bala no llegó a perforar su piel, pero era evidente que estaba herido y requería atención.

—Lo siento —musitó el conde finalmente, y se volvió hacia ellos —. Yo… de alguna manera, en mi afán de atraparlo con vida, hice que todos se expusieran a un gran peligro.

Seamus barrió el lugar con la mirada.

—¿Sólo estaban él y tus tíos? —esa pregunta hizo que Kathe se tensara.

—Ellos…

—Intentaron dispararnos —respondió el conde por él—, tuvimos que responder antes de que lastimaran a tu familia.

—Me querían muerta, quizá es lo mejor —la voz se le quebró y agradeció que Seamus la envolviera en sus brazos—. Quiero ir con Evans y mi nana, por favor —suplicó.

Esa noche se había llevado un susto de muerte y lo único que quería era descansar.

—¡Kathe! —el grito de Juliana llegó a sus oídos ni bien atravesaron la puerta principal, y Kathe corrió hacia ella—. Dime que estás bien —acunó su rostro, angustiada—, que ese hombre no te hizo nada —rogó con lágrimas en los ojos y la abrazó con fuerza.

—Estoy bien —susurró—. Ellos llegaron a tiempo.

—Qué alivio. —La voz de Evans se quebró.

—Seamus me cubrió con su cuerpo cuando Lionel me disparó — les contó y Juliana no dudó un solo segundo a la hora de abrazar al rubio, al tiempo que Evans la abrazaba a ella.

El barón hizo una mueca por el dolor, pero no rechazó el gesto de la pelinegra. Sino que respondió a su abrazo con cariño.

—Lo siento tanto, Kathe, caímos en su trampa en nuestro afán de protegerte. Nunca me imaginé que se unirían a ese hombre —musitó Evans, y pudo percibir el temblor en su cuerpo.

—Lo bueno es que todos estamos bien.

Ni sus tíos, ni Lionel, pudieron lastimar a las personas que amaba.

—¿Es necesario que la boda sea mañana? —inquirió Juliana de pronto y Kathe negó con la cabeza.

—Seamus necesita ser atendido por un médico, debemos postergarla —se acercó a él y lo abrazó con fuerza—, ¿te parece?

—Sí, creo que será lo mejor —reconoció con aspereza y ella asintió—. Me encantaría darte tu boda de ensueño. —Besó su coronilla y ella se rio por lo bajo, pero no pudo decir mucho al respecto porque tres carruajes aparecieron en su campo de visión.

La guardia real acababa de llegar.

Cuando llegaron a su casa, lo primero que hizo fue pedir que fueran por un médico, pero en lugar de eso, Seamus entrelazó sus manos y demandó su atención.

—No existe mejor enfermera que tú y si queremos una recuperación rápida, es necesario que tú trates mi herida.

—¿Estás seguro?

—Más que seguro.

—Bueno… —ambos se dirigieron al segundo piso, bajo la atenta mirada de la pareja que parecía estar por fin en calma.

Su hija había vuelto sana y salva, y Lionel no volvería a ser una amenaza para ella ni para nadie.

Seamus agradeció en silencio que la bala no hubiera perforado su piel. Hizo bien al ponerse la armadura, no quería ni imaginarse lo mal que la habría pasado Kathe si hubiera recibido ese disparo.

—Terminó —susurró ella, una vez que cubrió la herida con un paño, y Seamus asintió.

—Terminó esa horrible historia —aclaró con ternura y tiró de ella para recostarla a su lado—. Porque lo nuestro apenas está empezando.

Ella lo abrazó con fuerza.

—¿Qué pasará con lord Kilbrenner? —cuestionó ella, una vez que estuvo únicamente en su camisola, y Seamus meditó su respuesta—. Mató a Lionel sin ser un guardia de la corona.

—No hizo ningún mal e impidió que él nos dañara a todos.

—¿Crees que Pembroke lo verá de esa manera? Él… parecía afectado.

—Es probable.

Lo más seguro era que Jackson pensaría en la mejor manera de compensar y asegurar el silencio de Isaac Kilbrenner, dado que ni él, ni la corona, querían que Londres descubriera la verdad en cuanto a Lionel.

—Espero que Harriet se recupere pronto —musitó finalmente y la miró de reojo—. Nos estábamos haciendo amigas.

—Aceptaste ser parte de todo esto por ella, ¿verdad?

Ella asintió.

—Por ella y por todas las demás —soltó con pesar.

—Si gustas, podemos visitarla.

—Nada me daría más gusto.

***

Cuando Isaac ingresó a su casa, nada lo preparó para ver a Saint Albans, su hermano y su cuñada junto a un hombre que reconocía muy bien. Peverell era el abogado del duque infame y al parecer su nuevo dolor de cabeza.

—¿Qué quieren? —gruñó con disgusto y Colette dio un paso en su dirección.

—Por favor, Isaac, terminemos con esto y acepta la anulación de tu matrimonio.

—No.

¿Por qué diablos no lo dejaban tranquilo?

¡Él no iba a entregarles a Harriet nunca!

—Sí no la aceptas por las buenas, la conseguiremos por las malas —espetó Saint Albans con sequedad—. Eres el principal responsable de que Harriet esté en este estado, nunca cuidaste de ella como corresponde a lo largo de tu matrimonio y una vez que despierte, confirmaremos que su virtud sigue intacta.

La sangre se le congeló.

—¿Por qué no te metes en tus propios problemas, Ewan? —escupió.

—Es mi prima a quien lastimaste, este problema es más mío de lo que te imaginas —dio un paso en su dirección y fue su hermano quien lo cubrió con su cuerpo.

—Ten paciencia, Ewan, mi hermano hará lo correcto.

¿Leighton lo estaba defendiendo?

Esto tenía que ser una broma de mal gusto, él nunca necesitó de nadie para protegerse a sí mismo.

«Te equivocas, de no haber sido por Harriet…»

Apartó esa voz de su cabeza y cerró las manos en dos puños.

—Hagan lo que quieran, yo también jugaré mis mejores cartas.

La hermosa rubia empezó a llorar en silencio y eso lo exasperó.

—Tu hermana está bien aquí, mi gente la está cuidando, Colette.

No dejaría que se la llevaran a Teingham House. Soltar a Harriet ahora mismo sería lo mismo que renunciar a ella y llevaba dos años evitando aquello.

—Pero…

—Ha sido un día largo, quiero que se vayan de mi casa.

Matar a Sterling no lo había hecho sentir mejor y todo porque Harriet seguía inconsciente. No importaba cuanto le hablara, ni rogara, ella seguía profundamente dormida y no daba indicio alguno de querer reaccionar por el momento.

Cuando el reloj marcó la medianoche, Isaac recibió la noticia de que tenía una visita que no lo sorprendió en lo absoluto.

Jackson Sterling estaba en su casa, esperando por él en su despacho.

—¿En qué puedo ayudarte, Pembroke? —preguntó impasible, como si no hubiera matado a su hermano hace unas horas.

—Lo que sucedió no puede llegar a oídos de nadie.

¿No estaba ahí para arrestarlo?

—No pienso contárselo a nadie —aclaró y observó en silencio como le tendía unos documentos—. ¿Qué es esto?

—La reina está al tanto de sus acciones y como agradecimiento me envió la anulación de su matrimonio. —Su corazón empezó a bombear sin control alguno—. Lleva años diciendo que dejará a su mujer, si firma este acuerdo, el día de mañana será un hombre libre.

Isaac leyó el documento, imaginándose lo felices que serían Saint Albans y su hermano si firmaba ese acuerdo.

—¿Y qué sucedería con la reputación de mi esposa?

El moreno lo observó con fijeza.

—La reina la aceptará como su dama de compañía, recompondremos su reputación y si ella lo desea, se convertirá en

mi esposa. Fue mi hermano quien la lastimó y me haré cargo de sus acciones, entiendo que lady Sheeran es una inocente.

—¿Sheeran? —bufó—. Ni siquiera firmé el acuerdo y ¿ya la está llamando con su apellido de soltera?

El conde lo estudió con curiosidad, no muy seguro de qué responderle.

—¿Quieren comprar mi silencio? —conectó sus miradas, y el conde asintió—. Bien… —tiró el documento al fuego del hogar—. Encárguense de que nadie, ni siquiera mi familia, se atreva a solicitar la anulación de mi matrimonio. —El conde alzó las cejas, sorprendido—. No dejaré que nadie me quite a mi mujer, ni mucho menos que ella se convierta en la esposa de alguien más.

Harriet era suya.

Ella lo amaba a él.

Y él… estaba dispuesto a todo con tal de compensarla por su sacrificio.

***

A la mañana siguiente, Kathe no supo qué pensar al ver a Evans y Juliana tan acaramelados en el comedor. Era como si los acontecimientos del día de ayer hubieran derrumbado todo un muro entre ellos.

—¿Por qué siento que me estuvieron escondiendo algo todo este tiempo? —miró a Seamus de reojo, quien bebió de su taza de café con interés.

Evans le regaló una enorme sonrisa.

—Bueno, ahora que vas a casarte con un buen hombre y formarás tu propia familia, supongo que podemos hablarte de lo mucho que nos amamos.

—¿Qué? —abrió los ojos, sorprendida—. ¿Por qué nunca me lo dijeron?

Juliana se ruborizó.

—Bueno… queríamos cuidar adecuadamente de ti y temíamos que al casarnos, tus tíos dijeran que somos una amenaza para tu

patrimonio. Por lo que me mantuve soltera todo este tiempo y Evans…

El hombre acunó la mano de su nana con ternura.

—Nosotros también nos casaremos.

La visión se le cristalizó.

¿Juliana siempre tuvo la oportunidad de casarse y formar su propia familia, pero no lo hizo por ella?

—Me siento tan feliz por ustedes, pero a la vez tan culpable —reconoció y enterró el rostro en sus manos—. Por mi culpa esperaron muchos años.

—No digas eso, Kathe. —Juliana la abrazó por los hombros—. Es el tiempo perfecto, conseguimos aquello que nos propusimos hace muchos años.

Ella sorbió su nariz y Evans asintió.

—Son los mejores padres del mundo —reconoció entre llanto y tanto Juliana como Evans se tensaron, para ellos era un honor que Kathe los viera de esa manera—. Por favor, acepten esta casa como regalo de bodas.

—¿Qué? —chilló Juliana—. Claro que no, es la casa de tus padres y…

—Y nadie mejor que ustedes para vivir aquí —completó Seamus, sonriente, y Kathe asintió.

—Por favor, déjenme ser una hija ejemplar —pidió y los abrazó con fuerza.

De alguna manera, Lionel había impedido que cometiera el peor error de su vida, puesto que nada de esto habría sucedido si hubiera huido a América con su nana.

Horas más tarde, Kathe se encontraba en el salón de té, admirando el crepitar de las llamas, más tranquila de lo que estuvo en toda su vida.

—¿Te sientes bien?

Seamus se sentó junto a ella.

—He sido muy ciega al no darme cuenta de lo mucho que se aman, ¿verdad?

El rubio meditó su respuesta, y negó lentamente con la cabeza.

—No pienses en los errores del pasado, ahora lo sabes e hiciste algo muy hermoso por ellos.

—Son mis padres —soltó con voz débil y sorbió su nariz—. Los padres que mis padres me dejaron.

Tal vez no llegó a conocerlos, pero Juliana y Evans eran la clara prueba de lo mucho que ellos debieron amarla, dado que ninguno se atrevió a abandonarla cuando ellos partieron.

—Ven aquí. —Seamus la abrazó por los hombros e hizo que se apoyara en su pecho—. Han sido días duros —posó una mano en su vientre—, tratemos de encontrar algo de calma, ¿sí?

—Siempre pensé que mi boda sería especial, que estaría rodeada de mis amigas y las personas que nos quieren, pero supongo que será un poco solitaria.

Él no le dijo nada.

—Bueno, al menos me casaré con el hombre que amo —musitó con ternura y lo buscó con la mirada—. No te lo había dicho, pero Pembroke dijo que, si la misión salía bien, la reina me ayudaría a limpiar mi reputación.

—¿Ah sí? —enarcó una ceja, sorprendido.

—¿Debería creerle?

—No lo sé —admitió—, y la verdad no me interesa. Lo único que quiero es estar a tu lado.

—Bien. —Unió sus labios con suavidad—. Eso es lo único que necesito escuchar.

Porque mientras estuviera al lado del hombre que amaba y la amaba, todo sería perfecto. Durante años esperó sentir esa felicidad y ahora que la tenía, no dejaría que pensamientos negativos se la arrebataran.

Lo único que Katherine Devine, futura baronesa de Mountevans, pensaba hacer, era disfrutar y amar plenamente a su familia.

Fin

Epílogo

"El consejero de la reina ha asistido a la boda de los barones de Mountevans, lo que quiere decir que la unión es de su total agrado y todos debemos tener cuidado a partir de ahora.
Nadie en su sano juicio les haría el feo a los protegidos de su majestad, ¿verdad?
***Sección de chismes aristocráticos de Lady Berricloth**".*

Katherine no podía creer lo que sus ojos veían.

Se suponía que su boda sería un evento pequeño y sin invitados, pero en su lugar, Seamus había preparado una fiesta en la cual no sólo estuvieran Juliana y Evans, sino sus amigas con sus respectivos esposos.

Apartó la lágrima rebelde que se deslizó por su mejilla y vio a sus amigas en la pista de baile.

—¿Te gustó mi sorpresa? —inquirió su ahora esposo en su oído y se volvió hacia él, animada.

—Me encantó, incluso mi vestido es perfecto —tuvo que observar y el rubio asintió.

—Juliana me ayudó a elegirlo. Sabía que no fallaría —le guiñó el ojo y ella lo abrazó por el cuello, contenta.

—Gracias por hacerlo mágico. Yo… soñé con este día por años.

Él la abrazó por la cintura y la besó con ternura, sellando una vez más su pacto.

—Perdón por la tardanza, de haber sido más sabio habría festejado este día hace meses.

Ella se rio por lo bajo.

—Bueno, al menos recibiste tu castigo —le guiñó el ojo y él asintió con pesar.

—El peor mes de mi vida, pensé que te perdería —reconoció y ambos se alejaron del bullicio de la fiesta, tomados de la mano—. ¿Qué haremos ahora?

—¿Ser buenos padres? —sugirió entretenida y Seamus asintió, pero luego la miró con sabiduría.

Kathe suspiró.

—El prometido de Sarah rompió el compromiso y ambas se quedaron en la calle. Juliana y Evans accedieron a cuidar de ellas para que no alteren mi tranquilidad durante el embarazo.

—Sé que Juliana y Evans serán buenos tutores, pero si queremos que encuentren buenos maridos debemos ayudarlas.

—Creí que odiabas a mis tíos.

—Los odio, pero ¿dirías que tus primas son culpables de sus acciones?

—No, ellas no hicieron nada malo —musitó con pesar.

Después de todo, no podía culpar a Sarah y Marbella por los errores de sus padres.

—Veámoslo así —sonrió con picardía—. Si tenemos una niña, ya sabremos qué tipo de casamenteros seremos gracias a mis primas —bromeó, y Seamus tragó con fuerza.

—Mejor empecemos por un niño, y así él nos ayudará con nuestras hijas.

—¿Hijas?, ¿quieres una familia numerosa? —curioseó y él asintió.

—Llevo muchos años solo, no tengo hermanos y Eugenia llegó muy tarde a mi vida.

—Si lo dices así, te tengo una buena noticia.

—¿Cuál? —enarcó una ceja, entretenido.

—Es un sueño compartido —le guiñó el ojo y ambos rieron por lo alto antes de fundir sus labios en un beso profundo y pasional.

Regresaron a la fiesta, uniéndose a todas las mujeres que salieron del club de las solteronas el mismo año y provocaron unos cuantos escándalos en el camino.

***

Isaac acarició la palma de la delicada mano, esa que tenía un sinfín de pequeñas cicatrices por su culpa, y besó el dorso con ternura.

—A veces me pregunto cuánto tiempo más piensas torturarme —susurró con amargura, y la miró con pesar—. Han pasado más de dos semanas, ¿realmente no piensas abrir los ojos? —la voz le tembló—. Yo… te prometo que todo será diferente. Seré un mejor esposo y te daré todo lo que quieras, Harriet.

Ella era la única persona que lo había amado de verdad, eligiéndolo incluso por encima de su propia familia, por lo que se rehusaba a perderla para siempre.

—Te ayudaré a recuperar la relación con tus hermanas, incluso haré mi mejor esfuerzo para ser un mejor hermano e hijo —musitó con un hilo de voz—. Dejaré el egoísmo y los celos de lado, pero sólo si vuelves a mi lado —acarició su mejilla, odiando que hubiera perdido tanto peso.

Un suave golpe en la puerta demandó su atención y no soltó su mano cuando la puerta se abrió.

Era su hermano y estaba junto a Colette y Louisa, la tercera hermana Sheeran.

—¿Sucedió algo? —su voz bajó una octava, y trató de recuperar la compostura.

Pembroke había cumplido su parte del trato. Después de esa noche que se reunieron, ni su hermano ni Saint Albans volvieron a amenazarlo, pero no por eso sus constantes visitas cesaron.

—La temporada llegó a su fin, ¿no crees que sería bueno retirarnos al campo? —inquirió Leighton, invitándolo a irse con ellos.

Pero no era por él, sino por Harriet.

Porque su adorada esposa y Louisa querían cuidar de su hermana menor.

«Tienes que cambiar», se dijo a sí mismo. «A Harriet le habría encantado irse con sus hermanas, sabes que las extraña». Asintió con pesar.

—Está bien, nos iremos con ustedes.

Hizo el ademán de abandonar su lugar, pero todo su cuerpo se petrificó al sentir ese suave apretón en la mano.

—¿Qué sucede? —su hermano se acercó.

—¿Harriet…? —inquirió con asombro y posó la vista en su esposa, quien frunció levemente el ceño y soltó un suave gemido adolorido.

—¡Harriet! —gritó Colette, con los ojos llenos de lágrimas, e Isaac empezó a respirar con dificultad.

—Está despertando. —Louisa sollozó, con emoción contenida.

Tiró del cordón y ordenó que fueran por el doctor, este era un gran avance.

—Debes calmarte, Colette.

Leighton hizo que su esposa retrocediera un poco, dado que Harriet no sólo debía acostumbrarse a la luz, sino al estado de su cuerpo, y cuando sus ojos almendrados se abrieron, ella se dio unos segundos para barrer el lugar con la mirada.

—Harriet —sollozaron sus cuñadas, y su esposa se tensó.

—¿Colette, Louisa? —musitó con aspereza y cuando sus miradas se encontraron, Harriet palideció—. Colette —la visión se le cristalizó — ¿qué te pasó? —preguntó con esfuerzo.

—¿Qué? —la rubia le sonrió—. No me pasó nada, sólo estoy preocupada…

—¿Dónde está tu velo?

Esa pregunta hizo que un horrible silencio se cerniera sobre ellos, dado que hace más de dos años, Colette solía utilizar un velo para cubrir la cicatriz de su rostro. No obstante, ya había pasado mucho desde que ella dejó el habito.

—¿A qué te refieres? —inquirió la mujer con esfuerzo y los buscó con la mirada.

—¿Por qué me siento tan mal? —preguntó Harriet de pronto, angustiada—. Fuiste tú quien se desmayó en el carruaje y ¿por qué Louisa está aquí?

Isaac empezó a temblar sin control alguno.

¿Podría ser… que su esposa hubiera vuelto al día en el que ellos se conocieron?

—Harriet… —reaccionó sin pensar y la sujetó de la mano, pero la respuesta de su esposa lo horrorizó.

—¿Quién es usted? —trató de apartarse, pero el dolor le impidió moverse más de lo necesario.

Fue como si su corazón se detuviera. Su esposa... no lo recordaba.

No recordaba el amor que él ansiaba corresponder.

—¿Por qué me llama por mi nombre de pila? —gimió, adolorida—. Nosotros… ¿nos conocemos?

Durante los últimos dos años, Isaac no sólo renegó para ella, sino que maldijo en voz alta el día que se conocieron, dejando claro que nunca la amaría ni olvidaría su traición, y ahora todos los recuerdos que necesitaba para recuperar su amor, ella los había perdido.

¿Qué tipo de pesadilla era esta?